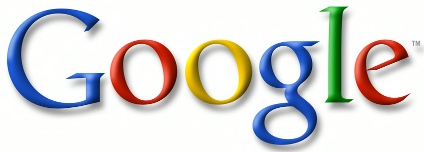
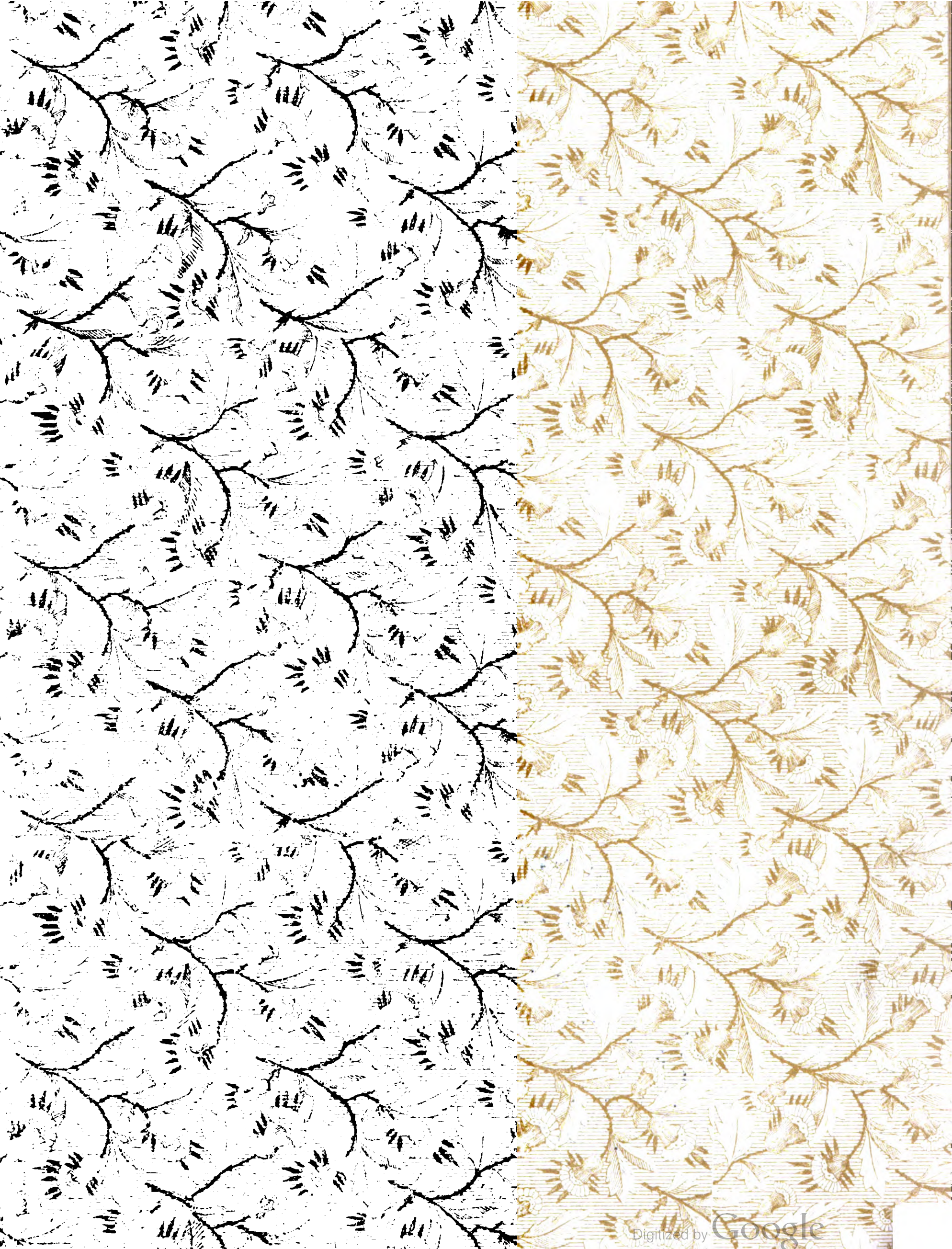


Bocetos Literarios
por
Francisca Sanchez
de Pirretas.


THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
·LIBRARIES·
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES · SCIENTIA · VERITAS
1817



From the Spanish Exhibit
World's Fair, 1893
March 1894

BOCETOS

LITERARIOS

POR

FRANCISCA SANCHEZ DE PIRRETAS

PRECIO

2 PESETAS

BARCELONA

IMPRENTA Y PAPELERÍA DE LA BANCA Y DEL COMERCIO

1891

BOCETOS LITERARIOS

Al Excmo. Sr. D. Victor Balaguer

Ambición harto disculpable es en humilde padre buscar prócer padrino para su hijo.

¿Qué mucho, pues, que al salir al palenque literario con tan modestas envolturas este primer fruto de mi inteligencia le busque seguro apoyo en el conspicuo nombre de V?

Sírvale de disculpa á mi egoismo el ser hijo del entusiasmo y alta consideracion que le merecen su preclaro talento y las eximias obras de V.

La Autora.

PRÓLOGO

I al abrir el presente libro busca entre sus páginas, el lector ilustrado, bellezas de primer órden, yo le invito á que lo cierre sin pasar adelante y no se aparte de la esclarecida pléyade de escritores contemporáneos que honran nuestra época.

Si por el contrario marcha en pos de la nota de la vida sea como fuere donde se halle, alegre aquí, lastimera allá, pero siempre real y efectiva, siga su lectura y de seguro ante alguno de sus cuadros recordará al amigo, al pariente, al simple conocido.

No otra belleza, pues, que la verdad busque el lector en el libro, que no otra puedo yo ofrecerle.

Forman la primera parte de este, algunos articulitos que han visto la luz pública en distintas y reputadas publicaciones de aquí y de Madrid, y cuya recopilación es debida á la benevolencia con que han sido

acogidos todos y á la galante iniciativa y empeño de algunos de sus lectores.

La segunda parte, que completa el pequeño volúmen, consta de una novelita inédita debida á cierta correspondencia de familia que de unas manos en otras vino á dar en las mías.

Si su lectura puede proporcionar, ya que no un rato ameno, un ligero entretenimiento sin muestras de cansancio, bastante habrá llenado su objeto, sin que deba dar el lector su tiempo por perdido; que al fin no todos los instantes de la vida van marcados con la nota del deleite.



BOCETOS LITERARIOS

PARTE PRIMERA

I.

HONORES DE JERARQUÍA

(Publicado en «La Vanguardia.»)

ACE ya un número regularcito de años que sin ser comensal ni meramente invitado á representar papel alguno en la augusta ceremonia, no quise dejar de formar número en la larga cola de curiosos que ante la deslumbradora perspectiva de presenciar un enlace regio, acudían en tropel á la coronada villa, ávidos de extasiarse entre pompas y festejos nunca vistos con que aquella ocasión, que no debía ser calva, les brindaba.

Que meticulosamente arreglé el despertador para dejármelo olvidado en la habita-

ción contigua, que agobiado de encargos y rendido á puro visitas de despido me acosté pensando madrugar mucho para en un santiamén arreglar la maleta, que me levanté una hora más tarde de lo que debía, que llegué á la estación echando los bofes y creyendo percibir ya, el eco de la campana, el silbido de la locomotora y ver el tren desaparecer ante mi vista, son cosas tan corrientes entre nosotros, que por sabidas les hago gracia de su relato. Pero como para los perezosos y descuidados hay en nuestro país el angel protector de los retrasos de las compañías ferrocarrileras, quiso mi buena estrella que no llegara á la estación tan tarde como yo presumía, sino en la *culminante* ocasión en que el rum, rum, de la gente que aguarda, de la que llega, de la que se despide, de la que vende, de la que compra, estaba en su apogeo. Maletas, cestos, líos; niños que lloran, ríen, saltan, juegan; mujeres que entre lágrimas y pucheritos se adelantan algunos besos á buena cuenta de los del fatal momento de la separación; hombres que van y vienen, aguardando impacientes la factura de su equipaje; mozos que chillan y juran pidiendo paso; postes en figura de lugareños que lo obstruyen; voces, empellones, bullicio, confusión;

todo en revuelta amalgama, en ensordecedora algarabía, venía á herir el tímpano de mis oidos medio atontados aun en son de protesta quizá del *madrugón* que les había dado.

Envuelto en mi *madrileña,* compañera inseparable de mis jornadas de invierno, aguarbaba, aturdido entre aquel barullo, el turno para tomar mi billete, cuando vino á fijar toda mi atención la llegada de una señora, joven aún y con algunos rasgos de belleza, á pesar de lo escaso de sus carnes y de la estrema palidez de sus mejillas. Llevaba en sus brazos un niño de pocos meses y un cesto de regulares dimensiones que dificultaba su paso. A su alrededor y pegados á su vestido iban otros cinco niños, de los que el mayor contaría diez años y el más pequeño tres. No sé si por su aspecto, ó por su traje se me antojó ver en ella la señora de un militar de pobre graduación que marchaba á reunirse á su marido, Dios sabe á qué parte de la Península destinado, gracias á ciertas combinaciones estratégicas del ministro, de *alta* utilidad, sin duda, para el Estado.

Llegó la pobre señora hasta un ángulo de la sala y allí soltó el cesto, apoyándose contra la pared, visiblemente fatigada. Rodeáronla los niños, como si aguardaran al-

go, y ella, que por experiencia debía saber que la espera no se ha hecho para ellos, sacó del *contemplado* cesto algunos panecillos, junto con algunas pastillas de chocolate, hizo cinco partes y las repartió entre sus pequeñuelos.

Algo separada de ellos se ve una señora pequeña y regordeta, de regular edad, envuelta en un ancho abrigo de viaje, cubierta la cabeza por una especie de sombrerillo calañés, del que pende un espeso velo que le oculta el rostro. A su lado, una perrilla de aguas, engalanada con bruñido collar, le hace fiestas, saltando sobre ella y pidiéndole, con elocuente mímica perruna, que la tome en brazos. Corresponde el ama á estas caricias con los más cariñosos epitetos, pasándole la diestra por el lomo y regalándola de vez en cuando con algún besito en el morro. El animalito, cansado, sin duda, de lo inútil de su expresivo lenguaje natural, apela al artificial de su raza y empieza á ladrar. Visiblemente satisfecha la señora del *talento* de su perrita, saca un paquetito de su bolso de viaje, lo desenvuelve, y tomando un par de paciencias se las echa al animalito. Coje una al vuelo la perrilla, rodando con suma ligereza la otra hasta el interesante grupo de la

madre y sus niños. El más pequeñuelo que, sin duda, en aquel momento acaba de ver desaparecer con pesar el último pedacito de su chocolate, no se acuerda más que de la paciencia redondita, de color agradablemente dorado y bañada en azúcar que, juguetona é incitante, se detiene ante sus piececitos; así que con la rapidez que le permiten sus pocos años se agacha, coje la paciencia y se la echa en la boca. Furiosa la perrilla de la broma, envidiosa como todos esos falderillos criados entre los mimos y caricias de ciertas mujeres, arrójase sobre la criatura en ademán hostil. Lanza el niño un grito de espanto, y presa del mayor terror, sin atinar la causa de aquella brusca acometida, lo coje la madre en su brazos. Atraído yo por la simpatía que siempre me han inspirado los niños, me coloco á su lado, entero á la sobresaltada señora del motivo del atropello, y para consolar al niño, trato de castigar al *bicho*.

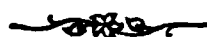
—No, no — me dice en suplicante tono la madre— no la toque V.; esa perrilla es... ¡de la *capitana* de la compañía!

Maravillado de tal explicación, presento mis respetos y marcho derechito, tratando de recuperar el turno perdido, á sacar mi billete de viaje, algo preocupado, á pesar mío, de la

escena y calculando, por la suplicante y triste mirada de aquella pobre mujer, que posponía su amor de madre á su clase de *subordinada*, lo omnímodo que debe ser el poder de esa inflexible ordenanza, que tan lejos trasciende y de tal respeto rodea hasta los más *mínimos* destellos de la jerarquía.



MADRE TERESA



(Publicado en «La Ilustración Artística.»)

I.



I la hubierais conocido como yo, raramente se borrara su angelical imagen de vuestra memoria.

Sus límpidos, serenos y rasgados ojos castaños reflejaban en su suave transparencia la hermosura y pureza de su alma. El timbre de su voz era afable y armonioso, cual eco de ese dulce metal que puso Dios sin duda en la boca de los ángeles. Su estatura, algo más que regular; su paso mesurado, no exento de cierta elegancia; su aire majestuoso á la par que humilde y sencillo; la blancura mate de su tez, que obscurecía la de sus tocas; sus facciones bondadosamente bellas y el cariño que con marcada predilección demostró siempre por la infancia, hacía que la adorásemos todas las niñas de su clase.

Yo aprendí las primeras letras de sus labios, ella me enseñó á balbucear la oración dominical y ella fué la que amañó mis tiernos dedos á manejar las agujas de la calceta, la del ganchito y la de la costura. ¡Dios la bendiga! Era una santa mi maestra. ¡Con qué cariñosa paciencia y sublime mansedumbre pasaba las horas á nuestro lado inculcándonos en clara y sencilla doctrina las reglas de la más sana moral! No era ridículamente mística como esas monjas que hacen aspavientos de las cosas terrenales que no deben ignorar las niñas; no era fanática, no era hipócritamente beata; había en su corazón inagotable fuente de amor maternal. Indulgente siempre con la niñez, recta y bondadosa con la culpable, veíamos en ella, no sólo la cariñosa maestra, sino la amorosa madre que en amistosa plática nos enseñaba el buen camino, mostrándonos á la vez las punzantes espinas que pudieran lastimarnos.

Alguna vez, sin embargo, parecía anublar un algo melancólico y sombrío de su pasado, la transparente limpidez de su tranquila mirada; pero era tan momentáneo y pasajero, cual esas pequeñas nubecillas que instantáneamente nos privan de los rayos del sol.

Una temporada hacía que en su salud se notaba visible decaimiento. Una tarde (la recordaré toda mi vida), una tarde en que el sol no alegraba con sus rayos, y el cielo estaba triste y nublado, y la atmósfera fría y lluviosa, nos fué llamando una por una, y á la par que imprimía un cariñoso beso en nuestra frente, nos exhortaba en tiernas y sentidas frases á que fuéramos obedientes á la religiosa que la acompañaba y que por su delicada salud debía sustituirla. Siguióse después un brevísimo y sombrío silencio, sólo interrumpido por alguno que otro gemido que pronto se convirtió en entrecortados sollozos. Salió madre Teresa hasta el dintel de la puerta, y nosotras pegadas á su hábito le besábamos, á su pesar, sus blancas y descarnadas manos. Se apretó ella el corazón con la diestra cual si sintiera desgarrarse el pecho, y con voz trémula de emoción y casi apagada, «adiós, hijas mías—nos dijo—rogad al Señor por vuestra maestra.» Un hondo suspiro llegó hasta nosotras, nos dirigió por última vez su amorosa mirada bañada en lágrimas y desapareció á nuestra vista.

Se pasaron algunos meses: «continúa enferma,» invariablemente se nos contestaba cuantas veces preguntábamos por ella; y

nosotras, en nuestras infantiles oraciones, pedíamos á Dios con cándida inocencia la salud de nuestra querida maestra.

Un día (era uno de los plácidos del mes de Abril) se nos anunció que no había clase, y más que en nuestros oídos, en nuestro corazón sonaba melancólico y plañidero el eco de las campanas tocando á muerto. ¡Ay, cuán triste era su tañido... y cuán lúgubre fué después!... ¡Madre Teresa había muerto!...

. . . .

II.

¿Cuál había sido en el mundo la historia de mi querida maestra, historia de la cual no conocía yo más que el epílogo?

Algunos años después, cuando aún se conservaba en mi pecho su recuerdo con ese tinte melancólico y poético que respiran las baladas de Heine, pude saberlo.

Amelia (así se había llamado en el mundo madre Teresa) era hija única de una acomodada familia. Desde muy niña estaba prometida á un primo suyo, y en contraposición de lo que suele suceder en esos contratos de familia, en los que no se cuenta para nada con la voluntad de los contrayentes, los dos primos se amaban con pasión.

No sé si en el teatro ó en el paseo hubo de ver, por mala fortuna, á la hermosa niña un joven capitán andaluz, guapo de cara, gallardo de cuerpo, aire marcial, temerario y osado de genio. Locamente prendado de su belleza, le paseó la calle hasta llamar la atención de transeuntes y vecinos, la siguió é importunó en todas partes, la asedió con misivas amorosas y aun creo fueron parte á servir de incentivo á su pasión los desdenes de Amelia y el saber que estaba prometida á otro.

Enrique (así se llamaba el primo) había estado á punto muchas veces de dar una solfeada lección al importuno militar; pero los ruegos y súplicas de Amelia, que temía un funesto desenlace, le detuvieron siempre.

Una noche en que no sé por qué suceso de familia se prolongó más que de ordinario la estancia de Enrique en la casa de su amada, tropezó al salir de ella con el impertérrito capitán, que al ver á Amelia asomada á una ventana, desde donde tenía por costumbre dirigir una última mirada á su amante antes de doblar la esquina, empezó á endilgarle piropos y ternezas. Una oleada de ira y de sangre debió cruzar ante los ojos del joven, que de un salto se plantó frente al capitán. Dos vibraciones secas y

estridentes repercutieron en el estrecho espacio de la angosta calle. La mano de Enrique, crispada y nerviosa, había azotado las mejillas del militar. Un ¡ay! angustioso y desgarrador se escapó de la garganta de Amelia, que cayó dentro de la habitación sin sentido, al mismo tiempo que sonaba una detonación. Algunas horas después levantaban á un hombre con el cráneo destrozado. Era el cadáver de Enrique.

Primero se temió por la vida de Amelia, después por su razón. Un día su pobre padre, creyendo serviría de algún lenitivo á su destrozado pecho, le comunicó que el funesto capitán se había envenenado en la prisión.

Un rato se agitó convulsa y casi lívida la infeliz Amelia; luego levantando sus hermosos ojos al cielo, en los que brillaba algo sublime, murmuró con voz apagada y trémula, cual si sus palabras fueran un corrosivo para sus descoloridos labios: «Que Dios le perdone, como le he perdonado yo.» Y dos gruesas lágrimas, dos solas, las únicas que brotaban de sus párpados después del trágico suceso, se abrieron paso por sus frías y descarnadas mejillas.

Algunos meses más tarde, á pesar de los ruegos y súplicas de sus padres, tomaba el

velo de religiosa en el convento de Nuestra Señora de N. Al pronunciar definitivamente los últimos votos que la separaban para siempre del mundo, pareció que su espíritu tomaba un nuevo vuelo y su cuerpo se desprendía con infantil alegría de algo terrenal que la agobiaba.

¿Pudo ser el frío hábito un bálsamo para su lacerado pecho? Madre Teresa bajó al sepulcro cuando aún no contaba veinticinco años.



EL TALISMAN



(Publicado en «La Ilustración Ibérica.»)

I.

La ignorancia es la carcel de la razón: el fanatismo, el patíbulo de la ciencia.



ARIOS estrepitosos campanillazos seguidos de otros tantos y no menos estrepitosos gritos intercalados con varios denuestos, y unas cuantas voces sofocadas y angustiosas demandando auxilio, fueron el toque de diana con que nuestra vecina del cuarto primero nos despertó, cierta fresca mañanita del mes de marzo, entre siete y ocho de la misma.

Dábala yo *in mente* á todos los diablos por no poderla dar en efectivo á otra cosa peor, revolviéndome en el lecho, intranquilo y violento, al ver que los gritos de aquella loca me obligaban á dejar las sabrosas envolturas, por lo menos, una hora antes de la de ordenanza.

Porque han de saber ustedes que la tal vecina, ya de tiempo inmemorial, nos tenía acostumbrados á tales lindezas; lo que motivaba que, salvo el natural incomodo, escucháramos sus lamentaciones con la mayor frescura del mundo. Allí nos daba declamación á todas horas y desenlace trágico al cojer *infraganti* á la Menegilda tirando chinitas al cochero desde la ventana de un patio interior mientras el solomillo se le estaba achicharrando en la cocina. Porque, eso sí, era tan franca y tan expansiva la tal señora que, en cuanto tenía el paquete lleno (lo que sucedía con sobrada frecuencia), abría de par en par las ventanas, y, como aquel que va deshaciendo un ovillo, lo espetaba todo en voz alta con la mayor llaneza del mundo. ¡Aquella mujer, con su geniazo, nos tenía en jaque á todos los vecinos! Y gracias que yo no podía contar como algún otro que, por no franquear el paso á *Pipí* (su perrillo favorito)en la escalera,le trató de grosero y mal criado; y á otro que, cansado de los sempiternos gritos de *Titorrita* (su cotorra predilecta), se permitió *acariciarla* con un par de chinitas, juró deshacerle la sombrilla á pedazos sobre su cabeza el día que se atravesara en su camino. Porque si el cielo le había negado hijos, complaciente el

diablo con ciertos caprichos, le inspiró una pasión loca por toda clase de animalitos. Así, que hallaban cómodo alojamiento en su casa un par de gatitos de Angola, cuatro perritos falderos y dos cotorras, tuerta la una para desconsuelo de su ama, que explicaba el percance con lágrimas en los ojos.

Y si, como ven, su moral no tenía desperdicio, no dejaba de ser afine su físico. Figúrense una estatura sin tasa, seca de carnes, cara enjuta y amojamada, color cetrino, ojos pequeñuelos y ribeteados, boca rasgada, aire hombruno y desenfadado, y tendrán una idea bastante aproximada de lo que era la belleza física de doña Blasa. ¡Qué mujer aquella! Ya podía uno cojer el sombrero y echarse á la calle siempre que había cambio de decoración (léase muchacha), y esto sucedía dos ó tres veces por semana.

II.

Cansado de las cotidianas expansiones declamatorias de mi singular vecina, y resuelto á marcharme á los infiernos (si no hubiera otro lugar donde ir), abrí la puerta de la escalera, maldiciendo en mi interior hasta el primer pensamiento que tuve de sen-

tar allí mis reales. Pero no había contado con la huéspeda.

Salir yo de mi casa, bajar unos cuantos escalones y abrirse la puerta del cuarto primero, fué obra de pocos segundos.

La misma doña Blasa en persona, metida, cual en negro sudario, en un tosco traje de merino, y arrebujada en una pardusca mantilla de granadina, se cuadró ante mí.

—¡Señor N.!... — gritó con voz chillona, que en vano procuraba endulzar.— ¡Me han robado! ¡Favor! ¡Soy una desventurada! ¡No hay ya consuelo para mí!

—Explíquese V. ¿En qué puedo yo servirla?

—Verá V. Es el caso... ¡Oh desdichada de mí! Esta mañana, hace pocas horas sinduda, me ha desaparecido la muchacha llevándose toda mi fortuna.

—Esto es muy grave — exclamé yo desvaneciéndose mi prevención contra ella y mirándola con cierto interés.

—Tan grave, que ese robo puede ocasionar mi eterna desventura, mi ruina, mi desgracia, mi muerte.

—Pero, señora, hay que confesar que ha sido una gran necedad guardar tan fuerte suma en su casa.

—¡Qué suma ni qué dinero! ¡Todo lo da-

ría yo si pudiera recuperar la prenda perdida!

—Pues, ¿de qué robo se trata?—pregunté yo, comprendiendo cada vez menos á D.ª Blasa.

—¿De qué robo se ha de tratar? Que esa tunanta, más astuta que sabia, ha sorprendido mi secreto, y se ha escapado llevándose mi talismán, como si dijéramos el manantial de mi fortuna.

—¡Su talismán!—exclamé yo estupefacto y tratando de descifrar en la fisonomía de mi vecina el mal estado de su cerebro.

—¡Chist! — dijo D.ª Blasa mirando con cierta zozobra en rededor. — Tenga V. la bondad de pasar y hablaremos. Y, empujándome bonitamente del brazo, quieras no quieras me hizo entrar hasta el salón.

—Ahora yo hablaré — dijo haciéndome sentar en el sofá. Y, sentándose ella á mi lado, cruzó cómodamente las piernas, encaróse confidencialmente conmigo y comenzó de la siguiente manera:

III.

—Yo, Sr. N..., con perdón de V., soy hija de una docenita de leguas de la capital. Mi oficio, allá en mi pueblo, era de chale-

quera, se entiende, era la oficiala primera del primer taller de sastre en diez leguas á la redonda. Mi marido, que Dios tenga en su gloria, tenía tienda abierta de barbero, sacamuelas y sangrador. ¡Ah, si V. le hubiera conocido! Era pan bendito el pobrete. Pero esto no quitaba que en muchas ocasiones fuera muy tacaño y muy bruto.

Tenía mi Blas unos ahorrillos, que no de mí, de su sombra los escondiera á serle posible; pero yo, que no tenía pelo de tonta, de sobras sabía que los guardaba en un rinconcillo del huerto.

Por aquella sazón acertaron á pasar por el pueblo unas gitanas. Decían la buenaventura, adivinaban los sueños, curaban el mal de ojo, vendían ciertos ungüentos; y tanto y tanto sabían, que, la verdad, nos tenían bobas á todas las del pueblo.

Un día (como si fuera ayer lo recuerdo) las contemplaba yo como curaban á un niño enclenque y enfermizo de un *mal* que le *habia dado* una vecina *bruja*, cuando, encarándose conmigo la más vieja, me dijo con mucho misterio y muy quedito al oído: —Si quieres puedes ser rica.—Y, vea V., con esas pocas palabras me quitó el sueño, perdí la calma, y ya no hubo más sosiego para mí. A la verdad, yo era ambiciosa, y

de muy mala gana me resignaba al pobre papel que representaba en mi casa.

Volví á los pocos días á ver de nuevo á la gitana, y volvió de nuevo á repetirme idéntica pregunta. «—Sí quiero,» le contesté temblando. «—Pues si quieres,—añadió ella,—ven esta noche al puente después del toque de oración.»

Estaba la noche oscura, relampagueaba, hacía viento. La verdad, tenía miedo; pero aquella maldita idea no cesaba de atormentarme el cerebro. «—Iré,» pensaba entre mi. Y las copas de los árboles, furiosamente batidas por el huracán, parecían contestarme entre ayes y lamentos. Me asustaba aquella noche; pero la pícara de la ambición «—Ve, —me decía,—cobarde. ¿No quieres ser rica? ¿A qué, pues, viene ese miedo?»

El buenote de mi Blas, sin hacer caso del tiempo, marchó, como cada noche, á echar una manilla con el cura y el maestro.

Y yo allí, sola, solita, piensa que piensa en lo *mesmo,* hasta que, una vez resuelta á todo, «—¡Quiero ser rica!» grité. Y, como una loca, salí corriendo, tapándome los oídos por no oir el eco del viento; y cansada, jadeante, sin aliento, llegué al lugar de la cita, donde ya aguardaba la gitana, acurrucada en un hueco del puente.

«—Una horita que me tienes de poste, hermosa,—me dijo con acento zalamero.

—Y será cierto lo que me decís—balbuceé yo, sin poder aún desechar el miedo.

—¡Pués mira con lo que sales! ¿A qué te había de engañar yo, salero? Mira: como tengas fe y, eso sí, un poquillo de dinero, vas á ser más poderosa... ¡Ca! Si no hay *denguna* en el pueblo.

—Dígame pronto qué es ello.

—Verás tú: ¿tienes seis oncejas?

—¿Yo? ¡Santo cielo! Si no soy dueña de un céntimo.

—Vamos, no te *chanzonees* tanto: por cinco onzas trato hecho.

—Lo siento en el alma, pero no las tengo.

—Y ahí, por esa bicoca, serás capaz...

—Si supierais que no os engaño...

—¿Es decir que no quieres ser rica? ¡Bah! Vengan cuatro onzas, pero ni una menos.

—Pero si no las tengo: contando con lo de mi Blas, no tengo más que tres justas.

—Sea, al fin, por lo que quieres. Me traes ese dinerillo y al punto pasará á tu poder el sagrado amuleto, — dijo haciendo una grave reverencia y tocándose el pecho con gran respeto.

—Así, pues...

—Hasta mañana. Traes las tres onzas y

cambio hecho. ¡Ah! Se me olvidaba: ten la lengua, que tu marido ni nadie sospeche nuestro convenio; que si se llegara á descubrir perdería el talismán sus prodigiosos efectos.

—Perded cuidado.

—Un consejo: en cuanto tengas en tu poder mi amuleto, te vas del pueblo, te estableces en la capital vecina, que allí rueda mejor el dinero; compras un billete de la lotería (estas cosas siempre quieren este empiezo), y luego... ya irás viendo: fortuna, negocios, afectos, todo cuanto tú ambiciones. En fin, no olvides que mañana aquí te espero.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana, lucero.»

—Ahí tiene V. mi conversación con la gitana: como si ahora fuera la recuerdo.

—Crea V., D.ª Blasa,—dije yo,—que me va interesando el cuento.

—¿Qué cuento? La verdad desnuda.

—Sí, sí, comprendo.

Y, cogiendo el hilo de nuevo, mi vecina fué siguiendo:

—Todo aquél día estuve al acecho, hasta que, aprovechando una ausencia de mi Blas, voy al huerto, desentierro el dinero, lo escondo en el pecho, y llena de angustia,

temblando, aguardé la noche, que por mi fortuna, aunque oscura, ni relampagueaba ni hacía viento. Vuelvo al puente. Ya aguardaba la gitana. Me entrega el talismán sagrado á trueque de aquel dinero, y, llena de congoja, como un delincuente, pasé tres días mortales, hasta que una mañana (aun se me eriza el pelo de pensarlo), muy temprano, fué Blas al lugar donde ocultaba el dinero y... ¡cielo santo!... ve la bolsa vacía, pierde el habla, cae sin sentido en el suelo y... en tres días lo enterramos.

—¡Pues digo,—exclamé yo,—si el talismán hacía efecto!

—Y cierto, desde entonces data mi fortuna: vendí la casa, recogí algún dinero, y con él y mi amuleto me vine á la capital, en donde, si bien es verdad que presto al 50 por 100...

—Bueno. Y ¿compró el billete?

—Al momento.

—Y ¿sacó, sin duda?

—El primer premio.

—¡Soberbio! Aun me hará creer que lleva cola el tal amuleto. Y ¿qué es ello? ¿Alguna pata de cabra?

—No sea V. majadero. Mi talismán... Pero, por Dios, el secreto.

—D.ª Blasa...

—Voy á ello. Mi talismán es... ¡el pañuelo de un ahorcado!

—Y ¿la fortuna robada...?

—¿Quiere V. más fortuna que eso?

Me levanté haciendo esfuerzos por mantenerme serio y despedíme de D.ª Blasa, prometiéndole para otro día los más eficaces consejos.

¡Cuánta fe, entre cierta gente, en el poder de esos ridículos amuletos!

¡Resabios y raíces de los tristemente célebres siglos XVI y XVII, por desgracia bastante arraigados aún en nuestro suelo!



UN CIGARRO

(Publicado en «El Ejército Español.»)

I.

UES sí, señor, á pesar de sus sesenta años era un Otelo, no el cigarro, don Julián. Con sus cuatro campañas que le daban cierta aureola de héroe, sus entorchados de general que le franqueaban las puertas de los más empingorotados personajes y con una profunda cicatriz que ostentaba en mitad de la frente imprimiéndole el distintivo de mártir, pero que acababa de destruir la poca harmonía de las rudas facciones de aquel rostro tan poco mimado por la naturaleza, el conde de la Brecha (porque tambien era conde) hubiera podido ser feliz; pero esto no era compatible con su carácter.

Carácter ágrio, gruñón y seco, debido, según sus íntimos, á cierto desengaño sufrido allá en sus mocedades por una chicuela que lo plantó á la luna de su pueblo, por otro

galán más afortunado ó más bello, y exacerbado hacía algún tiempo por la loca manía de los celos.

Casado con mujer bonita y joven, dueño de una renta más que regular y propietario de un elegante hotel que habitaba, nuestro general no era dichoso.

Y no vayan á figurarse que de esta carencia de dicha en su lazo ó nudo conyugal, fuera ni remotamente causa doña Consolación; (que así se llamaba su esposa, y que en más de una ocasión bien la necesitaba la buena señora para soportar las revesadas sospechas del egregio conde.)

Huérfana de muy niña, no había conocido más cariño que el de las buenas madres del convento en que su buen tutor la encerrara.

Heredera de escaso patrimonio, vivió olvidada, sin conocer más mundo que el del reducido círculo de los fríos muros del monasterio, y sin ambicionar más dicha que los ratos de asueto que de vez en cuando la superiora otorgaba.

Bella y delicada flor, creció melancólica y triste, falta de la savia maternal que arrullara sus sueños de niña y le descifrara más tarde los de adolescente.

Su buen tutor, que en sus veinte años ha-

bía visto veinte veces, se presentó una mañana frío y severo en el locutorio del convento: tuvo una larga conferencia con la madre abadesa, y más tarde anunciaron á la pobre joven que abandonaba el monasterio. Una amiga juguetona y aturdida le dijo riendo que la casaban, y ella, sin comprenderla quizás, quiso reir y... lloró. ¡Pobre niña!... ¡Lloraba!... ¿y cómo no... si allí quedaban sus afectos y cuanto de más caro había conocido?...

Las cariñosas madres despidiéronse de ella regalándole escapularios y prometiéndole rogar por su dicha, y la buena abadesa, al darle el último abrazo con el postrer adiós, en lastimero y compasivo tono le dijo: «cumple con él, pero no te olvides de invocar á Dios.»

II.

Se casó, es decir, la casaron, y despues de viajar su temporada por el extranjero, agotada antes que nacida su raquítica luna de miel, regresaron á su magnífica morada, melancólica y pensativa ella, preocupado y receloso él.

Porque en más de una ocasión, desde que uniera su suerte á la del conde de la Brecha, se habían empañado en silencioso llan-

to las transparentes pupilas de la pobre huérfana.

¡Cuántas veces, hastiada ya de su dorada cárcel, falta de alegría, de amor y de ilusiones, había suspirado por aquel escondido rinconcito de su querido convento!

No era ciertamente que fuera feliz en él; pero como su dormida fantasía no soñó jamás con el *despues* de aquellos altísimos muros, círculo de hierro entre ella y el mundo, de ahí que no sintiera entonces su alma el inmenso vació que ahora la entristecía y anegaba en llanto sus bellos ojos.

Además, ya lo hemos dicho, don Julián era extremadamente celoso y no dejaba de comparar en lo más recóndito de su pecho el desfavorable *pendant* que formaba su poco simpática figura, con la bella y esbelta de su joven esposa: comparación que venía á agriar más y más su carácter, ya de suyo despótico y seco.

En vano instigaba á su peluquero á que apurase los recursos todos de su arte en agraciar algo aquel rostro acre, rugoso y feo; ó el espejo le mentía ó cada vez estaba más viejo. Y como natural resultado, al mismo tiempo que amor, brotaron de su pecho los celos.

Pero si celos injustos y necios, no por eso menos profundos y fieros.

Dióse en vigilar á la niña: si miraba á los cristales le enrojecía la ira; si no miraba, ya calculaba misterio; si se adornaba, esperaba á alguien sin duda; si no se adornaba, seguro que estaba hastiada ya de su boda y resuelta... qué se yo á qué, maliciaba el receloso viejo. Lo cierto es que ella era una mártir y no acertaba con qué tenerlo contento.

III.

Un día, se acicaló cuanto pudo, enderezó bien el cuerpo, se aseguró de sus piernas y fué al cuarto de su mujer, llevando entre ceja y ceja un magnífico proyecto.

Compraré una hermosa quinta—pensó cierta noche el sexagenario Otelo—y allí, lejos de empalagosos amigos, de visitas importunas y monos por los paseos, lograré que Consolación vuelva por el buen sendero, digo, si se torció de vereda, porque con babear tanto necio... aunque... ¡voto á Delfos!... si yo pudiera atinar con el que... bah, ni pensarlo quiero, porque en un rapto de celos... juro yo que al tal truhán le haría morder el suelo... pero, ¡qué memo!... siempre la misma zozobra, siempre lleno de recelos... Nada, nada, me parece un buen proyecto.

Y así, que al siguiente día endulzó cuanto pudo su aspecto, colocó con gran cuidado

sobre su ya extensa calva su ya canoso cabello, y con voz almibarada,—Consolación... niña—le dijo muy quedo—y penetró en el gabinete de su mujer, donde la pobre huérfana estaba leyendo.

Sí, leía una de las inspiradas composiciones de nuestro sentimental y malogrado Becquer.

—Señor conde—dijo ella alzando la vista y como sorprendida de la visita.

—Mira, Consolación, he venido... pero ¡ah! ¿qué estabas leyendo?... ¡Hola!... ¡hola!... ¿lo de siempre sin duda?... «Erase un arrogante mancebo y una enamorada niña... él, valiente, generoso y bello, de melena ensortijada y de mirada de fuego»... Vamos, niña mía, ponme luego en parangón; ¿y qué ha de resultar de ello?

—Pero, señor, si es pura manía suya; siempre me estáis con lo mismo; que aquél es joven, que aquél es bello, y dale con que os encuentro á vos...

—Viejo y feo: dilo de una vez, mujer; ya sabes que me lo pienso.

—Pero si sois vos; que yo no...

—Sí, soy yo el que te lo digo, pero tú la de pensarlo y creerlo.

—Vamos, por Dios, don Julián...

—Sí, sí, ya callo, porque he venido... ya

verás, traigo un proyecto, que me parece que tú... Y así diciendo nuestro general, fuése á acercar una silla que le sirviera de asiento. Pero ¡qué silla! ni una bomba que le explotara en la mano, le hiciera, apenas la hubo tocado, voltearla con más presteza en el aire, viniendo con gran estrépito al suelo.

Lanzó un rugido de fiera, y amoratado, lívido, negro, quiso adelantar un paso, pero una tos pertinaz, sibilante, asmática, se apoderó de su pecho, y agitado y convulso, se apoyó contra la pared por no dar con su cuerpo en el suelo.

Consolación, trémula y aterrada, acercóse á él, sin darse cuenta de lo que pasaba; pero el general, fuera de sí, oprimió con despiadada saña el delicado brazo de la joven, y con el índice de su diestra, rígida y nervuda, mostróle un pequeño objeto, motor inconsciente de aquella deshecha tormenta que, *impávido. tranquilo*, *sereno*, ocupaba un pequeño lugar del radio que poco antes ocupara la silla.

Un gemido debil, ahogado, especie de aye lastimero, se escapó del pecho de la infeliz condesa, que, angustiada, sin sentido, cayó sobre la alfombra.

—¡Ira del cielo!—borbotó en espumara-

jos de cólera el desatentado viejo.—¡Ella!... ¡la infame! ¡la infame!... la ira me ciega... mas juro yo por quien soy que he de lavar esta afrenta.

—¡Rodrigo! ¡Laura! venid presto.

—¡Señor!... ¡Señor!—digeron llegando á una el camarero y la doncella.

—¿Quién fué el traidor que ayer de este gabinete franqueó la puerta?

—Yo, señor, no ví que nadie...

—¡Mientes!... Aquí entró ayer un hombre. ¡Laura! ¿Quién estuvo aquí con la condesa?

—Os juro que á nadie ví.

—¡Mientes también!... El delincuente saldrá así se esconda en la tierra.

Que nadie salga de casa, que á nadie se abra la puerta...

—Ved, señor, que la condesa...—balbuceó asustada la doncella al notar el cadavérico rostro de la desdichada huérfana.

—Noramala la condesa. Hoy mismo á fe de mi nombre aplicaréle la enmienda. Ya no más hipocresías, falsedades, ni inocencias; porque ¡voto á Barrabás!...

—Pero, señor, no siempre las apariencias...

—¡Largo, impostores, de aquí!... ¿Acaso quiero otra prueba que mostrándome su in-

famia, publicando esté mi afrenta, que ese mísero cigarro apurado casi á medias y escondido por algún galán...

—¡Ah, señor! yo fuí, yo sólo soy el culpable.

—¡Rodrigo! ¡Rodrigo! ve si sueñas ó deliras,—gritó descompuesto el conde en el colmo de los colmos del furor y de la rabia.

—Señor, si callase no habría de tener conciencia. Anoche, sí, anoche mismo, mientras V. E. salió con la señorita y Laura arreglaba el cuarto y yo rondaba la puerta dirigiéndole ternezas, la chica, que es de suyo agradecida y bien se ve que me quiere y yo también que quiero á ella...

—Y, acabarás, ¡voto al diablo!

—Dispénseme V. E.; Laura, como iba diciendo, quiso obsequiarme con algo y me regaló... el indino que ha metido tanta brega. Entro yo en el gabinete, lo enciendo, fumo, pero llaman á la puerta; el demonio del destino... era V. E.

—¿Y entonces, tú, galopín?...

—Me aturrullo temiendo una reprimenda; lo apago y como más cerca, lo escondo, por desgracia, ya sabe dónde V. E.

IV.

Disipadas ya las dudas corrió solícito don Julián á prestar auxilio á la inocente

condesa, mas ¡ay! el golpe fué asaz terrible para aquella minada y ya endeble naturaleza.

Alborotóse la casa, se echó mano de la ciencia; todo llegaba ya tarde; ¡la condesa estaba muerta!



LA MACARENA

Publicado en «El Ejército Español.»

Desde el día que te ví,
me echaste lazos y grillos,
y hasta cuarenta cuartillos
de sangre daré por tí.
(CANCIÓN POPULAR.)

I.

RA (hará ya un puñadito de años) la hembra más sandunguera, de más garbo y de mejor trapío del barrio del Perchel.

Estrella de primera magnitud, entre los demás astros percheleros, nadie sabía más de su abolengo sino que vió la primera luz en Cadiz, perdió á su madre sin haberla conocido y sentó sus reales (siendo aun muy chiquita) en aquel barrio de Málaga, abigarrado Parnaso de las chispeantes musas, de las rondeñas, de las malagueñitas y del bolero.

El tío Palomo (bajo este apodo era conocido el autor de sus días) sostenía el tinglado de sus obligaciones fabricando cajas de pasas, lo que no tenía nada de censurable, pero consumía las tres partes de la se-

mana en *peregrinación* por las *ermitas,* completando algún *novenario* entre cañita y cañita; lo cual bien pudiera ser que, sumados ingresos y gastos, pusieran en grave aprieto las dotes económicas de su hija.

Sin saber echar más sumas que las de los cinco dedos de cada mano, era la Macarena (no se la conocía bajo otro nombre en el barrio) de suyo tan arregladita, que con el mermado jornal de su padre mantenía el fuego en su hogar, la camisa planchada y limpia del tío Palomo, y, lo que era más prodigioso aún, su flotante y tentador traje de percal y su mantón de espumilla.

Tenía la Macarena todo el retrechero gracejo de la gitana andaluza, la voluptuosidad de la odalisca y el típico cimbreo de la malagueña. ¡Ay del que se hallara al alcance de su mirada cuando sus ojazos negros sombreados por largas y espesísimas pestañas se entornaban como los del gato, presa de esa somnolencia amorosa peculiar en ciertos momentos de inexplicable morriña en la mujer meridional!

Contaba los novios por docenas, y no había faltado en más de una ocasión más de un *señorito,* que, perdido en el laberinto de sus gracias, al tropezar con ella en alguna de las muchas y poéticas verbenas de

aquella bendita tierra, no le paseara la calle un sinnúmero de días; pero era la Macarena hembra de *buena conducta* y por ningún *cursi abatido* hubiera faltado ella al cariño de su *gaché*. Requebrábanla los hombres, la envidiaban sus amigas, porque en desplegando *velas* y *virando* la *goleta*, allí era de ver á los mozos tirándole los sombreros para alfombrarle la tierra y... ¡Jalea ese cuerpo bueno!... ¡Y qué pie tienes, chiquilla!... ¡Cómo me mata ese garbo!... ¡Pare V. que me asesina!...

Y ella, desdeñosa, altiva, con sus manos de *almirez* puestas en jarra sobre la cintura, con el desdén de una reina, escuchaba indiferente los piropos de sus víctimas.

II.

Pero si la fuerza de Sansón quebróse, seducido por sus gracias, en el filo de las tijeras de Dalila, y la virtud de David perdió pie en el baño de Betsabe, y Salomón, á pesar de su sabiduría, extravióse entre los halagos de la reina de Sabá y otras, y á Marco Antonio venciéronle las gracias de Cleopatra, y á Cesar perdióle su excesivo cariño á Marco Bruto; ¿cómo mi Macarena, número no sé cuantos de las frágiles Evas en este mundo, no había de clavar el diente en la funesta manzana del arbol prohibido?

Fuerte y altiva plaza á quien no rindieran dádivas ni promesas; enhiesta y pujante muralla en donde no abrió brecha ni el más certero ariète, cayó herida y sin fuerzas ante el vistoso uniforme de nuestra airosa infantería.

Requebrábala, hacía algún tiempo, un sargento granadino, más bien alto que pequeño, de muy poquísimas carnes, color cetrino, moreno, de maneras achuladas, cabello crespado y negro; hasta que un día (con asombro de las guapas y aspavientos de las feas) desapareció del barrio (según malas lenguas decían) con el gallardo sargento.

Maldíjola más de un galán, escandalizó el suceso, y el pobre del tío Palomo, amenazó... hasta á los vientos, pero como en este pícaro mundo no hay mejor bálsamo que mar por medio ó el tiempo, se cicatrizó la llaga, y no teniendo ya en su hogar *ni rey ni Roque*, acabó luego por jubilar el jornal y pasar de *claro* en *claro*, y de *oscuro* en *oscuro* los días y las noches en la taberna.

Una mañana (habían pasado ya algunos meses) recibió una carta del correo, la miró de arriba abajo, la volvió á mirar de nuevo, y como él graciosamente decía que le estorbaba lo negro, resolvió llevársela á donde mis lectores ya saben pasaba la mayor parte del tiempo.

Ya estaban allí tomando el *desayuno* el tío *Juaniyo* el zapatero, el sastre señor Matías y el tío Cigüeña el tahonero.

—Buenos días y que Dios os guarde— dijo el tío Palomo entrando con aire muy satisfecho—á ver, señores, el que con gran secreto me va aquí á leer esto.

—¡Caracoles! ¿Y qué es eso?... ¿Alguna *creensial?*

—Sin duda, de barrendero.

—¿Es usted hombre de *corrispondensia?*

—Basta de bromas, amigos: ¿á ver quién me lee esto?

—Eso lo hará el tío Cigüeña.

—¡Cuernos! ¿Si supiera yo de letra sería ya tahonero?...

—Pues vaya, será usted, señor Matías.

—Digo, si yo supiera leer... tiraba las tijeras... más lejos...

—¿Es decir que *denguno* de los dos sabe?... Vamos á ver usted, maestro.

—Qué maestro, ni qué niño muerto; si yo conociera la mitad sola de esos borrones, no estaría dale qne dale con el tirapié haciendo de zapatero. Apuradamente tengo un primo segundón en el *mesmo menisterio*...

—Pues señor, que me he *lusío;* ¿quién me va á mí á leer esto?

—Ahí tiene usted al tío Conejo el sa-

cristán; él que sabe de latines le sacará del apriete.

—Eso: Dios le guarde, tío Conejo; á ver si usted que sabe cantar responsos, ayudar á misa y tocar á muerto, sabrá descifrar estos garabatos, que *mardito* lo que yo entiendo.

—Venga eso acá—dijo el sacristán con grave acento;—y tú, Candilejas—gritó,—una copa del añejo.

III.

Alrededor de una mesa mugrienta sentáronse los compadres y, deshaciendo con énfasis el sobre el tío Conejo, comenzó de la siguiente manera.

«Mi agraviado padre: Después de lo *su-* »*seído* no me atrevo á darle otro nombre, y »crea usted, padre mío, que á no ser por la »*mardita* afición que siempre tuve al pan- »talón encarnado, por *dengún* hombre del »mundo hubiera dado un paso semejante. »Ya estará usted pensando, al ver que no le »escribo, que soy muy *descastá* y *desagraesía*, »y no sabe que se engaña de por medio, »pues por más que durante estos ocho me- »ses he andado buscando la ocasión para »darle noticias mías, no me ha sido posible »hasta hoy, que ha marchado él á buscar »quintos. Mucho me he acordado durante

»este tiempo de usted y de todos los de esa »tierra, pero Cascante (ya se acordará usted »que así se llama él), después de consolar»me los primeros dias, acabó por largarme »algún coscorrón siempre que me veía *afli»gía*, porque ha de saber usted que esto lo »hace de puro cariño, y á más que el pobre»te es muy celoso.

»Sin ir más lejos, el otro día, que estaba »él de guardia y yo fuí á verlo, porque me »ofreció un clavel otro sargento, me dió, al »llegar á casa, tan soberana paliza, que de »veras creí me había roto tres costillas. Por »lo demás, aquí no dejo de darme buena vi»da, aunque por una sola batata de esa da»ría yo todo el oro del mundo.

»Sabrá usted que ya voy entrando en »*sosiedá*, pues he *acabao* por ir sin mantón y »con *mantiya*, porque andan por acá unas »tales, y no de mejor leño que yo, que ni »*pa* dormir se la quitan. El otro día *hise* »unos *muñuelos* de *buebos* á la *señá* coronela »que me quedó muy *agraesida*. *Surso* y re»miendo á la capitana, lavo y plancho á un »*tiniente* soltero y, por fin, como ya sabe us»ted que aprendí algo de sastre, de las levi»tas usadas del alferez les hago *carsones* á »seis *chiquiyos* que tiene como seis cangre»jos. Y aunque todo esto no me *produse den-*

»*gún* dinero, soy querida de toda la compa»ñía y no deja de darle á Cascante cierta »*ripresentación* y cierto empeño. Y aquí me »tiene usted dispuesta á no parar hasta ge»nerala, pues él no aguarda mas que pasen »unos números del *discalafón* para ascender »á sargento primero, y más que oí el otro »día en una *riunión* en casa de otra *sargenta*, »que de peor laya que yo andan por esos »mundos llamándose doñas *Cuales* con mu»cho *rendiví* y mucho sombrero.

»Me dirá usted qué ha sido de *Joseiyo*, »aquel buen *moso* moreno, si se ha metido »en relaciones con la hija del tío Becerro: »si me arrancan *er peyejo* las envidiosas del »barrio, y si se ha casado al fin la hija del »tío Centeno.

»Y por no cansarle más, en la última »oblea del sobre le mando un durillo viejo »para que encienda una vela á la Virgen »de la Victoria, se dé usted buena vida, »eche *peniyas* al mar y se ponga en buen »sosiego. Mándeme las cartas á casa de la »patrona de mi amiga la sargenta López »(que es la que escribe), á la Coruña *en* la »calle del Correo, que yo, así como pueda, »de vez en cuando le iré mandando alguna »*cosiya* y escribiendo.»

Y aquí terminó la carta, y el bueno del

tío Palomo con el dorso de la mano se enjugó dos lagrimones, haciendo varios pucheros, y, dirigiéndose al tabernero.

—¡Candilejas!—le gritó;—cinco copas del más viejo.

Entre los cinco compadres alegremente se bebieron hasta el último maravedí de aquel buen durillo viejo, aguardando otra ocasión que la Macarena, sumando sus flacos ahorrillos, mande algún otro nuevo.

IV.

Si hay alguno de mis lectores que aun desea saber lo que fue de la Macarena, puedo asegurarle que, invariablemente, todos los jueves se pasea muellemente reclinada en un pretencioso *landeau* por el Prado ó la Castellana.

Tiene dos preciosas niñas que se educan en un principal colegio y un *nene* que, con el título de *aspirante* en la carrera diplomática, aguarda ya formar parte en una nueva embajada.

Se llama doña María y tiene su rentilla asegurada, pues su *celoso* Cascante le dió la mano de esposo al hacerla capitana. Y, si mal no recuerdo, forma ya en el escalafón de brigadiera ó de generala.



LA DONNA E MOBILE

(Publicado en «El Ejército Español.»)

ARTÍCULO DE VERANO.

«Mas ¡ay! triste del que fía
de la mujer y del viento,
que cambian cada momento
de rumbo y de fantasía.»

I.



ERA una de las muchas tardes de estío que, embebecido en agradable lectura, acostumbraba á pasar largos ratos bajo la sombra de verdes y espesísimos pinos en una pequeña cuesta, no muy distante de la modesta casita que accidentalmente habitaba. La hora, una de esas en que la naturaleza, como presa de un letargo, parece adormecida y sin aliento para mover la más ligera brisa. Ni los alegres y variados trinos de los inquietos y revoltosos pajarillos, saltando en arremolinada confusión de rama en rama, ni el sempiterno monótono aletear de esa infinidad de animalillos que nacen y mueren en corto espacio bajo los ardorosos

rayos de un sol canicular, ni el más leve rumor, ni el más ténue susurro, venía á turbar en aquellos momentos de apacible sosiego, la dulce calma que sólo puede sentirse en la soledad del campo.

Solo yo, reacio de siempre á entregarme á la perezosa siesta, me hallaba hacía rato, engolfado en la lectura de una de las interesantes escenas que con tanta naturalidad describe el laureado escritor P. Galdós en sus novelas.

Un mal reprimido suspiro, que casi apagado llegó hasta mí, sacóme bruscamente de mi lectura. Miré enrededor y luego distinguí un joven como de unos veinte años, moreno y de agradable aspecto, sentado en un banco de madera y dentro de un jardín cuya verja lindaba á unos veinte pasos del lugar en que me hallaba. Parecía agitado y como si aguardara á alguien con marcada impaciencia. Transcurrieron así algunos segundos sin que mi curiosidad inquiriera algo más de particular.

De pronto, cual si un rayo de sol penetrara por entre aquel espeso follage, ví aparecer alegre y ligera, una hermosísima niña de dieciseis á dieciocho primaveras, sencillamente ataviada con un traje de batistilla casi blanco y dos hermosas y doradas tren-

zas que le descendían más abajo de la cintura.

Aquel venturoso mortal irguióse como atraído por un imán contemplando en dulce arrobamiento á su bella aparición. Inclinóse algo ella y me pareció que le dirigía cariñosas frases. Tomóle él ambas manos con amoroso afán colocándola á su lado con dulce presión.

Lo que hablaron no lo sé. Sus labios se movían poco, sus manos parecían apretarse mucho, sus ojos... ¡ah! sus ojos... los de ella, se fijaban con tenacidad en el suelo, los de él la absorbían con el fuego que despedían. La verdad es, que me olvidé del libro, de su lectura y hasta de lo conveniente de ocultarme á sus miradas.

Más tarde, un dulce murmullo, ténue, cadencioso, llegó hasta mí. El eco de un doble beso, delirante, apasionado, cruzó el espacio en alas de la brisa. Luego los ví, la cabeza de la niña recostada en el hombro del enamorado galán, y el brazo de éste oprimiendo la breve cintura de ella.

Pocos instantes transcurrieron así. Ella encendida, ruborosa, desprendióse suavemente de sus brazos, y el céfiro sutil, murmurante, trajo como en lánguido susurro un «te lo juro,» que resonó en mís oidos, trémulo, apagado.

Después, nada. Ella había desaparecido ligera y vaporosa como una ilusión, y poco después desapareció él también.

II.

Un día... y este era á primeros de Febrero, cuatro meses más tarde de mi regreso á la capital. Había anochecido hacía rato y me dirigía en busca de un lugar confortable cerca de la chimenea.

El cielo estaba encapotado y triste. Llovía. De las plomizas y oscuras nubes que cubrían el firmamento hacía algunas horas que descendía como en hilos de plata una lluvia tenaz y monótona propia del invierno.

Iba á atravesar la plazuela de las Mercedes del mismo nombre que el templo suntuoso que se alza allí, cuando una doble hilera de carruajes y alguno que otro que aun iba llegando, llamó poderosamente mi atención. Acerquéme movido de la curiosidad, comprendiendo que se trataba de una boda, y en aquel momento, de una soberbia carretela forrada de raso blanco, descendió la novia, de esbelta y arrogante figura.

Un rico traje de *faill* y moaré blanco, un aéreo y vaporoso velo que le cubría hasta el

extremo la larguísima cola del vestido y una diminuta flor de azahar prendida con exquisito gusto en su lindo tocado, formaban su atavío de desposada, tan bello como distinguido.

Un gracioso movimiento de la joven me permitió contemplar su bellísimo rostro, ¡Era ella! La tímida niña del apasionado beso que, debido al azar, presencié yo. El mismo rostro angelical, pero revestido de cierta altivez y soberanía. Las mismas doradas trenzas, magníficas, espléndidas, brillantes, flotando sobre los anchos pliegues de su falda.

Estaba algo pálida, pero la límpida mirada de sus azules y rasgados ojos reflejaba el contento, casi la dicha.

Entró en el templo apoyada en el brazo de un anciano, que supuse era su padre.

Yo permanecí allí á pesar de la lluvia, que zumbona y maliciosa apretaba de lo lindo en aquel momento.

¡Venturosa pareja! — pensé entre mí — cuán pronto han visto realizarse sus dorados ensueños de amor!... He de contemplarlos embriagados en su dicha cuando aparezcan juntitos los dos, unidos por lazo indisoluble ante el altar.

Y así iba meditando á mi placer en sa-

brosos soliloquios, cuando abrióse uno de los postigos del templo apareciendo en su dintel un caballero canoso, excesivamente gordo, de baja estatura y como de unos cuarenta años, llevando del brazo á la bella desposada.

Tomaron asiento en la elegante carretela, exprofeso para los dos, y pronto se perdieron de vista como una exhalación.

Frotéme los ojos varias veces creyéndome víctima de un sueño. Quise interrogar á alguno de los que me rodeaban, pero mi lengua, anudada, torpe, no pudo articular la frase.

¡Pocos meses trascurridos desde aquella escena de delirante pasión, y ella, serena, casi risueña, desposada con otro!...

¿Y aquel joven tan apasionado, tan simpático?...

Mudo de asombro y lleno de estupor no podía dar crédito á lo que acababa de ver. ¡Amarga decepción fué aquella para mí! Me alejé de aquel lugar mohino y cabizbajo, cual si me tocara algo en aquel fracaso del amor.

La verdad es que gran parte de mis ilusiones bajaron al fondo de los desengaños y en las vueltas y revueltas de mis apreciaciones, no le cupo la mejor parte á la mujer.

III.

Había trascurrido cerca de un mes. Acababa de alzarse el telón, lo que quiere decir que aunque en muchas ocasiones mis inclinaciones artísticas no están en relación directa con el bolsillo, aquella noche me hallaba en el teatro.

Se cantaba «Rigoletto», la aplaudida ópera del maestro Verdi, siendo protagonista el celebrado tenor Masini.

No hay para qué decir si estaría de bote en bote el más grandioso de nuestros coliseos. Aquella noche se había dado cita allí toda la belleza, la elegancia y la *crème* de la capital; así que al finalizar el primer acto, estaba la sala de espectáculos deslumbradora de lujo y de hermosura.

Yo enderecé el cuerpo, sacudí mis hombros, que hasta entonces habían servido de cómodo almohadón á un mi vecino, y estiré en todas direcciones el brazo derecho, algo entumecido por la emperifollada cabeza de una confiada mamá que saboreaba las delicias de la ópera dormitando tranquila, mientras su niña, flacucha y remilgada, recibía los elocuentes pellizcos de un galopín mofletudo y encendido, que trascendía á la legua á pimentón y canela. Porque han de

saber ustedes que esto y algo más va anexo al que, como yo, sus modestos ahorrillos no le permiten más que un humilde asiento de cuarto piso en el teatro.

Rebuscando algo estaba en que fijar mi atención durante el entreacto, cuando reparó mi mirada en un joven, no muy distante de mí, que con el rostro casi oculto entre ambas manos parecía completamente extraño á lo que pasaba á su alrededor. Examinéle con atención y, aunque había enflaquecido bastante, no me cupo la menor duda, ¡era él!... Tenía descuidado el cabello y el brillo de sus negros ojos, que de vez en cuando giraba en torno de sí con desaliento, estaba amortiguado.

Atraído por una corriente de simpatía hacia el desdichado, seguí la dirección en que casi constantemente estaba fija su mirada, y... ¡ella se encontraba allí!

Ocupaba un palco de primer piso. Un delicioso traje de rosa muy pálido, recogido por una especie de tul salpicado de florecillas y un pequeño penacho de plumas de un blanco color hueso, que se mecía en su rubia cabeza, realzaba, á ser posible, su esbelta y bellísima figura. Un collarcito de perlas que oprimía su contorneada garganta y un pequeño *bouquet*, que de vez en

cuando aspiraba con marcada coquetería, le daban el aspecto de una ondina más bien que de una simple mortal.

Dos señoras mayores y un pollo vestido á la *dernière*, que lo mismo podía frisar en los veinte que en los treinta, sumamente ocupado en morderse la uña del meñique de su diestra, estirarse el guante de la otra y arreglarse la corbata, vertiendo chistes (al parecer) que él mismo celebraba de antemano, formaban la sociedad de la bella desposada, ocupada en aquel entonces en dirigir los gemelos á los palcos de su izquierda.

Ya había comenzado el segundo acto cuando ví penetrar en el palco de la hermosa rubia la poco estética figura de su marido. Arrellenóse en una silla, y más bien que en la ópera tenía fija su atención en un carnet que sacó del bolsillo y en el cual parecía comprobar algo.

Este hombre, pensé yo, debe ser algún acaudalado bolsista, y he ahí la explicación del fracaso de aquel poético amor tronchado en flor por la ambición de la doncella.

Ella no dió gran importancia á la visita y continuó dirigiendo los gemelos en la misma dirección.

La verdad es que poco saboreé aquella noche mi favorito *Rigoletto*, porque entre él y ella absorbían por completo mi atención. Sólo al escuchar la deliciosa aria «La donna e mobile»... etcétera, me acordé de la escena y de donde me hallaba, é instintivamente volví la vista hacia el burlado galán.

Se había incorporado, y una sonrisa sarcástica agitaba sus pálidos labios. Sus manos se retorcían violentas y nerviosas cual si ansiaran estrujar algo, y bruscos movimientos de fiera enjaulada revolvían su cuerpo en todas direcciones.

Por un momento creí que se había vuelto loco. Calmóse, sin embargo, poco á poco y terminó la función sin ningún otro incidente.

IV.

A media legua escasa del pintoresco pueblecillo de R. se levanta suntuoso y arrogante el magnífico balneario de N.

La posición gráfica que por lo accidentado del terreno ocupa, el bellísimo paisaje que le rodea y las cristalinas aguas de dos ó tres arroyuelos que pagan tributo á un cercano y no muy caudaloso río que fertiliza las verdes praderas y campos extendidos

á sus pies, hacen de este fastuoso sitio de salud y de recreo uno de los balnearios más pintorescos y confortables de los muchos que existen en nuestro antiguo Principado.

Un fresco airecillo, que al declinar el sol había venido benéficamente á refrescar las ardorosas huellas de una calurosa tarde de Agosto, meciendo con cierta fruición el verde ramaje de los innumerables abedules, hayas y abetos, graciosamente inclinados sobre las cristalinas aguas del manso río, convidóme á alejarme del pueblo dirigiendo mis pasos hacia allí. El eco de alguno que otro chiquillo alegremente entregado á sus juegos, la fresca carcajada, franca ó ficticia, de la elegante señorita ante los chistes de algún gracioso de ocasión, exclamaciones ó palabras sueltas de alguno que otro caballero sosteniendo tal cual polémica, eran las únicas notas que venían á alterar la dulce monotonía del cadencioso murmullo del río.

A orillas mismas de éste, y abandonada con envidiable coquetería en una de las muchas mecedoras de lona que veíanse esparcidas allí, hallábase, con un libro entreabierto entre sus manos y casi oculta por el caprichoso y espesísimo follaje, nuestra conocida rubia.

A corta distancia de ella una joven convenientemente vestida, pero que por su aire denunciaba ser, y sin duda lo era, su camarera, ó dama de compañía, entreteníase en contemplar los surcos que marcaban en el agua las ramas que entregaba á la corriente del río.

Un correcto saludo salpicado de muy lisongeras frases, sacó á la rubia del ensimismamiento en que al parecer la habia sumido breves momentos hacia la lectura de su libro.

Sonrió de la manera más seductora del mundo á su interlocutor, que no era otro que un arrogante caballero que no excedería de los treinta sin bajar de los veinticinco, vestido con exquisita elegancia y atusado con cierto cauteloso desaliño el tupé castaño que adornaba su espaciosa frente.

Tomó asiento muy cerquita de ella, la camarera alejóse lentamente con aire distraído, y momentos después las níveas manos de la joven se perdían entre las pulcras y bien cuidadas de él.

Ella estaba nerviosa y agitada: el galán, ¿qué otra cosa podía ser? vehemente y apasionado, rozaba casi con sus labios la fresca y tentadora megilla de la rubia, escancian do en su oido las notas más fuertes de su *volcánica* pasión.

La brisa fresca y pronunciada ya de la caída de la tarde, recogía después, en trémulo abandono, el apagado susurro de un beso, sonando casi instantáneo el horripilante eco de una detonación.

Un ¡ay! angustioso, agonizante, del galán al caer de bruces bañado en su sangre, se mezcló en el espacio con el estridente de ella. Por entre el espeso ramage, humeante aun el cañón de la pistola, ví surgir ante ellos, cual fatídica aparición y animado el rostro por sardónica sonrisa, la sombría figura de aquel mismo joven que dos años antes fuera el amante afortunado de los primeros ensueños de amor de la veleidosa rubia.



TIPOS Y COSTUMBRES

PESTE REINANTE

(Publicado en «La Vanguardia.»)

o hay que asustarse; no es el cólera morbo-asiático, ni aun el esporádico ó nostras el que infecta hoy por hoy nuestra población. No es del bacillus de Koch, ni de Klein, ni de Pasteur, ni del peronospera baccinonis (denominado actualmente Ferrani en méritos de que fué él quien lo descubrió) de lo que va á tratar hoy mi artículo. Es otra clase de bactería de una forma y estructura especial la que me va á servir de tema. No forma parte de ninguno de los dos grupos en que se dividen las bacterías parasitarias, llamado bacterías eudofíticas el uno, y bacterías epifíticas el otro: es un nuevo microbio al reverso del de la enfermedad epidémica de las orillas del Ganges: más infeccioso que contagioso.

No es tan antiguo como este género de

bacterías, porque habiéndolas encontrado Van-Tieghem en la corteza de las coníferas del carbón de piedra, es de suponer que existían ya en la época carbonífera, siendo así que mi nuevo microbio data de época muchísimo más moderna. Tiene, ¡pásmense ustedes! el ojo del lince para escudriñar las vidas ajenas; el oido del jabalí para satisfacer su insaciable curiosidad; el olfato del podenco para oler dónde se le guisa la comida; sabe zumbar como el zángano para alimentarse sin ningún trabajo de la miel de las abejas; se adhiere como la lapa, y como el pulpo sabe enredar entre sus tentáculos la presa; habil como la araña, teje la red para pescar las moscas; tiene el instinto acaparador de la hormiga con la holgazanería de la cigarra; posee la constancia del gato para acechar la víctima, y sabe, cual la avispa, clavar el aguijón cuando se le ahuyenta; no pasa como el camello semanas enteras sin comer, porque gusta de gulusmear todas las despensas; cambia de color como el camaleón, según á su interés conviene; sabe bailar como la tarántula, pero al son que más le agrada, y como el caracol se esconde en su concha cuando amenaza tempestad, hasta pasada la tormenta.

Es, (salvo algunas pero muy honrosísimas

excepciones) un animal bípedo y mamífero, todo ojos, todo olfato, todo orejas, todo lengua, husmeador, quisquilloso, entrometido, pendenciero, pegajoso, llamado portero. No nace (parodiando la frase de Cervantes en su *Gitanilla)* de padres porteros, no se cría (generalmente) entre porteros, no estudia para portero y por tanto no sale de entre ellos perfeccionado en el arte de todas sus bellaquerías. Es parásito adherido á cualquier casa de mediano aspecto, formado entre el favor y la pedigüeñería, y que brota, como los hongos, de cualquier parte. Es un soberano absoluto, un déspota, un tirano, á quien hay que rendir tributo desde el zaquizamí, situado bajo las nubes, hasta el húmedo sótano, tres metros bajo el suelo. Es una especie de fisgo del que no se libra ni la mujer más virtuosa, ni el hombre más sóbrio.

¿Tenéis hijas? Guardáos de estar mal con ese *coloso pigmeo*. ¿Mantenéis servicio? Temblad por vuestro sosiego si la más pequeña nube de sinsabor empaña la buena harmonía de vuestras relaciones con el portero. Y contad que no basta el aguinaldo de Navidad, *felices dias*, *partidas*, *regresos*, etc... eso ya lo echa él en la cuenta de ingresos y todo lo más que puede valeros son las afectuosas gracias del momento y media docena de

días de *amable* sonrisa. Es un airón con fauces de cocodrilo y barriga de ballena, que nunca se ve satisfecho. Es preciso, si no queréis crearos un enemigo en el dintel de vuestra casa, que derrochéis á manos llenas vuestros dones sobre él y su familia. Es necesario, si no queréis tener en vuestra puertra un mónstruo más temible para vosotros que la esfinge de Thebas, que en pocos instantes devore con sus enigmas vuestra tranquilidad, vuestra fama y vuestra dicha, que proveáis á sus necesidades, que prevengáis sus gustos, que aduléis sus caprichos, que preveáis sus deseos, que satisfagáis sus pretensiones, que colméis sus antojos: en una palabra, que con los excesos de vuestra prodigalidad, desbaratéis los planes que contra vuestro sosiego pudieran fraguarse en las *laboriosas oficinas* de su chiribitil.

Si así lo hacéis, si no descuidáis el pantalón usado, ó en buen uso, el vestido en regular estado, la gorrita hoy, el delantal mañana, el par de zapatos, el pañuelo de seda, el duro para alivio del constipado, la peseta por el aviso, el real por el recado, la costilla que sobra, la rodaja de queso, la fresca morcilla, la longita de jamón, el poquito de dulce, la botella de buen vino, el puñado de fruta y otras mil y mil pequeñeces que

en incesante procesión van de vuestra casa y de vuestra despensa al tugurio del portero, tened por segura vuestra privanza y vuestro poderío. Retraéos, sed insensibles á su insinuante garrulería porteril y estáis perdidos. ¿Tiene novio vuestra hija? Ponedlo de contado en la lista de las cuentas incobrables. Así sea una Penélope que pase el santo día *tegiendo* las labores de su casa (sin *destegerlas* más tarde) no pasará de ser una *holgazana*, *pretenciosa*, *coqueta*, etc... ¿No lo tiene? Si hay alguno que muerda el *anzuelo* de sus gracias, ó de sus virtudes, de seguro se evapora en el *laberinto* del portal de vuestra casa. Se os sube, ó se le sube la mosca á la nariz á la muchacha y os pide incontinenti la cuenta: estáis irremisiblemente perdidos.

El contrato de la esposa lo hace irrito el marido, el del menor las leyes, y el vuestro con cualquiera muchacha lo hará irrito el portero de la siguiente manera.

—«En esa casa no para nadie, no tienen conciencia, ni entrañas; matan de hambre al servicio, lo revientan á trabajo, lo agobian con sus improperios, lo asedian con sus impertinencias, lo marean con sus pretensiones, lo atormentan, lo insultan, lo vejan, lo denigran...»

¿Queréis paz?... No hay mas que echarse el dogal, doblar el espinazo y resignaros á que vuestra casa, vuestros asuntos, vuestros negocios, vuestros proyectos, vuestras conversaciones, vuestros deseos, vuestros gustos, vuestros caprichos, vuestra mesa, vuestra despensa, vuestro ropero, vuestros cosméticos (si los habéis menester), vuestros defectos, vuestras enfermedades y hasta vuestra *bolsa* pase al libro de memorias, que, con prodigiosa exactitud, lleva vuestro portero. Porque si alguien, con sobrada razón, dijo «que la mayor parte del servicio eran enemigos pagados de nuestra hacienda y de nuestro sosiego» pensad que los porteros, son, por lo menos, sus afines.

Y si alguna vez tropezáis con vuestra muchacha, que con la mayor frescura está sacando á relucir *en público auditorio*, hasta los pliegues más *recónditos* de vuestra vida íntima, provocada á ello por las capciosas preguntas del portero, que obran en su garganta cual el cosquilleo de las barbas de una pluma, no os alteréis, no frunzáis el entrecejo, si no queréis sentar plaza de insufribles, dirigid una amable sonrisa á la chica, como diciéndola:—Cuando estés lista, sube si gustas,»—y con el tono de voz más meloso que os sea posible, dad los buenos dias

al portero. Nada de luchas, nada de resistencias si queréis paz, pues todo pugilato os produciría contraproducentes resultados. Porque si hay bacterías que se destruyen ó esterilizan con ciertas dosis de sublimado corrosivo, ácido sulfúrico, acetato de albúmina, ácido fénico, etc... la mía, es decir, esta peste endémica que hace años azota las más importantes poblaciones, se combate sólo, con la profilàxis de *dádivas y dinero.*



EL CABALLO DE BATALLA

(**Publicado en «El Ejército Español.»**)

ERGIVERSANDO la etimología de la palabra, mi caballo de batalla no es un mamífero del orden de los solípedos destinado al acarreo, al tiro ó á la montura: así, que no es brioso como los de Neptuno, que arrastran su carro sobre las ondas del mar; no es ligero como los inmortales Balios y Xantos (regalo de boda que hizo el dios de las aguas á Peleo y que más tarde condujeron á Troya el carro de Aquiles); no tiene el instinto del de Darío, que le valió el trono á su señor; no es presagio de grandezas para su dueño como el de César; no está criado en *buenos pañales* como el de Calígula; no tiene la varita mágica en los cascos como Pegaso; no es fuerte como Bucéfalo, célebre como Bayardo, valiente como Babieca, ni sufrido como Rocinante.

Es un animal bípedo, generalmente de condición ruin, empedernido, exigente, des-

pótico, haragán, pretencioso, entrometido, sisón, husmeador, viperino, pendenciero, desagradecido, amigo de zalagardas, con más juego que un caballo de ajedrez, más puntas que un arpón, más tentáculos que un pulpo y aficionado á mudar con frecuencia de *establo* y de *esebre*.

Tiene en jaque á toda casa de mediano porte; es el pasto de toda conversación casera, el tema de la generalidad de las reuniones femeniles y el problema árduo de toda ama de gobierno. Es, en una palabra, ese animal doméstico, en muchas ocasiones dañino, pero de indispensable uso, denominado muchacha de servicio.

Y como complemento y estudio de sus estupendas cualidades, acerquémonos á cualquiera de esas mismas reuniones femeninas, ya sea en casa, en la calle, en el teatro, en el paseo, hasta en la misma iglesia, que no nos ha de faltar una señora C. que, encendida de coraje, nos habla del descaro de su muchacha, que le regresó del baile dos días después de la fiesta; y una señora B., que se le quedó la suya con el cesto y el dinero de la compra, amén de algunas alhajas y ropa blanca (como recuerdo sin duda); y una señora H., que le desapareció con un billete de Banco, y una señora D. que se le evapo-

ra en la cocina la sustancia del caldo y las tajadas, y una señora N., que encontró á la *doncella* haciendo el amor á su marido, después de haber tanteado al hijo; y una señora L., que la plantó una batueca de las de jubón grasiento y negro corvejón, eso sí, por mejorar de salario, estando ella enferma y con un hijo agonizando; y una señora X., que es la tercera muchacha ya, que en detrimento de la moral, le da *fruto* sin auxilio de comadrón; y otras muchas señoras enes, efes ó zetas, que á voz en grito claman á todo el que quiera oirlas, que no encuentran quien las sirva, ó porque tienen chiquillos, ó porque se hace la colada en casa, ó porque se toman cuentas, ó porque se limpia todos los días, ó porque se friega, ó porque se plancha.

Y *una* pretende cuatro horas para la plaza y dos *nocturnas* para conversar con el novio; otra, peinadora en casa; y esta, quiere señor solo, ó matrimonio sin hijos; y aquella que gana ocho duros, pide la cocina floja, acostarse pronto, no madrugar, salir todos los días y los domingos regresar á las diez á casa. Y... ¡cómo está el servicio!—claman las señoras todas; hoy ya no hay quien sirva bien ni por un ojo de la cara. Pero es que su lamentable memoria no les recuerda sin

duda á la elegantísima Fulana, que es preciso comer de fonda el día que no hay criada; ni á la espiritual Zutana, que realmente se pone enferma cuando se va la muchacha; ni á la irresistible Mengana, que se levanta á las once y pasa en el tocador el resto de la mañana; ni á la distinguidísima Perengana que recibe *todos los lunes* y emplea haciendo visitas lo demás de la semana; ni á otras muchas señoras y amiguitas vuestras y mías que doblan y triplican el salario á ciertos entes, porque ¿quién echa mano á la escoba? ¿Quién se mete en la cocina? ¿Quién se atreve á ir á la plaza? ¿Cómo, pues, queréis poner dique á las muchachas, cuando esas *amiguitas*, con sus repulgos y desidia, son las que ponen un freno á las pocas que son amas de su casa?

Si una criada, en vez de un maniquí de modas, un pomito de perfumes, ó un tarrito de pomada, hallara una señora que le enseñara el trabajo y la obligara á cumplir, no hay duda que pusiera coto á su descaro y ambición desmesurada. Pero como ella ve cuán necesaria (léase indispensable) es hoy en ciertas casas, de ahí que el ama que sabe contar lo que ingresa y lo que gasta, no halle quien la sirva un mes, escuchando siempre de la chica la sacramental palabra—«me

dan más en otra casa...—allí, la muchacha no lava...—allí, no se toman cuentas...—allí, no se hacen las camas, ni se barre cada día, ni se friega, ni se plancha.»

Y allí, digo yo, no está nunca la señora, y allí se sisa, y allí se derrocha. y allí se tira y allí se gasta. Así, que si se ha de poner cortapisa á esa guerra titánica entre la que cobra y la que paga, guerra de mayor trascendencia sin duda que las célebres guerras médicas, entre griegos y persas; que las púnicas, entre cartagineses y romanos; que la de los cien años, en Inglaterra; que la de las dos rosas, entre la casa de York y la de Lancaster; que la de los treinta años contra el Austria, y que esa infinidad de guerras civiles que para oprobio de la humanidad se libran sin cesar entre los hombres, porque estas guerras sólo tuvieron y tienen lugar en los campos de batalla, al par que esta otra, sorda y encarnizada entre el ama y la criada, está incesantemente encendida en el corazón mismo de los sacros lares de la familia, preciso será que las verdaderas amas de gobierno emprendan firme cruzada cerca de esas pobres ilusas, para que, sin tardanza, pongan pronto remedio á esa lucha que devasta nuestras casas, induciéndolas á que, sin demora, apliquen la espuela de su

laboriosidad y dirijan, con acierto, las riendas del buen gobierno de su casa, porque, á pesar de todo, aun está en nuestras manos el freno de ese temido y temible *caballo de batalla.*



LAS DOS PARALELAS

(Publicado en «El Ejército Español.»)



ENGO yo un amigo, (que eso de tener amigos es costumbre ya vieja entre los hijos de Eva) á quien su horóscopo, bueno ó malo, lo condujo á ser casado, á mantener media docena de hijos, un padre sexagenario y, por añadidura, una suegra, tullida, por más señas, (caso estupendo y raro en los tiempos que corremos.)

Es, el tal amigo, hombre probo, si los hay, á quien su infatigable laboriosidad le había conquistado un modesto asiento en un oscuro escritorio de una reducida tiendecita de cintas y botones. Pero, á decir verdad, el *tascar* el regla en más de una ocasión, enristrar la pluma tras la oreja y anotar facturas, á duras penas si le producía para entretener las necesidades más perentorias de su numerosa familia. Y al par que sus estómagos, crecían los chicos tam-

bién, y por cierto que sus vestidos no poseían la prodigiosa virtud de aquella *santa túnica*, dejándoles al descubierto partes que, si no la humanidad, la decencia deseara ver tapadas. Su padre carecía de abrigo para el próximo invierno: su suegra, ciertos cuidados, dada su situación: su esposa... sobrado hacía la pobre en olvidarse de sus propias necesidades para atender á las de los demás. El casero no descuidaba ciertas visitas mensuales, amenizadas con tal cual hipótesis del peor gusto: el tendero hacía oídos de *mercader* al ver aumentar los sumandos, sin esperanzas de sustraendo; en la tahona... pero ¿á qué decir más?... Basta y sobra con lo dicho para deducir que la *luz* no alcanzaba para todos los menesteres de aquella familia. ¿Qué hacer, pues?... ¿Filosofar? Suele andar bastante desacertada la cabeza en filosofías cuando el estómago está vacío. ¿Desesperarse? ¿Pegarse un tiro? Pésima resolución del intrincado problema que no logra por tales medios más que extremar la incógnita. ¿Buscar, pues, nueva colocación? Acostumbran á pasearse por las nubes y no son para el que las busca, sino para el que no las necesita.

Dicen que Dios no cierra todas las puertas, y por eso sin duda halló una abierta mi

amigo, por más que esta sólo fuera de escape. Fué la tal un negocio, tras el cual hacía largo tiempo iba él. Consultóse el asunto en plena sesión de familia; yo, como íntimo, fuí invitado á dictaminar, quedando aprobada la proposición por unanimidad de votos. Faltaba, sin embargo, el motor principal para el planteamiento de la idea. Tres mil pesetas, cantidad indispensable para emprender el negocio.

Eché mano de mis numerosas relaciones (que no otra cosa podía ofrecerle); y después de un minucioso expurgo y pasarles cien veces por el tamiz de mis quisquillosas apreciaciones, anotamos tres en cartera. El industrial H., fomentador de las pequeñas industrias y campeón decidido (según fama) del obrero: el banquero C., protector nato del necesitado, de genio emprendedor y buena conducta; y el propietario N., de carácter llano y expansivo y paño de lágrimas del menesteroso.

Con estos tres Mecenas, rebuscados entre mil, creí ya á mi amigo en posesión de la modesta suma que le había de abrir una nueva era con que cubrir las necesidades de su familia. Se me olvidaba. Mi amigo podía ofrecer en garantía á su protector, una inmarcesible honradez, acrisolada en trein-

ta años incorruptos de manejar bienes agenos. Intereses; el seis por ciento anual del capital. Ganancias: la mitad de las que produciría el negocio. Seguridad, absoluta: porque estudiado el asunto, era tan claro como el que compra una vara de percal por dos reales y la tiene ya vendida de antemano por cuatro.

Armados con tales pertrechos, yo mismo quise acompañar á mi amigo en su petitoria. Nos personamos sin tardanza en el despacho del industrial H. y...—no puede recibirnos porque está en una subasta; y...—no fué al despacho porque es comensal de un banquete; y, al fin, logramos que nos escuche para consultar el asunto con su abogado y contestarnos dos meses después, «que no se dedica á negocios de tan poca monta.»

Procuramos á todo trance ganar el tiempo tan lastimosamente perdido y nos presentamos en casa del banquero C.

—No recibe — nos dice el portero; — un pariente es el encargado de los negocios.

—No recibe, — nos dice el conserje del pariente; — marchó ayer á pasar ocho días en la quinta.

Y no recibe á su regreso porque está de parto la señora; y no recibe después porque le duelen las muelas; y... no puede recibir

porque marchó de mañana á los baños de L... á cuidarse un reuma.

Y aguardamos con santa mansedumbre á que pasen los meses calurosos del estío y que Noviembre con sus frescas brisas obligue á los *escogidos* á replegarse á sus cuarteles de invierno.

—Y no recibe, nos dicen al presentarnos de nuevo en su casa, porque ha llegado sumamente fatigado del viaje.

Y no recibe, días después, porque una catarral que pescó saliendo del teatro lo tiene en cama. Y se suceden así interminables los días hasta que llega el afortunado (debido tal vez á ciertas capitulaciones establecidas con el ama) en que somos llamados á una conferencia. Le exponemos en pocas palabras el proyecto; nos escucha con *exquisita finura*, muellemente reclinado en un ancho sillón de baqueta, y quizás iba á respondernos satisfactoriamente, cuando la llegada del corredor que viene á anunciarle una jugada de bolsa, le hace (digo yo) mudar de parecer, porque levantándose perezosamente de su asiento (acto de inequívoca insinuación) nos despide dándonos amistosas palmaditas en la espalda y diciéndonos en el tono más *familiar* del mundo:

—«Ya ven ustedes, ese no es asunto de

mi incumbencia; no faltará *un cualquiera* que les preste esa *bicoca.*

Y desengañados y corridos, salimos de casa del banquero con las manos en los bolsillos, digo mal, en la cabeza.

Presos ambos del mayor desaliento, recurrimos á la última tabla de salvación, al propietario N., paño de lágrimas del menesteroso.

—No se ha levantado todavía, nos dice la muchacha; vuelvan ustedes más tarde.

—Acaba de salir á paseo, nos repite después la misma, estando él tal vez de sobremesa.

Y no nos recibe, porque está en la propiedad.

Y no nos recibe, porque está atareado con las elecciones.

Y no nos recibe, porque casa una hija. Y después de meses y meses y semanas y días, somos por fin admitidos á plática por el *boudadoso* propietario.

—No es malo el negocio, dice después de escucharnos; vuelvan ustedes dentro de algunos días que lo consultaré con mi hijo.

Y volvemos días después sin conseguir respuesta alguna, y en idas, vueltas y revueltas inútiles, conseguimos por finiquito de las negociaciones una esquelita, en la

que cortesmente nos manifiesta, que su hijo, *por falta de tiempo*, no ha podido estudiar el asunto..

Y después de dos años de privaciones, de ayunos forzosos, de haber perdido una mísera colocación, (pero al fin un pedazo de pan), con su esposa enferma, su hijos famélicos, su padre agonizante, cae mi infeliz amigo en un desaliento supremo, en una negra melancolía, que en brazos de una enfermedad aguda en breve lo conducen á la sepultura.

¡Cuántos cual él, dejando lo cierto por lo dudoso, corren en vertiginosa carrera tras ese mágico *mañana*, escrito con letras de oro en las rosadas puertas de la esperanza, viendo desaparecer en el interminable *hoy* la tranquila vejez de un padre, la anhelada salud de un hijo, su porvenir, su gloria y quizás... quizás su misma honra comprometida; porque para muchos ese febril *mañana*, ¡nunca ha de llegar!...

Por mi parte, siempre que para un asunto cualquiera se necesita la anuencia, el favor ó el óbolo de alguien, involuntariamente recuerdo la triste historia de mi amigo y doy un repasito al siguiente aforismo (que desde entonces llevo escrito en una de las hojas de la gran cartera de la vida). — Son

dos *paralelas*, el que pide y el que otorga, que en el ejercicio de sus propiedades, por más que se prolonguen, no han de hallar punto de conjunción.



EL QUE SIEMBRA VIENTO...

(Publicado en «El Ejército Español.»)

> ***«En San Dionisio se hace á las mujeres duquesas, y al salir del colegio no se les da ducado. —En las escuelas de barrio se enseña á las niñas á ser pobres, y cuando salen de ellas se encuentran sabiendo serlo.***
> **CASTRO Y SERRANO**

I.

ARÍA poco más de un año que abandonó la perla de las Antillas para sentar sus reales en la de Cataluña, en un magnífico principal de la calle de Cortes.

Era viuda de un general insurrecto, y sus tarjetas violáceas y lustrosas ostentaban, bajo enigmático escudo, los retumbantes nombres de—Amaranta de Los Reyes y de Castronejo, viuda de Los Santos Barrosos del Pajar y de Acebuche.

Dos preciosas niñas, que apenas contarían catorce y quince años, eran los únicos lazos que le quedaban de veinte años de yugo matrimonial. Ella, la viuda, á pesar

de sus treinta y ocho, continuaba de muy buen ver. Si no se la podía llamar con justa razón hermosa, lo suave y terso de su cutis de criolla, el negro aterciopelado de su cabello, la picaresca mirada de sus ojillos castaños y el gracioso mohín de sus abultados labios, que se fruncían á discreción, bajo su melosa parla, mostrando una doble hilera de amarillentos y menudos dientes, hacía agradable y hasta placentero su íntimo trato.

Ante todo, colocó sus niñas de educandas en el colegio (de extraordinaria nombradía por aquel entonces) de la Purísima Sangre, y allí se hicieron muy íntimas de otra educanda, amiga mía, que, por su mediación, tuve lugar de tratarlas y de que se estableciera una amistad entre nosotras, ni tan fuerte que pudiera calificarse de extrema, ni tan floja que no nos cambiáramos algunas visitas de tarde en tarde.

En su casa nos codeábamos con las hijas de la condesa del Mogicón, con las del general Cucaña y con las del barón de los Tresplazos, que juntas con algunas otras que como éstas justificaban su título, eran la nota obligada de las encopetadas relaciones de doña Amaranta.

Sus niñas fueron siempre distinguidas

en el colegio con la banda del «Divino misterio,» la cinta del «Corazón abrasado,» la escarapela del «Esposo amante,» aspirantas á los «Sagrados azotes» y siervas preferentes de los «Siete dolores.» La mayor era presidenta de la cofradía del «Pacífico señor San José,» y encargada de repartir diariamente entre sus cofrades las «pagitas,» «pañalitos» y «fagitas» del niño Jesús.

(La que ha asistido á estos colegios ya sabe que no peco de exajerada; para el que no los ha visto en sus interioridades, sepa que este es el «privilegiado» sistema de que se valen las sencillas madres para estimular á sus alumnas y educar su corazón en el recogimiento y santo temor.)

La pequeña era tesorera de otra asociación titulada del «Sagrado Cordón,» creada para las menores á fin de fomentar sus piadosas inclinaciones.

A mí me embobaban con sus pomposas descripciones. ¡Y qué mucho, desconocidas como eran en mi humilde colegio las deslumbradoras munificencias de tan ampuloso sistema!

Allí, según confesión de Angeles y Leonor, (estos eran los nombres de las niñas) la presidenta era un verdadero reyezuelo con sus fueros de tiranía y todo. Reminiscencias

del monástico gobierno de sus superioras.

A nadie más que á la reverenda madre le era dable corregir á la que se ornaba con tan ilustre título. Y ¡ay de la niña que cayera en su desgracia! En su mano estaba llamarla á las confidencias de la junta ó apartarla con desdén; escogerla para tal ó cual honorífica comisión ó excluirla; presentarla á los ojos del padre como un perfecto dechado de virtudes ó como un sér abominable; hacerle sentir, en una palabra, con su gesto, con su mirada ó con sus ademanes, todo el peso de su enojo y de su despego.

Que ninguna señorita se atreviera á penetrar en aquel aristocrático cercado—«verdadero vergel de lo más noble y escogido de la capital,» (palabras textuales de la directora que redondeaban su carácter), si no podía ostentar los blasones del linaje ó del capital.

Y si no, allí me tenían á doña Amaranta siempre dispuesta á volver por sus fueros cuando alguna de las muchas madres de las educandas que la visitaban, se quejaba del excesivo precio de la mensualidad; de la educación poco convencional que recibían sus hijas; de las suscripciones onerosas, que nunca se cerraban, para renovarle el manto

á la virgen, las sandalias á San José ó la túnica á Jesús; del sempiterno *guante*, (siempre extendido) para *sorprender* con un reclinatorio de ébano á la reverenda madre por su santo; con un *rústico* sillón de cedro al padre por su cumpleaños; ó para costear, si no, alguna primera piedra para fundar un nuevo convento allá en remotos países.

—Vaya, señora,—solía contestarles la fastuosa cubana con muy ligerísimas variantes—ya nos podíamos figurar que en el pensionado de la Purísima Sangre no nos iban á enseñar las niñas á coser, á zurcir, á cortar, ni á otras *simplezas* por el estilo, que mucho *cursi* pretende debiera saber la mujer, pero, que, según yo opino, maldita la falta que pueden hacer á una señorita, si ya no es que aspira á la *sabrosa educación* de una moza de servicio. «Que la mensualidad es crecida; ya me figuraba yo que el rango de un tal colegio no podía correr parejas con las escuelas del Municipio, que por cuatro ó seis reales al mes enseñan á una «chica á pegarle» unos remiendos en los calzones de su padre, ó á zurcirle las calcetas á su abuela.»

Desengañémonos, amiguita, si queremos hacer de nuestras hijas unas verdaderas señoritas, no hay más que cerrar los ojos

y no sacarlas del Pensionado de la Purísima Sangre hasta los veinte años.»

Yo no sé hasta qué punto tenía razón doña Amaranta en sus apreciaciones respecto á la educación de la mujer, porque ignoraba á lo que ascendía su fortuna; pero ella gastaba, y gastaba mucho. Sus hijas, después que salieron del colegio, vestían con exquisita elegancia luciendo lujosos trajes que acusaban, á la par que lo rico y variado de su contesto, el irreprochable y distinguido corte de una madame Fanny, María ó Adela.

II.

Mis relaciones con Angeles y Leonor llegaron en esta época, si no á la tirantez, á ser tan frías y ceremoniosas, que acabé por no poner los pies en su casa, correspondiendo así al mucho tiempo que hacía que no los ponían ellas en la mía. Y véase el motivo.

Tenía mi amiga un hermano que acababa de licenciarse en medicina, el cual, interesado por la belleza de Leonor, que era más que regular, sin cuidarse de otras prendas ni cualidades, pidióle relaciones. No sé hasta qué punto le fué desagradable ó placentera esta declaración á la chica del que

constantemente fué uno de sus más adictos admiradores, y con el que muy á menudo compartía los placeres y fatigas de la danza. Pero si á Leonor quizás no le disgustó del todo este amor, á doña Amaranta crispáronsele todas las cuerdas de su orgullo. ¡Su hija!... ¡la hija del general cubano, don Bartolomé, María, Nicolás Javier de los Santos Barrosos del Pajar y de Acebuche, prometida á un insignificante mediquillo! ¿Para eso le había ella costeado los mejores maestros de música, de pintura, de equitación, de baile y hasta de esgrima?

¡Leonor unida á un *burgués* de carrera cuidándose de la ropa de sus armarios, del menaje de la casa y hasta de los cacharros de la cocina!... ¡Ella, que sólo dejaba la cama poco antes del medio día para entregar su cuerpo indolente y soñoliento á su camarera, que la vestía, la peinaba y le servía el almuerzo, para no ocuparse más que en hacer ó recibir las visitas de sus amigas!...

Creyó la encopetada señora ahogarse en un arranque de satánica soberbia ante la osadía del joven, y después de despedirlo acre y altaneramente, culpóse á sí misma de tal *descaro*, por haber *caído* en la *flaqueza*, de acceder á las *debilidadez* de sus niñas

admitiendo en su casa amistades de colegio, que no estaban en relación directa con su *alcurnia*.

Rotas así sus relaciones con mi amiga y ya de tiempo hiperbóreas conmigo, no supe de ellas, sino que algunos años después, casóse Angeles con un barón viudo, que á estar tan fincado en bienes como en defectos y en hijos, no fuera despreciable el partido: verificándolo más tarde Leonor con un bolsista acaudalado; logrando así unir doña Amaranta á sus hijas con la aristocracia, que tanto la sacaba de quicio, la de la cuna y la del dinero.

III.

Poco más de las once serían de una fría mañana de Enero. Lloviznaba sobre llovido y la calle del Carmen estaba sucia y fangosa como en tales días de días acostumbra. Una fuerte y no sonora imprecación, seguida de un graneado de interjecciones, vino á herir de pronto y á boca de jarro, el tímpano de mis oidos. Volvíme con rapidez y junto la rueda derecha de un carromato, probaba sus fuerzas por incorporarse una pobre mujer, casi una anciana, que en la mísera penuria de su traje denunciaba su preca-

ria situación. Oprimía con mano nerviosa un mugriento y mezquino capazo, por cuya boca asomaba, estrujado y descompuesto, restos del ínfimo pescado que á trechos relucía sobre el sucio pavimento. Alzóla, con firme brazo, un caballero que á la sazón atravesaba la acera; dióie ella las gracias temblona y agitada paseando una mirada pesarosa sobre la deteriorada mercancía, mientras la despedía el carretero con una sarta de insultos y amenazas del peor género.

Llamó mi atención su acento y el eco de su voz: examinéla cuidadosamente y con cierta nebulosa vaguedad creí reconocerla.

Echó á andar con paso lento y encogido delante de mi á lo largo de la calle hasta el Padró, y metiéndose allí por un torcido callejón penetró á los pocos pasos en una estrecha, sucia y tenebrosa escalerilla. De buena gana me hubiera lanzado tras ella para interrogarla y aclarar mis dudas, pero detúvome lo extraordinario y quizás inverosímil de mis sospechas.

Al lado mismo de la casa, un desportillado barreño, en el que olgaba un puñado de hervidas, sequerosas y pellejonas judías, unos cuantos *gendarmes de mustia y dorada melena,* simétricamente alineados en

un cajón que fué de pasas, y hasta una docena de salchichas de subido bermellón codeándose en las alturas con alguna que otra rugosa y negra morcilla, amén de varios trozos de tocino rebozados en espesa y parduscа capa de polvo, anunciáronme una mísera y nada limpia abacería, por más que ya á largo trecho publicándola estaba el pestilente hedor que despedía el agua corrompida del remojado abadejo.

Una mujer, indolentemente recostada contra el mostrador, que á mí se me antojó por la asonancia de su porte la dueña del tenducho, mataba el tiempo desalojándose con la cabeza de una horquilla los cañones de sus oidos, sin olvidar de paso con la misma *brocha* alguna que otra pincelada por entre el crespo y enmarañado flequillo.

Noté que me examinaba con cierta curiosidad y me disponía ya á interrogarla, cuando acercándose ella hasta mí entre sorprendida y risueña—¿usted por aquí, señorita?—me preguntó.

—¡Será posible!... ¿usted es Tomasa, la antigua camarera... de la señorita Leonor?

—La misma, para servir á usted.

—¿Y, qué me cuenta usted de ella?... Según parece usted se casó.

—Sí, me casé con un buen muchacho,

un carabinero licenciado que con sus ahorrillos y los míos puso esta tiendecita y... á decir verdad, no nos va del todo mal, al paso que si usted supiera ¡pobrecillas! me han costado algunas lágrimas.

—¡Será posible! sin embargo, hace un siglo que no las he visto.

—¿Y cómo las había usted de ver? La pobre señorita Angeles murió hecha una mártir. Se casó con un barón viudo, viejo y estrafalario, cargado de hijos y sin un cuarto; la llevó larga temporada por el extranjero, pero en tales lances y apuros hallóse la pobre con las calaveradas del *abuelo* y los hijastros, que al poco tiempo de su regreso murió del pecho.

—¡Pobre Angeles!—murmuré yo condoliéndome de todas veras de la triste suerte de mi antigua amiga.

—En cuanto á la señorita Leonor—añadió la tendera—no es por cierto más feliz que lo fué su hermana. Casóse con un bolsista millonario (según dijo la señora) y aunque es cierto que no le faltaron lujosos trenes y muchos criados, fiestas y diversiones, se dió tal prisa á perder el acaudalado bolsista, que en pocas jugadas adversas se quedó sin blanca, teniendo que escapar de noche y á escondidas sin que hasta la hora

presente nadie haya vuelto á saber de él.

—¿Y la fortuna de Doña Amaranta?

—Al casarse las señoritas seguramente no le quedaban cuatro girones de ella. Estaba llenita de trampas, y después que nadie se figura lo que es tener los bienes á la otra parte del mar. Que si se cobra, que si no se cobra, que si no quieren pagar; que si el cambio sube, que si el cambio baja; lo cierto es que tuvo que pasar á vivir con su yerno el bolsista, y como ya sabe V. que la señora sabía gastar, no se dieron poca prisa y maña la madre y la hija en abrir brecha al caudal; pero lo peor fué que al escabullirse el marido se les echaron encima los acreedores dejándolas peladitas como la palma de la mano.

—¡Desdichadas!

—Crea usted que son dignas de lástima; doña Amaranta no sirve ni para hacer una taza de thé; la señorita en eso no vale un comino más que ella; claro, como que la señora no quería que se rebajaran á esas cosas... La verdad es que han pasado hasta miseria. Si usted las viera... la señora está hecha un esqueleto; la señorita, antes tan guapa, tan graciosa, tan elegante, está ajada y vieja; vaya, que no parecen ellas, y eso que gracias á mí...

—¿Trabajan?

—Sí, trabajan, es decir, ganan un pedazo de pan. Para coser, ni para otro trabajo, ya le he dicho á usted que no valen. Un día, cuando se vieron sin hogar, con necesidad y sin recursos, se acordaron de mí y vinieron á buscarme; les tuve lástima y me las metí en casa: pero al fin dos bocas más sin ayuda alguna... aunque por mí no... pero ya sabemos la cara que ponen los hombres en eso de echarse obligaciones sin provecho alguno; el caso es que no hallé mejor remedio que alquilarles ese pisito que ve usted y después de darle algunas lecciones á la señorita, lecciones que yo aprendí de soltera en casa de una prima de mi madre, le busqué alguna clientela entre mis amigas; y... vamos, que no pueden quejarse; para lo malo que anda todo, siempre saldrán un día con otro de seis á ocho reales.

—¿Y dice usted que se ocupan...

—Suba usted; yo misma la presentaré, la cosa es sencillísima y aunque al principio lloraba y parecía resistirse la señorita, ahora ya está más conforme y lo hace con mucho donaire y sal; verá usted, el oficio no quiere otra cosa, como que... ECHA LAS CARTAS.

No tuve alma para subir y verlas en un bochorno.

EL TRANCAZO

(Publicado en «La Vanguardia.»)

(Cartas á una amiga de colegio.)

CARTA PRIMERA.


o vayas á figurarte, mi cara Laura, que precisamente ahora que poco ha levantó sus reales de nuestro campo, con fatídico despido, tan hipócrita y chinchoso huesped, dejando hondas y luctuosas huellas en el seno de muchas familias que dificilmente borrará el trascurso del tiempo, intente yo colocar de nuevo sobre el tapete la tan asendereada cuestión de las causas que lo producen, su desarrollo y efectos, y la terapéutica indicada para su curación. Nada más lejos de mi ánimo que *meter baza*, ó *echar mi cuarto á espadas* (profana é ignorante como soy en la materia) sobre si el agente de tal enfermedad es el mismo microbio ó por lo menos muy *próximo pariente*

del que produce la pulmonía; si la autopsia ha demostrado, que tan dañino huesped, á más de los pulmones, puede ó suele invadir también la cabeza; si es infeccioso ó contagioso (aunque patentizado está lo primero); si se desarrolla con el calor y la sequía, ó con la humedad y el frío; si su aparición sigue á las grandes nevadas y nieblas intensas, ó si, como es probado, nos ha visitado algunas veces también con las apacibles brisas de la primavera: si, según se dice (con datos irrefutables) la epidemia alcanza mayor violencia cuando disminuye la proporción de ozono en la atmósfera, ó si desaparece por completo ante una súbita elevación de éste. Y para concluir, si será preferible usar en su terapéutica de los *sedativos* y dejar los *estimulantes*, ó echar mano de los *astringentes*, despreciando los *laxantes*: si lo prudente será darle un par de vueltas á la *llave* del estómago y cantar con el Dr. H. las escelencias del ayuno, ó echando pelillos á la mar hacer causa común con el Dr. B. y regalarnos con sendas tajadas de carne, eso si, fría.

Nada de esto, víctima propiciatoria de las machaconas salvedades mías, motiva la epístola que, tras largo silencio, te dirige hoy tu amiga. Y... no encojas el labio con

ese desdeñoso mohín tan gracioso y peculiar en tí, porque yo te juro, amiga Laura, que aun no le has visto la punta á las *orejas* de mi escrito, y eso que ya te oigo exclamar impaciente:—«bah, esa boba con tanta retahila acabará por decirme que sin necesidad del trancazo epidémico, que no ha mucho tuvo la pésima humorada de visitarnos, hay otros trancazos malignos, de muy atrás endémicos, en nuestro país.» Veo tu perspicacia, chica, que ya sabes de antiguo cuan entusiasta soy de tu gran intuición, pero lo que es por esta vez... nones. Así, que no te devanes inútilmente los sesos en demostrarme, que *trancazo* y gordo lleva aquel que en pocos momentos rueda de la cúspide de la fortuna á las sinuosidades de la miseria por la bancarrota de la casa que guardaba sus caudales: que *trancazo*, el que largaba, no hace mucho, la administración de estancadas á los bigotazos del licenciado militar curtido de cicatrices, denegándole el suspirado estanquillo que ofrecía á la viudita zalamera y no mal parecida: *trancazo* indigesto, el que tropieza con el *incógnito* de su novia, y *fulminante*, si esta es ya su mujer: *trancazo*, el que después de un sueño de abundancias firmadas en una credencial, se halla con una realidad de ayunos rubri-



cados en una cesantía: *trancazo*, el que *ad majorem gloria*, propinan al literato novel los *porteros* del Parnaso devolviéndole su manuscrito, por no ser su *firma conocida* (si antes no se les traspapeló por entre las quebrajaduras de alguna plagiaria cartera): *trancazo* al ingenio del autor dramático, cuando por carecer de *padrino*, le archivan su comedia: *trancazo*, el silbido con que el público ilustrado anonada al actor novato, cuando debiera animarlo con algún aplauso: y *trancazo* y más *trancazo*, Laura amiga, el del mediquillo bisoño que, acabada su carrera, no halla medio de *birlarles* algunas visitas á los pontífices de la ciencia: el del abogado sin pleitos, que ve siempre desierto su bufete: y el del comerciante en embrión, que no sale de cortar palmos de percalina; y el de la niña casadera que *dobla* el cabo de los treinta, sin *extraviado navegante* que busque seguro puerto en sus *reposadas aguas*; y el de la casada petimetra, que ve zozobrar sus gracias en las profundidades del Leteo al aparecer sobre la superficie de las del Rubicón las nacientes de su hija; y el de la *inconsolable* viudita, que al estrellarse la frágil barquilla de sus *melindres* contra la inaccesible roca de los *impenitentes*, ha de volver á los lutos por no hallar un vivo



que la consuele del muerto; y... ¿á que decir más si huelga por sabido, que nuestra época y nuestro país, la época y el país clásicos son del *soberano trancazo?*

Pero basta por hoy, amiguita, que el escrito lleva ya más trazas de indigesto mamotreto que de inofensiva carta. Quédate, pues, echando conjeturas sobre mi enigmático *trancazo*, que yo dejando truncada mi correspondencia en este punto, habré llenado dos objetos: el llamar tu atención sobre mi tema (que de otra manera apenas si te fijas en él, mientras la peinadora te hace los bucles) y depurar yo entretanto ciertos pormenores, pues si algún título recomendable ha de tener para tí mi desmañado artículo, es que está vaciado en la verdad.

Carta segunda

Tu hija, si mal no recuerdo, Laura amíga, cuenta á la sazón diecisiete años. (Peregrina manera de comenzar mi segunda dado el punto en que quedó mi primera. Ello vendrá después, sin embargo.) Hágote esta reflexión, porque sumando el tiempo transcurrido desde la última época que pasé á tu lado, y habiéndome tú dicho en aquella ocasión que había entrado en los quince, de-

duzco de mis cálculos la edad dicha. Tienes, pues, ya en tu hija una niña casadera en toda regla; porque si en Alemania, Suecia y Noruega y otros países del Norte estaría en esta edad poco menos que en mantillas, en nuestro país precoz, muchas son ya madres.

Me lisonjeo en creer, mi conspícua amiga, que á pesar de las muchas etapas que han caído ya sobre aquellos venturosos tiempos en que alegremente nos entregábamos á nuestros bulliciosos juegos de niña, aun recordarás algo de aquel mi carácter porfiado y terco de aragonesa con que en muchas ocasiones me distinguía. Y póngote de relieve esta nota saliente del genio que Dios me ha dado, para recordarte cierta conversación que en la última temporada que pasamos juntas medió entre ambas.

Blanca, tu deliciosa niña, con su talle esbelto y vaporoso, sus grandes y rasgados ojos garzos, su magnífica cabellera de un subido castaño, con aquel gusto exquisito y delicado que tú, maestra consumada en el arte, le habías sabido imprimir, conjunto toda ella de perfecciones y sublime dechado de sensibilidad y dulzura, parecía más bien ángel nacido para batir sus alas por las etéreas regiones, que simple mortal destinada

á cruzar con segura planta las escabrosas veredas de la vida. Yo, casi tan orgullosa como tú de las dotes físicas y morales de tu hija, justamente envanecida con los aplausos que por doquier le valía su hermosura, su maravillosa aptitud para la pintura, su argentina y bien modulada voz, sus dotes, poco comunes, para el piano, su distinguida agilidad de amazona y la soltura con que manejaba el francés y el italiano, tuve la osadía, acostumbrada como estoy á mirar de frente las vicisitudes de la vida, de aconsejarte que la iniciaras en ciertos quehaceres domésticos como digno complemento de tan vasta educación, ya que tú, con el afán de que poseyera lo bello, habías lamentablemente olvidado el enseñarle lo útil: avezándola así con cierto tino á lo mucho de terrenal que tiene entre los hombres la misión de la mujer.

Aun se me figura ver en tu mirada el asombro, por no decir la indignación, que te causó mi advertencia.—«Quiero demasiado á mi Blanca,—me contestaste trémulas tus palabras de puro desdén—para que trate yo en deformar sus torneadas manos y el admirable perfil de sus delicadas formas manejando los bártulos de cocina ó los cachivaches de una casa.»—«Ojalá que el tiempo,

querida Laura, te repliqué yo herida en lo más vivo de mis plausibles deseos por tu punzante esquivez, no te demuestre demasiado tarde, con su glacial laconismo, lo erróneo de tu sistema. El cariño que profesas á tu hija debe tener por norma su felicidad, y ésta no puede ser verdadera para la mujer que ignora cuál es su espinosa cuanto sagrada misión sobre la tierra.» Y aduciendo datos en favor de mi opinión, sin olvidarme de exponerte algunos algos laudables de la educación de la mujer francesa, algunos muchos de la de la inglesa, te llevé hasta el nunca bastante loado sistema de la educación de la mujer norteamericana. «En aquella joven tierra tan digna de encomio, (recuerdo que te dije entre otras cosas) huyendo de las rancias y ridículas preocupaciones de la caduca y gastada Europa, no hay mujer alguna, desde la humilde hija del obrero hasta la acaudalada señora, que no aprenda ciertos conocimientos culinarios adaptados á la posición social de cada familia, pero de inestimable utilidad para todas: allí, la mayoría de ellas estudian la manera de aplicar vendajes, de cuidar enfermos y de escoger y condimentar los alimentos que requieren éstos. Pocas hallarás que no estén muy versadas en la gran influencia que so-

bre la salud ejerce la higiene (funesta ignorancia que en nuestro país convierte á muchas madres en verdugos de sus hijos) y por consiguiente escasas ó ninguna que ignore lo que influyen en el bienestar de una familia el aire, los alimentos, los vestidos, el ejercicio y el recreo.»

Tú, cerrando herméticamente los oidos á mis exhortaciones, preferiste antes hacer de tu lindísima hija una señorita á la moda que una excelente ama de gobierno.

Dejo en silencio mis recriminaciones de entonces, sólo quiero repetirte aquí para terminar ya tan larga epopeya de recuerdos, mis últimas palabras de despido. «No cejo—te dije—á pesar de tu oposición, en mi empeño, no rebatiré tu sistema tan pomposo como hueco, citándote este autor ni el de más allá en apoyo del mío, sólo te prometo el relato fiel y escueto que en su favor pueda recoger en las realidades de la vida: gran libro, que, si no de floreado estilo, enseña por lo menos la verdad.»

¿Entiendes ahora á lo que iba al echar cálculos sobre la edad de tu hija? ¿Vas descubriendo la oreja del verdadero *trancazo?* A ello voy, que ya me lo está exigiendo, si no tu curiosidad, el abuso que vengo haciendo de tu paciencia. Pero, chica, dobla la car-

ta y aguarda á otra, que un tiranuelo que no llega al lustro se empeña, subiéndose sobre mis rodillas, en dirigirme la pluma y tú que sabes por experiencia cuán omnímodo es el poder de estos *déspotas* que aun no calzan pantalón, no extrañarás que deje para otra el descifrar la incógnita.

Carta tercera

En el piso gemelo del mío, vive, no ha mucho tiempo, un joven matrimonio que desde los primeros albores de su luna de miel fijó allí su nido. Envidiable pareja, tanto por su físico cuanto por el entrañable cariño que los une, no enturbiado, al parecer aun, por ninguna de esas opacas nubecillas que por desgracia suelen aparecer á la caída del sol de la ilusión en el cabalístico cielo del himeneo.

Como tú ya sabes, mi querida Laura, que soy de la escuela de las pocas amigas en la mujer casada, y como por otra parte mi linda vecina vive ajena á todo lo que fuera de su paraíso la rodea, no debe extrañarte que no existieran más relaciones entre nosotras, que el ceremonioso saludo al tropezarnos en la escalera y el obligado cambio de tarjetas cuando ella fijó allí su

habitación. Pero, he ahí, que una noche, poco más de las doce sería, se oye gran movimiento y pasos precipitados en el cuarto vecino; ayes angustiosos, algunos gritos sofocados, y por último la puerta de la escalera que se abre, sonando á los pocos momentos el timbre de la mía. Es la muchacha de mi vecinita que viene de parte de su señora á pedirme auxilio, porque se ha puesto muy malo el señorito. Efectivamente, me encuentro al joven revolcándose sobre el lecho y oprimiéndose en contorsiones de agudo dolor, el costado izquierdo; la respiración sofocante, angustiosa, bañado el cuerpo en gruesas gotas de sudor, la desolada esposa anegada en llanto y casi sin sentido, mientras la doméstica va y viene, revolviendo toda la casa sin dar con eficaz remedio que calmar pueda el atroz sufrimiento de su amo y la desesperación de su señorita. Ante todo, creo lo más conveniente vestirlo de sinapismos; se procura después, por medio de constante agua en ebullición dar á la atmósfera cierto calor templado y húmedo, á fin de que la sequedad del aire no irrite más los bronquios del paciente; y cuando más tarde llega el doctor, le aplica dos vegigatorios, le receta y toma luego algunas pociones de la medicina, sosiégase algún tanto

éste, y si no hay que entregarse aún á lisonjeras esperanzas, se ha logrado por lo menos encauzar la terrible neumonía, heredera directa del *trancazo*.

Nieves (así se llama ella) no se aparta un instante de la cabecera de su Adolfo y á los pocos días, tras largas horas de llanto y de insomnio, la gravedad del mal ha cedido y ordena el doctor pequeñas dosis de caldo. El enfermo resístese á pasarlo porque tras de cada toma siente sofocación en el pecho, ardimiento en la cabeza y un malestar tan agudo y general que le produce desvarío. Asustada Nieves ante tan desagradable incidente, comunícaselo llena de inquietud al doctor, quédase éste pensativo un rato y manda traer al fin una taza del líquido á su inspección. Frunce el entrecejo al examinarlo, lo prueba y apartándolo lejos de sí hasta con indignación, pregunta con airado tono quién es el autor del caldo aquel. La joven contéstale balbuciente que es la cocinera, al propio tiempo que se le tiñen las mejillas en subido rubor al confesar que ignora la manera de hacer el caldo para un enfermo. En este líquido—dice el doctor—hay todo lo apetecible para formar una olla excelente destinada á una persona que goce de buena salud, pero que fatalmente para

el paciente sólo podía servirle de activo veneno. Demudada la color y temblando cual reo confeso, explicó la pobre Nieves que aquel caldo estaba hecho, como de ordinario, con la sustancia de carne de buey, su ración de gallina, tocino, morcilla y demás aditamentos de garbanzos, col y patatas: que ella ignoraba por completo que esto pudiera ser nocivo á un enfermo, por cuanto la muchacha, que era una excelente cocinera, así lo venía haciendo todos los días. Algo suavizado el doctor ante la aflictiva ingenuidad de la joven, le especificó de la manera que debía hacer el caldo para el paciente y despidióse reiterándole muchas veces el más escrupuloso celo en cumplir sus indicaciones, pues aquel fatal contratiempo, ya que gracias á la repugnancia del enfermo en tomar alimento no lo había conducido á un desesperado estado, por lo menos retardaba su mejoría en algunos días.

¿Te parece, Laura amiga, si en aquella ocasión, una de las tantas en que está eslabonada la cadena de la vida, le hubiera servido mejor á la sentimental Nieves alguna de aquellas nociones que con tanto ahinco aprende la mujer norteamericana, que cantar con el mayor primor la romanza más en boga? Y aquí quiero dejar en silencio las

reflexiones que pudo sugerir el caso al doctor ante la punible ignorancia en que se deja sobre las cosas más útiles de la vida á la generalidad de las jóvenes de la clase acomodada destinadas á ser un día esposas y madres de familia.

¿Comprendes ya lo atinado de mi empeño en que tu hija, rezagando algún tanto lo bello dé cabida á lo útil? Porque cuenta, amiguita, que no siempre se halla á la vecina dispuesta para *bizmar* al paciente. Reflexiona, pues, sobre el caso extrictamente verídico que ofrezco á tu consideración y contéstame lo que resuelvas. Yo por mi parte continuaré dándote cuenta de todos aquellos sucesos que puedan inclinarte del lado que tanto anhelo. Y desengáñate, Laura, (por más que con mis consejos te parezca intransigente dómine ó insoportable pedagogo) que si la mujer ha de ser el ángel tutelar de la familia respetado y querido, el benéfico rayo de sol que la caliente y reanime, preciso será imprimirle otro rumbo muy distinto del que hoy guía la barquilla de sus aspiraciones, enseñándole, con marcada predilección, ciertos conocimientos de los que desgraciadamente carece por completo, siendo en muchas ocasiones para esa misma familia, por la estulta ignorancia en que se la

educà, la fatídica sombra del manzanillo que mata al que bajo ella se cobija.

. . . .

Post-scriptum.—Cerrando estaba la presente cuando tristemente vino á sorprenderme la muchacha con una esquela de defunción.

¿Recuerdas á la simpática Amelia tan elegantita, tan fina, pero que tantos berrinchines costaba á nuestro viejecito maestro de música su poca aplicación? En lacónicas frases anunciábame la fúnebre esquela su temprana muerte. Salí del gabinete penosamente impresionada, tanto más, cuando habíanme anunciado, poco tiempo hacía, que felizmente había dado á luz un robusto niño. Indagué cuanto pude del dador y ¡tiembla! Amelia había muerto, por lo que pude averiguar, víctima de una funesta ignorancia. Me explicaré. A los pocos días de su alumbramiento les cae enferma del dengue la cocinera, el ama, el criado y qué sé yo quién más, lo cierto es que su madre, que en honor de la verdad no se apartaba de la cabecera del lecho de su hija, pero que por la muestra entiende más sin duda en blondas y trajes que en cuidar parteras, ordena ante tal desbarajuste, que le traigan el caldo de un renombrado hotel. Y, chica, suce-

dió, lo que no podía por menos de suceder, que le produjo tan fuerte inflamación á la parturienta que declarándosele en breve la terrible fiebre puerperal saldóle la muerte en pocos días los muchos que aun sin duda le quedaban de vida. Que su mamá está inconsolable, desesperaba, loca, no necesito decírtelo, pero lo que sí no dejaré de estamparte aquí, adoptes ó no mi sistema y como conclusión última de mi escrito, es (no lo dudes, amiga Laura,) *que la impericia y la ignorancia del ama de casa, son para muchas familias el más funesto* TRANCAZO.



EL INFIERNO DE LOS CELOS

(INÉDITO.)

I.



o sé cual de las ramas colaterales ocuparía mi don Ventura en el gran árbol genealógico del *Otelo* de *Shakespeare* ó del *Tetrarca* de *Calderón*, pero sí puedo asegurarles que daba quince y raya al *Celoso extremeño de Cervantes* y á otros muchos celosos que sin ser Otelos, Tetrarcas, ni extremeños, andan desparramados por esos mundos de Dios para tormento y castigo de esa mitad más fragil del género humano.

De la categoría de tutor había pasado á la de marido casándose con su pupila, niña de dieciocho años, cuando él pasaba ya de los cincuenta.

Fiel observador de aquel aforismo de Balzac, en su *Fisiologia del matrimonio*: «Un marido jamás debe ser el primero en dormirse ni el último en despertarse,» á

buen seguro que mi celoso jamás durmió mas que con un ojo, y aun éste entreabierto. Pero desgraciadamente para su mujer se olvidaba por completo de aquel otro aforismo del mismo autor, que por lo menos vale tanto como el primero: «La mujer es un esclavo á quien hay que saber poner sobre su trono.»

Afluyendo en sí todas las prerogativas del *marido cominero* de que nos habla Castro y Serrano en sus eximias *Cartas trascendentales*, cerró las puertas de su casa á todo sér extraño á su servicio y formólo éste de mujeres cáusticas y mojigatas que parangoneaban con él en edad. Colocó en cada abertura una celosía y para cada acto de su mujer un *eunuco*, que de tal servían sus inquisitoriales miradas movidas con vertiginoso espionaje por el rabioso cosquilleo de los celos.

Proscribióle teatros y paseos, por creerlos sitios *peligrosos* donde facilmente tropieza la *quisquillosa* imaginación de la mujer, y no salió una sola vez á la calle sin llevar en la faltriquera la llave de la habitación donde quedaba encerrada la joven. ¡Ay de ella si algún día su cruel cancerbero la atrapara en el dintel de un balcón, tras un postigo ó con la cortinilla levantada!

Consumíase la pobre niña en negra me-

lancolía entre las tétricas paredes de su prisión, sintiendo languidecer sus fuerzas, su juventud y su vida, víctima de un déspota visionario y sometida á un repugnante espionaje, que la ley no prevé, ni el código castiga.

II.

Un acontecimiento extraordinario vino algún tiempo después, á alterar la fatídica monotonía de la existencia de la joven.

Julia, (que así se llamaba ella) dio á luz un niño al cumplir los veinte meses de su aciago matrimonio. En lo lacio y flojo de sus carnes, en su diminuto tamaño y en lo delicado de su contestura, llevaba el tierno infante, con harta elocuencia escrito, el sufrimiento físico y moral de su desdichada madre. Al estrechar contra su pecho con inefable arrobamiento aquel debil sér, pedazo de sus entrañas, llegó la pobre Julia hasta á olvidarse de su triste situación. El mismo don Ventura al verse continuado en el tierno vástago pareció dar tregua durante algunos días á sus violentísimos celos. Mas ¡ay! que la rizada superficie de las olas presagio suele ser de la más desencadenada borrasca.

Al notar el atrabiliario celoso la corriente de simpatía que desde los primeros momentos se estableció entre Julia y el ama, (que dada la delicada complexión de la madre hubo que buscar para que amamantara al niño) volvió á sentir de nuevo las fuertes sacudidas del aguijón maldito que llevaba clavado en sus entrañas. Esto, con la satánica idea que cruzó por su cerebro: «de que bien pudiera ser la nodriza el mañoso cable tendido por el diablo para dar á conocer á su mujer los falsos halagos del mundo,» acabó por completo con aquella falaz y momentánea calma, tomando allá en sus adentros una resolución diabólica que no tardó en poner en planta.

Presentóse al efecto, algunos días después, una lugareña en su casa, mudo y dócil instrumento de sus designios, y sin atender á las súplicas y desesperación de la infeliz Julia, ni á las protestas y amenazas del ama, entrególe el delicado infante arrebatándolo bárbaramente del regazo materno: *matando así, de un sólo golpe,* (según su estereotipada frase) *los disturbios que suscitó en su hogar el nacimiento de aquel niño.*

Dicen que «las penas matan,» pero no fué axiomático este apotegma para la madre sin ventura que en vano clamó la muer-

te al verse privada de aquel rayo de luz, único destello que alumbró brevemente las hórridas tinieblas de su vida.

III.

Vueltas las cosas, con gran regocijo de don Ventura, á su primitivo estado, otro *imprevisto suceso* vino á bambolear de nuevo, con honda saña, los ya carcomidos cimientos de aquella malhadada unión.

Tenía don Ventura un hermano único, mozo de treinta años, de simpático rostro y arrogante apostura, el que por motivos que ignoro, largo tiempo hacía se hallaba recorriendo las más renombradas capitales del extranjero.

Y héte aquí, que, cuando menos se acordaba nuestro celoso de él, hallóse súbitamente sorprendido con su visita y regreso, cosas ambas que se le clavaron como dos agudos dardos en las mismas *entretelas* de sus entrañas, ya de suyo tan asustadizas y sobresaltadas.

Ignacio (que así se llamaba el hermano) comprendió bien pronto cuán digna de lástima era la inocente joven, y se propuso de todo corazón influir en el ánimo de don Ventura, á fin de dulcificar algún tanto las

asperezas y monotonía de su vida. Ignoraba el insensato que las notas de conmiseración suenan con ecos de complicidad en los oidos de los celosos; de ahí que no advirtiera las rudas batallas que se libraban en el pecho de su hermano cada vez que le veía comparecer por su casa, por más que el joven no menudeaba sus visitas. Ello es que mi celoso, buscando cuerpo á *ciertas sombras* ó la certidumbre á sus dudas, dejó un día algunos momentos solos á los dos jóvenes mientras él se colocaba en acecho en una habitación contigua. Algunas palabras, de marcado interés sin duda para ella, se cruzaron entre ambos, porque á su influjo reanimóse instantáneamente su abatido rostro, brillando un rayo de esperanza en su apagada mirada.

Ignacio contemplóla unos instantes con intensa piedad, y luego, bajando mucho la voz, pero no lo bastante que no llegara su eco hasta el aguzado oido de don Ventura, que en aquel momento entraba de nuevo en la habitación, «te lo prometo»—le dijo—al par que dos lágrimas de cándida alegría bañaban las pupilas de la joven.

Algún pensamiento horrible debió cruzar por el torturado cerebro del viejo ante aquella frase fatalmente cogida al vuelo por él,

porque una chispa de satánico furor iluminó su mirada, sus dientes chocaron con frío castañeteo y su nervuda diestra, tratando de ocultar su coraje, sacudió algunas veces con inusitada vehemencia su roja y crespa melena.

Algunos días se sucedieron en tétricas pesadillas para don Ventura, después del pasado suceso. Planteaba un plan, para desecharlo luego por ineficaz. Acogía con infernal regocijo alguna diabólica idea, para posponerla más tarde por otra. Estudió cien proyectos y todos los halló deficientes. Al fin decidióse por el más vulgar. Caso nunca sospechable ni creíble en él; echa mano del socorrido medio del *viaje supuesto*, dejando libre y sin trabas á su mujer.

Así, pues, auséntase de su morada bajo pretexto de visitar una propiedad lejana, pero lo que realmente ejecuta es el instalarse en un piso de la casa de enfrente, que por arte del diablo sin duda, se hallaba desalquilado.

IV.

La inexperta joven quedóse como alelada al ver que su cruel cancerbero la dejaba sola y sin correr los cerrojos de su jaula. En

honor de la verdad, repuesta de su estupor, lo primero que se le ocurrió fué huir lejos de aquella aborrecida carcel.

¡Pobre avecilla! ¿Dónde extendería su vuelo que no tropezara con las garras del gavilán? Presa de la mayor ansiedad, entre el temor y el deseo, pasó aquel día sin moverse: al siguiente, entregada aún á las mismas dudas, oye llamar á la puerta y... ¡oh sorpresa! es Ignacio, el hermano de su esposo, que satisfecho y alegre, es portador de algo que ella aguardaba ya con febril impaciencia.

Gozosa la joven, sonriente él, se dirijen charlando amigablemente á un gabinete cercano.

V.

¿Qué es entretanto de don Ventura? Instalado en el desierto piso, establece su espionaje tras uno de los balcones que dan frente al portal de su casa. ¡Con cuánta zozobra contempla los cerrados postigos de su habitación, creyendo á cada instante percibir tras ellos la sombra fugaz de su esposa! ¡Con qué ansiedad ve entrar y salir á sus criados, sospechando sean portadores de mensajes fraguados contra su honra! ¡Cuán agudas suenan en su pecho las pisadas de

los transeuntes, hasta que han traspuesto la esquina de su casa!

¡Qué de temores, qué de dudas, qué de angustias y sobresaltos no torturarón su alma durante las dilatadas horas de aquel interminable día!

Al siguiente, repuesto en su atalaya ve ¡oh furor! á su propio hermano, á su hermano, que tan deshecha tempestad ha levantado en su pecho, que gallardo y ligero penetra en el portal de su casa. Lívido de coraje desgarra cuanto toca con sus engarabitadas uñas; dilatada la nariz, entreabierta la boca, aspira á borbotones el mismo aire que le ahoga. Quiere andar y sus piernas agarrotadas se niegan á sostenerle, y agitado, convulso, cae desplomado contra el balcón.

Pasan cinco minutos... ¡diez!... ¡veinte!... su hermano no sale y Julia está sola... ¡sola con Ignacio.... y él allí, impotente, agarrotado, sin fuerzas!...

Los ojos se le saltan de las órbitas, su cuerpo se bambolea cual hoja maltratada por furioso vendabal, su diestra crispada y sudorosa oprime algo que se esconde en el bolsillo de su americana, y un abceso de atrabilis que le asfixia mueve en su garganta un sonido ronco y gutural.

Por fin, la ira, que en vertiginoso torbellino ruge en su pecho, tonante y desbordada ya, préstale fuerzas sin duda, porque disparado, frenético, se lanza en pocos segundos á la calle, atraviesa de un salto el arroyo, entra como una exhalación en su portal, sube á gatas los peldaños de la escalera, introduce la llave, que nunca abandona, en el ojo de la cerradura, y desencajado, lívido, ébrio, se lanza á su gabinete en el preciso momento que su hermano, sonriente y placentero, aparece en su dintel. Una estridente detonación y un ¡ay! desgarrador se cruzan en el espacio, cayendo el desdichado joven bañado en su propia sangre. Sediento aún de venganza, penetra don Ventura en la habitación en busca de nueva víctima. Tropieza con el inanimado cuerpo de Julia, que yace sin sentido en el suelo, oprimiendo algo contra su pecho con nervioso empeño. En su insano furor, pugna por arrancárselo el viejo demente con despiadado encono, y un pequeño bucle de blondo y sedoso cabello, propio de una criatura de tierna edad, se escapa de la pálida y descarnada diestra de la joven.

Un algo supremo, cual el momento lúcido del pobre loco que despierta á la razón, debió cruzar en aquel instante por su

alma al descubrir en el mechoncito de pelo de la dorada cabellera de su hijo la trama de aquel inocente secreto.

Presa de angustioso marasmo cae doblegado sobre un asiento, y con estúpida y alelada mirada contempla el cuadro de horror que se extiende á sus plantas.



EL DIA DE REYES

(COSTUMBRES CATALANAS)



Publicado en «El Ejército Español.»

I.



UÉ de recuerdos evocará sin duda en los más este día! Para el que vió la luz lejos del bullicio de la capital y de las grandes poblaciones, para aquel cuya infancia se deslizó alegre y tranquila en el sosegado rincón de la aldea, ¡qué suave melancolía! ¡qué plácida fruición, ante el recuento de aquella memorable velada de la víspera!

Reunida la familia al grato calor de la lumbre en el pacífico hogar, alumbrado á medias por el rojizo resplandor de la llama y la mortecina luz del clásico candil, destacábase en primer término la venerable figura del abuelo, que se sentía remozado aque-

lla noche relatando en genuino estilo las distintas epopeyas de su vida.

En el extremo del típico banco, muy cerquita del fuego, dormitaba á medias la abuelita con la rugosa frente inclinada sobre el pecho y el lustroso rosario entre sus descarnados dedos, pendiente aún de sus deprimidos labios la última Ave María.

El bondadoso padre, entre complaciente y severo, amonestaba en vano á los inquietos rapaces que amargaban sin cesar el sabroso sueño del perezoso gato, acurrucado entre las sayas de la anciana; mientras la madre, solícita y cariñosa, iba y venía en todas direcciones, sin saber ocultar su impaciencia por ver acostados á los revoltosos pequeñuelos.

Y deslizábanse así tranquilas las horas, mientras vosotros en vuestra quimérica ilusión, creíais percibir en el silbido del viento azotando la nieve, en el eco cadencioso de la lluvia, ó en el lastimero ladrido del can avizor, que se revolvía inquieto en su atalaya, el apagado rumor de las gigantescas cabalgaduras de los regios viajeros.

¡Venturosos tiempos aquellos en que temblando de emoción saltabais á pie descalzo del lecho á la mañana siguiente, sin cuidaros de los grados bajo cero que marcaba el

termómetro, ni del fantástico panorama que extendía la nieve á vuestra vista; y, rebosando alegría, sacabais del tosco zapato, el puñado de nueces, el racimo de pasas, la abigarrada corbata ó el pañuelo de las fiestas!

II.

En las poblaciones de alguna importancia, y tal vez más que en ninguna otra en nuestra manufacturera y populosa capital, tiene el día de Reyes cierto aspecto típico y singular.

Quince días antes, por lo menos, están ya los muchachos callejeros destemplando los oidos del cachazudo vecino y del pacífico transeunte con sus roncas bocinas y acatarrados instrumentos. Las tiendas todas, sin distinción de artes, comercio ú oficios, se engalanan con sus más vistosos atavíos.

Los aparadores, en puja manifiesta, aparecen empavesados con el más exquisito refinamiento de la variedad, del gusto y del capricho. Las bellas artes, las letras y hasta las ciencias pagan tributo en las distintas combinaciones á que se prestan los diferentes ramos en que se dividen los juguetes.

Instrumentos, libros, maquinaria, arme-

ría, cerámica, labores, ebanistería, ajuares de lujo, canastillas completas, baterías y municiones de guerra y de boca, muñecos parlantes, vistosos circos para los de aficiones hípicas, con caballos de todos los cruces y razas; vehículos para todos los usos, uniformes de todas las armas, músicas de todos sonidos, bombones para todos los paladares, caprichos para todos los gustos, tentaciones para todos los bolsillos, brechas para todas las fortunas y fructífero agosto para todos los tenderos. La primera infancia del hombre imponiéndose á las demás fases de la vida.

Durante todo el día de la víspera vénse las calles más céntricas animadas por inusitada concurrencia. Pero cuando el movimiento llega á su apogeo, cuando el gentío lo invade todo cual presa del vértigo ó del delirio, es algunas horas después de anochecido hasta las últimas de la noche.

Vehículos anunciadores y de transportes causando molestias y tropezones al atascado pedestre; mozos, aprendices, doncellas peripuestas, lacayuelos de lustrosa librea, agobiados todos con voluminosos envoltorios, dejando los encargos en este ó en el otro lugar. Compacta multitud, apiñado enjambre de todas clases y condiciones que, estrujándo-

se unas veces, en volandas las más, va abriéndose paso hasta los emperifollados comercios en donde el principal y los dependientes, afónicos ya, la lengua pegajosa, secas las fauces, alcanzan este ó el otro objeto, hacen su panegírico, lo ofrecen, lo retiran, lo cambian, lo envuelven, cobran y... á otro. Y van saliendo de aquel indescriptible hervidero, *pardesús rellenos, capas opiladas,* huecos papás arreglándose los mil y un envoltorios bajo el brazo, orondas mamás y niños grandullones con sonrisa desdeñosa, para quien los encantos de aquel día pasaron ya á la lista de las desilusiones.

Todo es algazara, confusión, acaparamiento. Y entre tanto los héroes de la fiesta, dormidos en blanda cuna, creen percibir en sus sueños de color de rosa, el suave aleteo de los *alados cuadrúpedos* sobre los que van los Reyes Magos repartiendo sus dones á los niños buenos.

III.

Desde la Riera del Pino extendiéndose por la plaza del mismo nombre y del Beato Oriol, vése una larga hilera de humildes casetas armadas en cuatro barrotes de madera y un modesto cobertizo de lona. Sobre

sus empavesadas mesas se ostentan en deliciosa confusión, en revuelta amalgama, toda suerte de juguetes. La animación y la algazara no es menor que en los otros puntos de más tono. Pero cuando aquello parece un torrente desbordado, que en vano trata de encauzar de nuevo la corriente, es entre nueve y once de la noche. Codazos, empellones, ensordecedora algarabía, torbellino siempre creciente, como si la ciudad en peso se hubiera desparramado por allí. A cada golpe de resaca en aquel agitado mar de encrestado oleaje de cabezas humanas, sobreviene un momento de desequilibrio, cual si pretendiera arrollar en su mugiente remolino mercaderes y mercancías.

Y van pasando sin cesar, en tumulto abrumador, en revuelta barahunda, pollos de corto vuelo que bromean, señoritas de modesto aspecto que se ruborizan, modistas que ríen, costureras que chillan, transeuntes que juran y mamás impertérritas que, de baratillo en baratillo, unas veces de rechazo y otras en vilo, van haciendo su pacotilla.

Entre medio de las casetas, pero especialmente en la plaza del Beato Oriol, vénse en chocarrera confusión objetos de todas clases y variedades. Indescriptibles montones, cual sarcástica parodia de los vaivenes

9

de la fortuna, levántanse aquí y allá, moviendo sus vendedores, con sus roncos gritos ó desguitarrados instrumentos, infernal algarabía.

Allí, entre las penumbras del sombrío farolillo ó de la oscilante bujía, hállanse hacinados en chillona mescolanza, libros sin portada, obras sin autor conocido, piezas de música sin nombre, vajillas desportilladas, muñecas de lacio color y de miembros incompletos, juguetes sin resorte, músicas sin sonidos. Todo en desperdigado desórden, en enmarañada profusión, arrojado con estóico indiferentismo desde el vértigo de las alturas de un fastuoso aparador, á las nebulosas sinuosidades del innominado montón.

No es la concurrencia de los acicalados bazares, ni la más modesta de las humildes casetas de pies de banco y techo de lona, la que acude allí. La señora vergonzante que vino á menos y cuya vida es un problema, la humilde obrera que separó un puñado de céntimos del último jornal, son la nota obligada de aquella desmoronada Babilonia.

Acércase al anochecer, ligera y presurosa, la modesta artesana, temiendo se le despierte en su ausencia el tierno infante que dejó en pobre lecho, donde el inocente sueña sueños de color de rosa también; quita el

polvo de este objeto, lo endereza, lo regatea céntimo á céntimo, y lo envuelve al fin en el usado delantal, saliendo disparada como un cohete por entre la multitud.

IV.

Mucho antes de que comience á clarear el nuevo día, dos rapazuelos están ya muriéndose de impaciencia para que mamá les permita enterarse de lo que les han traído los reyes.

A una pequeña vacilación de la madre, saltan con ruidosa confusión del lecho, y así, con su camisita corta y desnudos los pies, corren hasta la habitación en donde dejaron sus canastillos la víspera.

—¡Mamá!... ¡mamá!—grita alborozado el diminuto varón;—¡un caballo con máquina!... ¡un circo!... ¡un sable!... ¡una escopeta!...

—¡Ay, mamita!—clama la mujercita en miniatura;—¡qué muñeca más grande y más bonita!... Lleva vestido de raso y sombrero, y zapatitos *de verdad*...

¡Cuántas cosas tengo yo!... Una sillería... un costurero... y... un cestito más mono con flores y dulces... ¡Qué reyes más buenos!... Yo los querré mucho, pero mucho, muchísimo...—¡Mamita!—claman los dos á dúo.—

ya que estamos tan contentos, ¿quieres que vayamos á darte un beso?

La madre dichosa sonríe, se confunden los tres en un abrazo, cúbrenla los pequeñuelos de inocentes besos y una lágrima plácida que brotó de sus párpados henchidos de inefable ventura va besando su mejilla.

V.

En una mísera habitación por cuyas desiertas paredes esparcen más sombra que luz los apagados reflejos de algún solitario farol, que allá en el fondo del angosto callejón el viento agita, hace rato que están en vela dos tiernos *muñecos*. En vano la madre cariñosa les exhorta á que se duerman de nuevo; no hay nadie capaz de acallar en su apremiante impaciencia el deseo de un niño. Saltan por fin del lecho, á pesar de los maternales ruegos, y corren descalzos sobre el desnudo pavimento á contemplar tras los turbios cristales, el diminuto zapato por cuya boca asoma un objeto.

No es posible contener por más tiempo su infantil curiosidad, y la complaciente madre, madre al fin, se arrebuja en un pañuelo, entreabre el balcón y entrega á cada uno su zapato.

—¡Un caballo!

—¡Y á mí una muñeca!

Y tras un momento de espectación:—¡Ay, mamá!—clama el niño en lastimoso tono;—¡qué bonito sería mi caballo!... pero, mira, mira... ¡no tiene cola!... Mamá mía, yo seré obediente, muy obediente, pero díle á los reyes que otra vez me traigan los caballos completos.

—¡Ay, mamá, mamá!—grita gimoteando la inocente niña;—¡qué lástima!... á mi pobre muñeca le falta un ojo... Ya sabes tú que yo he sido buena y obediente, pero los reyes no han hecho caso de mí. ¡Una muñeca tuerta!... Toma, toma, no la quiero... no la quiero...

Y la madre infeliz, acurrucada sobre el lecho, con las manos plegadas sobre las rodillas, escucha, con la cabeza tristemente caída, las sentidas lamentaciones de sus hijos. Una lágrima, lágrima amarga como el cáliz que rebosa en su pecho, pugna por abrirse paso á través de sus párpados apagados.

Más tarde, dando tregua á su dolor, dormianse de nuevo sobre su regazo LOS DOS AFLIGIDOS NIÑOS.

. . . .

. . . .

Y vendrán luego los primeros albores de la mañana á disipar las tenebrosas sombras de la noche, y aparecerá el sol puro y sin celajes allá en los purpúreos confines del horizonte: mas, ¡ay! que aquel sol de tan bellos colores no brillara para todos con igual intensidad.



LITERATURA PELIGROSA

(ARTÍCULO CORRESPONDENCIA)



(Publicado en «La Ilustración Artística.»)



CARMEN Á EULALIA

Noviembre 1886.

éteme aquí, mi querida Eulalia, definitivamente instalada en la casa paterna, bajo la férula de un padre que sueña en proporcionarme diversiones, al lado de un hermano, que aunque mayor que yo, me honra con el título de confidente y amiga, y al cuidado de una respetable señora, que si gracias á los maravillosos inventos del siglo no peina canas, peina por lo menos diez sabrosos lustros, cuidadosamente conservados.

Mimada por los tres, adulada en todas partes (se me antoja que no tanto por mi figura como por la buena posición de que go-

za papá) y circundada de la poética aureola que prestan los dieciocho abriles, he de confesarte á tí, que eres mi hermana del alma, que graciosamente me aburro.

Dos meses apenas van transcurridos desde aquel venturoso y no menos aciago día, marcado con rosa y negro en el catálogo de las fechas memorables de nuestra vida, en que por una rara coincidencia abandonamos ambas á la par nuestro convento-colegio después de haber vivido, casi sin interrupción, diez años juntas, y ya he derramado, si no las únicas lágrimas, las más amargas de toda mi vida. Tú, marchaste á sepultarte en la farmacia de tu cariñoso padre, entre ungüentos, pócimas y lenitivos, para vivir olvidada con tu espléndida belleza de inglesa entre los vericuetos de tu humilde lugar, y yo, vine á aturdirme entre el torbellino y el bullicio de la capital y á embriagarme, altivamente engalanada con mi tipo meridional, entre las emanaciones de la lisonja y de la adulación.

¡Cuántas ilusiones desvanecidas! ¡Cuántas esperanzas defraudadas! ¿Aquellos maravillosos proyectos, aquellas fantásticas escenas que de mancomún forjaba la soñadora fantasía de ambas? Pura quimera. ¿Recuerdas aquel poético *Trovador* que en una

época de vacaciones leí en casa, que enternecida te relataba yo durante los ratos de asueto y que á ambas nos hacía derramar abundantes lágrimas? Vana ilusión. Ignoro si existe alguna Leonor, pero puedo asegurarte que desapareció por completo de nuestra insípida sociedad la raza de los Manriques. Ya no hay delirios de amor; huyó para siempre la época caballeresca. Ah, ¿por qué no nací algunos siglos antes? No te rías de mis quiméricos deseos, pero en medio de cuanto me rodea, únicamente soy feliz cuando lejos de la sociedad, me encierro á solas con mis favoritos *Oscar y Amanda*, *Corina*, *Quintín Durward*, nuestro favorito *Trovador* y algún otro. Entonces mi soñadora fantasía se traslada á esas épocas caballerescas y mi alma embriagada en aquella deliciosa atmósfera, toda sentimiento, toda amor, toda poesía, es durante algunas horas completamente feliz. ¿Me dirás sin duda que el despertar ha de ser doloroso? No te engañas. Después de estos deliciosos éxtasis, es cuando más me hastía, más me aburre, esta prosáica sociedad que me rodea.

¿Pudiera yo, toda sentimiento, toda ilusión, enamorarme de alguno de esos zánganos cuidadosamente empaquetados entre el flotante pantalón y el ajustado chaquet, in-

variablemente calzado el guante color calabaza, prendida del ojal la indispensable florecilla, colgados aun ayer de las sayas de mamá y cometiendo hoy las mil necedades por sentar plaza de gastados calaveras? No y mil veces no. En los teatros, en las reuniones, á la puerta de la iglesia, en todas partes, te aguarda lo mismo: cuatro frases huecas y algunos gastados piropos repetidos hasta la saciedad.

Esto es abrumador. Si al menos te tuviera á mi lado, ¡ah! entonces tal vez se transformara en color de rosa lo que hoy veo con cristales ahumados.

No me faltan amigas, pero llenan tan poco esas amistades de cumplimiento... ¿Y cómo pudiera yo hallar otra cual tú, mi Eulalia? Juntas crecimos, juntos corrieron los bulliciosos juegos de nuestra infancia; la igualdad de edades y caractéres afirmó más nuestro cariño, y hasta esa misteriosa melancolía que envuelve á los hijos que vienen al mundo perdiendo á su madre, la llevamos las dos impresa en nuestra frente.

Hace unos días... ¡bah! me había propuesto no decirte nada, porque no fuera la primera vez que creyendo hallar un algo, tropezara con la mayor de las vulgaridades. Piensa tan sólo que hay dos potentes *focos*,

que con ser muy negros, alumbran y abrasan más que el sol, que se turban al tropezar con mi mirada, que mudos pero elocuentes leo en ellos, ora los vea melancólicos y tristes, ora animados y llenos de esperanza, un mundo de delirio y de pasión.

Exploremos. El hombre que no defina el amor como á puro sentimiento del alma, está perdido en mi concepto.

Adiós, mi querida perezosa; quedo estudiando el proyecto de olvidarte pronto, al mismo tiempo que aguardo impaciente esas impresiones *silvestres* que tanto te cuestan de hilvanar.

DE LA MISMA Á LA MISMA

Febrero 1887.

Mi Eulalia, al fin soy feliz. ¡Amo y soy amada!

Tú que me conoces podrás pesar el valor de estas palabras dichas por mí. Creo no equivocarme, es nuestro tipo, ¿me entiendes? demasiado sé que sí. De fascinadora y lánguida mirada, negro cabello, elegante sin presunción, amante por naturaleza, sufrido sin ser cobarde, poeta sin pretensiones, canta con sentimiento y domina como

maestro el violín y el piano; un pequeño lunar tiene sin embargo, es algo recio de cuerpo y no se llama Manrique, Gualberto, ni Arturo; se llama simplemente Pedro Lavalle, pero es tanto lo que me ama que he llegado á olvidar estos defectos.

El otro día... ya conoces mi carácter, me aburren las cosas sin sensaciones. Un amor sin peripecias, sin sobresaltos, se me antoja un jardín sin flores, ó por lo menos una flor sin olor. Salir, entrar, verse sin interrupción todos los días y jurarse amor todos los instantes, comenzaba ya á serme monótono. (Porque ya comprenderás que es el niño mimado de la casa; á papá lo tiene bobo con su talento y sus buenas notas, estudia el cuarto año de derecho; á Pepe, mi hermano, le da lecciones de violín y á doña Amparo, nuestra bondadosa ama de gobierno, la tiene enternecida ofreciéndole agua bendita en la iglesia y aguantándole las madejas de la calceta.) Te decía que el otro día (no me riñas, comprendo que soy muy loquilla) le impuse á trueque de un rizo de mis cabellos (por el que ha mucho tiempo suspira) la condición de no verlo por casa en quince días. Fuí inexorable. Ni súplicas, ni promesas, ni juramentos, nada fué bastante á hacerme variar de resolución. ¿Qué

hará?—pensaba entre mí gustando la punzante zozobra de la inquietud.—¿Infringirá la orden? ¿Romperá la consigna?...

Salí al balcón á contemplar la luna, momentos antes de acostarme. Eran las doce. Un bulto se recataba en la esquina cercana; su negra silueta se dibujaba en la acera, una mirada sombría pareció atravesar la distancia que nos separaba y clavarse en mis pupilas en ademán suplicante. Contemplé breves momentos el astro de la noche y cerré el balcón sin darme por aludida.

Así pasaron ocho días. En el paseo, en misa, en el teatro, en todas partes donde yo me hallara, estaba él, frío, inmóvil, con sus negros ojos clavados en mí. Llovieron cartas, billetes y al fin mi hermano reprochando mi proceder me obligó á levantarle el destierro.

¡Oh, mi encantadora rubia, cuán feliz fuí en aquellos momentos!

Estaba horriblemente pálido; en sus ojos se leía el insomnio y la desesperación. Tomóme ambas manos en un arranque de mudo dolor, y dos ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas produciendo al caer un ruido seco, cual amargo reproche á mi cruel proceder.

—Un día más—dijo con voz ahogada—

y ya era tarde.—¿Cómo?—exclamé yo temblando.—Un nuevo alistado en el banderín de Ultramar, ó un sér más levantándose la tapa de los sesos.—¡Loco!—grité estrujando sus manos entre las mías temiendo se me escapara.

Y como justo galardón á tan heróico sacrificio le entregué mi retrato y un ramalito de mi trenza sujetos con la siguiente inscripción: «Tuya ó de nadie; tu amor ó la muerte.» Trémulo, delirante de pasión, juróme un amor eterno, sin límites, y desde aquél día veo en él el verdadero ideal de mis ensueños de adolescente.

Cuéntame cuanto te ocurra con esos buenos lugareños, que por tu interminable silencio colijo cuán por completo te roban á mi cariño.

EULALIA Á CARMEN

Marzo del mismo año.

Mi inimitable cómica, mi gran artista. He reído y he llorado leyendo tu deliciosa epístola. ¡Cómo juegas con la pasión de ese pobre joven, cual si fuera una pelota! Ten cuidado no te lastimes, porque esas armas de dos filos suelen ser de peligroso manejo y estaría inconsolable si tal sucediera.

Aquí, mi caprichosilla, simplemente vegetamos, cambiando de tono como el tiempo.

Lo primero que encontré al llegar á casa sobre el velador de mi cuarto, ¡pásmate! fué el *Quijote* del inmortal Cervantes. ¡Pobre padre! creyó sin duda proporcionarme un buen pasatiempo y no hacía más que bostezar cada vez que lo abría. ¡Cuán grabadas estaban aún en mi mente aquellas deliciosas escenas que tú me describías entre el enamorado Manrique y la sentimental Leonor, para que pudiera yo saborear los refranes de ajo y gazpacho del buen Sancho! Nada, que lo empecé cien veces y otras tantas lo tuve que dejar, y eso que en toda la casa no hallé más que un tratado de medicina legal de Mata y otros *librotes* por el estilo, que maldito si me importaban un ardite.

Por la noche (y ahora sí que te ríes de tu provinciana) se reunen en torno del clásico tapete unos cuantos amigos viejos y jóvenes de papá, se juega al solo, á la mona, y alguna vez (si hay faldas) á prendas.

Y precisamente en ese juego fué... ¡bah! no es como el tuyo, elegante, músico, poeta; es simplemente el notario de la población, con sus veintisiete años, de mediana estatura, cabello castaño (descuidadamente alisa-

do), ojos del mismo color (ni grandes ni pequeños), escaso bigote, vestido á la usanza del país y con una conversación... antes indiferente para mí, pero armoniosa y persuasiva hoy que comprendo habla el lenguaje de la verdad.

Le gusté, no me desagradó, y entre sacarme á salvo de las peripecias del juego y hacerme el blanco del rescate de sus prendas, nos llegamos á comprender. No le pido sacrificios, ni me los pide; no nos hacemos juramentos, ni deliramos con nuestra pasión; sencillamente procuramos complacernos y amarnos.

Papá, que se fastidia de verse siempre tan solo, ha fijado nuestra boda para el próximo otoño.

Y mientras tú con tu poeta te elevas por las nubes de tu fantasía embelesada con sus odas y sus arias, yo me abato por los suelos de la realidad, entre los citratos y los sinapismos de papá y los protocolos de mi notario.

Mi Andrés (que en gusto literario es tan prosáico como su figura) me regaló el otro día unos tomitos de algunos artículos escogidos de las *Escenas Matritenses* de Mesonero Romanos. ¡Qué naturalidad! ¡Qué elegancia de estilo! ¡Qué castizo en el lengua-

je y cuánta verdad! Estoy radicalmente curada. Chica, comprendo que estábamos enfermas de imaginación; así que no tardes en leerlos y tal vez te reirás de lo mismo que hoy aplaudes. Yo de mí, sé decirte, que me ha quitado hasta el más pequeño resabio de aquellas románticas ideas que tan embobadas nos tenían á entre ambas.

Y hasta aquel mismo *Quijote* (no ha mucho tiempo tan maltratado por mí) es hoy (por doquiera que lo abro y lo leo) un manantial de deleites y una fuente inagotable de melodiosos modelos literarios.

Si no me quitan el gusto, pienso hacerte una visita con mi futuro en cuanto me case. Aguardo tu opinión.

CARMEN Á EULALIA

Agosto del mismo año.

Todo acabó para mí. Aun resuenan en mis oidos cual sardónicas carcajadas mis placenteras frases de ayer. ¡Ah, mi Eulalia! temo empezar, porque de cualquier manera que empiece lo he de hacer maldiciéndole. Mide por ello la eterna noche de mi pecho, lo terrible de mi dolor y la inmensidad de mi pena.

¡El pérfido!... ¡el perjuro!.. ¡el fementi-

do!... ¡el ingrato!... Todo es poco, Eulalia mía, para anunciarte su inícuo proceder.

¡Y yo que le amaba tanto!...

Llegó la temida época de vacaciones, marchó al hogar paterno, nos juramos cuanto se puede jurar, fué fiel breves momentos, decayó su constancia á los pocos días, y cuando anhelosa, agonizante, aguardaba la fatal nueva de una penosa enfermedad, sé, por quien le conoce y le ha visto, que posponía mi amor, mis juramentos, mis ilusiones... ¡ah!... me tiembla la pluma al trazarlo, me olvidaba por los rosados calzoncillos de una bailarina... ¡Eulalia!... ¡Eulalia!... tú que sabes cuánto le quería y á qué altura rayaba mí orgullo, comprenderás qué herida habré recibido con tal afrenta.

Mi sentencia está firmada. Mi pobre hermano habrá sido el inconsciente instrumento de mi última resolución. Trajo el otro día la famosa novela de Pachot *Las ruinas de mi convento*, y yo, anonadada, autómata de tanto sufrir, abro el libro, recorro maquinalmente la vista por sus páginas, leo después y lloro al fin.

Seré monja. Aunque su amor no haya sido el de Manuel, yo seré una nueva sor Adela en el claustro. ¿Te acordarás de tu desdichada amiga?...

No vengas á verme, porque á pesar de las furtivas lágrimas de mi pobre padre y de la actitud sombría de mi hermano, estoy resuelta. Antes de terminar el año habré entrado en un convento. Allí tu amiga, sin amor, sin ilusiones, con un abismo en el alma y un cadáver en el pecho, rogará también por tí.

EL AUTOR AL LECTOR

Carmen no llegó á atravesar los umbrales del claustro. La terrible sacudida que acababa de experimentar, conmovió de tal manera su delicada naturaleza que la condujo á los de la muerte. Llegó á tiempo un joven doctor de creciente fama, que al arrebatar su presa á las parcas, salvó el abismo de su alma, casándose con ella.

Curada Carmen de su romántica pasión, quiso hacer auto de fe con aquellos libros (motor principal, según ella, de su pasado desvarío), pero una mano experta, que bien pudo ser la del médico redentor secundado por el buen sentido de Eulalia (que al saber la infausta nueva voló al lado de su amiga), los salvó de la catástrofe, alegando en su defensa, que si alimento sobrado fuerte para su débil cerebro, no por eso dejaban de ser preciadas joyas literarias.

ESPEJISMO (1)

(Publicado en «El Ejército Español.»)



os alegres, pero aun lejanos acordes de varios instrumentos de música primero, y los lastimeros aullidos de todos los perros del barrio después, anunciáronme, cierta fresca y lluviosa mañana del pasado Noviembre, la proximidad de una charanga de regimiento. Yo, que me pirro por contemplar el aire marcial de nuestros soldados, no titubeé, junto con un par de amigos de casa que me acompañaban, en asomarme á uno de los balcones y aguardar el desfile, que no se hizo esperar, del batallón que seguía á la música.

Dicen, y creo que realmente lo es, de los cinco sentidos el de la vista el más esencial, pero anulármelo hubiera querido yo en

(1) Escrito con motivo de ciertas apreciaciones de la señora Pardo Bazán respecto al ejército español en su novela «Al pié de la torre Eiffel.»

aquellos momentos, por no contemplar el lamentable cuadro que desfiló ante mi vista. Y esto que voy á decir quisiera decíroslo, como la famosa condesa Trifaldi al ínclito Don Quijote de la Mancha, «*hechos mis ojos fuentes,*» pero el fuego de la indignación, que en aquellos momentos abrasaba mi pecho, secó mis ojos y anudó mi lengua; así que, en tartamudo tono, sólo os diré que de aquella proverbial bizarría de nuestro Ejército, por su sobriedad, digno de admiración, y alabado por más de un soberano, que en época no muy lejana visitó nuestra patria, sólo quedaba la más palmaria dejadez, el más punible abandono que jamás ojos humanos vieron en ejército alguno.

¡Allí el ver aquellos oficiales con *derrotado uniforme* plagado de lamparones! Allí, de sus profusas *guedejas*, sucias y mal peinadas, cual enmarañados vellones de perro lanudo, escapándose en revuelta confusión por bajo del abollado ros! Allí de sus descomunales *barbas,* cual largas madejas de mal peinado lino, arrolladas sobre el pecho! Allí de sus *galones anémicos* y raídos, escapándose de las mugrientas mangas de las mal remendadas y peor prendidas cazadoras! Allí de la *herrumbrosa garrancha* llena de melladuras, sirviendo de trabazón á las piernas!

Allí, de la inmensa balumba de chiquillos acusando con inconcuso argumento sus dotes prolíficas! Y... aquí, sí, que mis ideas se embrollan, el pensamiento se horripila, el cerebro se desploma y no hay aliento humano que describir pueda, si no lo empuja algún soplo sobrenatural, lo estupendo, lo fenomenal, lo monstruoso de aquella *panza*, conocida también bajo el nombre de *barriga*...

Al tropezar aquí mi vista, al cerciorarse de aquel descomunal *tonel*, descansando un *zancajo* sobre los quejumbrosos muslos, al contemplar aquellos hombres derrengados y vacilantes, andar renqueando en su penosa marcha, desbordóse al fin la bilis, y vociferando de coraje contra la parsimonia del gobierno que tamaños *excesos* no remedia, y contra la inercia del pueblo que tal *degradación* consiente, quise rasgarme en señal de duelo las vestiduras, pero mis uñas se encorvaron ante el resistente paño de la levita, y convulso entonces, amoratado de ira, entré á empellones en la habitación á mis contertulios; cerré herméticamente el balcón por no percibir el eco de la lejana música que tan bochornoso cuadro traía á mi memoria y... ¡la causa! ¡la causa!—borboté, ronco y lívido, encarándome con el

primero de los dos señores míos—¡la causa de tamaña degradación!...

—Toma, ¿cuál ha de ser? contestó el interpelado, notario antiguo é íntimo de papá; la *paz*, si, señor, y sólo la paz que nos enerva es la que ha de ponernos un dogal al cuello, cuando no llevarnos, dentro de poco, á fabricar las mismas cadenas con que han de aherrojarnos nuestros enemigos.

—Sofisma!... puro sofisma!... no blasferméis así de una paz tan necesaria á nuestros yermos campos: la paz, y sólo la paz, es la que nos dará millares de brazos que hagan producir á la tierra el pan de nuestros hijos, contestó, casi indignado, mi segundo acompañante, antiguo almacenista de drogas.

—La paz es la molicie—repliqué yo.

—La paz es el trabajo,—añadió mi preopinante.

—En buena hora; pero no me negaréis que la paz es la degradación de nuestro ejército, es su afeminación...

—Divagáis, señor mío; la carrera de las armas es incompatible con la holganza y, aquí, no os hablaré del simple soldado, que de éste todos sabemos come bien sudado su pan; pero ¿creéis que el oficial, en tiempo de paz, no tiene deberes ineludibles que cum-

plir, obligaciones penosas que llenar?... ¿Qué son, si no, esas *guardias*, ese á menudo *estar de semana*, de *retén*, de *dormidas* en el cuartel para casos imprevistos, ese *ejercicio de tiro*, esas *academias* ó *conferencias*, esa tan penosa *instrucción de quintos* y... otros y otros muchos pormenores ignorados de la mayor parte de nosotros, pero que no dejan de tenerlos sujetos buena parte del tiempo.

—*La familia*, pues, repliqué yo sin querer darme á partido, los lazos de la familia; he ahí la causa que enerva á esos hombres.

—¡Blasfemia! gritó casi irritado el almacenista; los lazos de la familia caen aniquilados y rotos ante los artículos de la ordenanza. Escuchad, escuchad, si gustáis, y tendréis una prueba contundente de lo falso de vuestras aseveraciones. Hace poco tiempo, húmeda está aún la fecha del pasaporte que recibió un amigo mío, oficial de infantería, trasladándolo á otro punto, estando su mujer en los últimos de su embarazo. Quiso el acaso, ó la fatalidad, que no sé á cuál de los hados le tocó en aquella ocasión llevar la batuta, que la noche precedente al día de la partida, le aquejaran á la infeliz los dolores del parto.

¿Qué seglar, qué ciudadano no retarda su marcha ante tal suceso, si á esto se aña-

de que tomando el alumbramiento mal cariz, reclama la comadrona la asistencia perentoria de un médico? Pues, amiguito, como el artículo 8.° de la ordenanza prescribe textualmente que «todo servicio en »paz y en guerra se hará con igual pun»tualidad y desvelo que al frente del ene»migo,» no cupo otro al pundonoroso militar que marchar *incontinenti* al lugar de su destino; y al siguiente día, cuando con el rostro tranquilo y desgarrado el pecho, cumplía él con su deber, al pie de un lecho sollozaban dos tiernos niños llamando, en vano, á la desventurada mujer que fue su madre. Había fallecido la infeliz en medio de los atroces dolores de la maternidad, exacerbados, si cabe, por cruenta operación y privada del amoroso cuidado del esposo, dejando aquellos dos séres en la más triste orfandad. Ved ahí, añadió con amarga ironía tremolando una lágrima en su pupila; ved ahí lo fuerte que atan á esos hombres los lazos de la familia

—¡La *guerra!* pues, grité yo en rimbombante tono, sin que atenuara aquel triste relato el iracundo virus que en mis venas introdujera aquel bochornoso cuadro; ¡la guerra!... ¡que venga la guerra! y depure ella la acritud de esa sangre que tales des-

arreglos causa en la buena organización de nuestro Ejército. La guerra, y sólo la guerra, ha de ser la profilaxis de ese vergonzoso mal, de innoto origen, que le devora.

Porque, continué yo con creciente arranque, enardecida ya la sangre con mis alardes guerreros, ¿cuándo se hubiera levantado aquella Esparta de su afeminación y molicie si un Licurgo, dictando sabias cuanto severas leyes, no hubiera formado, en vez de ciudadanos pacíficos, un pueblo de aguerridos soldados? ¿Cuándo Atenas hubiera sacudido á los persas de su suelo, y de oprimida pasar á ser agresora, sin los ríos de sangre que corrieran en Maraton y en las Termópilas, sellando al fin con la gloriosa batalla de Salamina lo justo de su empeño? ¿Y esa misma Roma, fundada con un puñado de gente perdida, hubiera jamás llegado á dominar casi el Universo entero, sin el empuje que le imprimiera su mismo fundador Rómulo y las incesantes guerras que sostuvo con todas las naciones? ¿Y cómo, si no por su afeminación hubiera, en tiempo de los hijos de Teodosio el Grande, caído humillada y pasada á saqueo y fuego por los bárbaros del Norte? ¿Y cuándo aquellos godos, por cuyas venas aun corría la misma sangre de los que llevaron la destrucción á

Roma, hubieran sucumbido derrotados y maltrechos bajo el filo de los alfanges sarracenos en la nefasta batalla de Guadalete, sin la relajación y molicie á que les condujo el afeminado Don Rodrigo, de triste memoria? ¿Y á dónde aún, nuestra nacionalidad sin aquel puñado de valientes que, capitaneados por el insigne Pelayo, echaron los primeros cimientos de la restauración de nuestra patria en las montañas de Covadonga? ¿Y qué de nosotros, sin las hazañas de un Cid, naturaleza de hierro y voluntad de bronce, que llegó, con su invencible espada, á meter en cintura á la morisma gente? ¿Y llegara jamás el pueblo ibero al apogeo de un Carlos I sin los empujes de una Isabel la Católica? ¿Y nuestras banderas avasalladoras en Pavía, vencedoras en San Quintín, gloriosas en Lepanto, sublimes en Trafalgar, justicieras en la guerra de la Independencia, vengadoras en Tetuán y dignas en Méjico, hubieran llegado jamás á ser la admiración, el asombro de las naciones extranjeras sin esa nunca bien ponderada guerra? ¡Los anales de nuestra historia escritos están con sangre de nuestros héroes! ¡Guerra, pues! y si es preciso que venga, aunque no quede, como de la antigua Sión, piedra sobre piedra, un nuevo Nabucodonosor para desper-

tar á esos hombres de su letargo; suene ya la fatídica trompeta, desplómense sin compasión nuestros más preciados edificios, y cuando, oreando aún la sangre, vean las humeantes cenizas de sus hogares servir de negro sarcófago á sus afectos más caros, entonces, y sólo entonces, ¡vive el cielo!...

. . . .

Un fuerte puñetaño aplicado en el paroxismo de mi guerrérico furor, sobre un cuerpo duro, hízome acercar con doliente conmoción la parte lastimada á los labios. Estiráronse convulsivamente mis brazos, pestañearon mis párpados, entreabrióseme varias veces la boca, seca y contraída, busqué en vano con ávida mirada á mis dos acompañantes y... ¡oh desencanto! mi cuerpo, frío y nervioso, sobrenadaba sobre la arrugada y descompuesta ropa del lecho. ¡Había soñado! La mortecina luz, falta de pábilo después de algunas horas de vela, lanzaba entre las sombras de la habitación sus últimos destellos. Palpéme con cuidado la cabeza buscando algún ignorado desperfecto en la maquinaria cerebral, y después de su tranquilizador resultado, echéme por mi alrededor á caza de las causas que pudieron producirme, en sueños, aquella ilusión óptica. ¡Tate! grité al fin, echando la

mano sobre el *culpable*, *pájaro de regular tamaño*, no de *boyante volumen*, y motor á sabiendas del endiablado cisma que tan violenta conmoción produjo en mi mollera. Sepa usted, señor mío, le dije pasándole la mano por el *lomo* con mal reprimida indignación, que, mal que le pese, aun hay pundonor en nuestro ejército, aun hay marcialidad y bizarría, aun su contestura, á pesar de lo burdo de sus afirmaciones, se conserva uniforme y natural, y á pesar también de esos imaginarios é hiperbólicos defectos que señala usted en él, su hidalguía y caballerosidad jamás desmentida, serán el más solemne mentís á su bien urdida trama. Venga usted acá, continué, no sin darle algún pescozón, venga usted acá, impostor, malandrín, embaucador, pastelillo de hiel rebozado en melaza, yo le condeno en la obscuridad de las tinieblas á una eterna encerrona, que, aunque su todo no resulta malo, bien merecen tal castigo sus perversos instintos, librando así á mis coetáneos del espejismo que cual en mí pudieran producirles las sofísticas doctrinas de usted.



LOS ESCLAVOS DE LEVITA

(Publicado en «La Publicidad.»)

Unidos sois la fuerza; fraccionados, la fragil barquilla abandonada á los embates del vendabal.

I.



XISTE una clase en nuestra sociedad, que, cual planta parietaria sujeta al muro que la vió nacer, cual si llevara impreso en su frente el ominoso estigma de la raza judáica, vése condenada á eterna inanición, sin que le sea permitido adelantar un paso, transpasar una línea en este gran maremagnum de la revolución del pensamiento, de la emancipación del trabajo, de la proclamación de los derechos individuales, de los mágicos descubrimientos, de los portentosos adelantos, de los maravillosos inventos que han de dar á nuestro siglo eterno renombre.

Esta clase es la de dependientes de comercio.

El obrero se asocia, se disciplina, se une, se hace fuerte, y logra con ello aumento de jornal y disminución de horas de trabajo. El dependiente se lamenta, suplica, expone, y no logra otra respuesta de la sociedad que la de la madre de Boabdil el Chico ante sus lágrimas, cuando perdió Granada. Y mientras todos los gremios se agitan y logran que el trabajo entre en una nueva era y bajo otra faz, hasta hoy desconocida, esta clase desheredada tiene hoy las mismas trabas, las mismas cortapisas, pesa sobre ella el mismo yugo abrumador, los mismos humillantes principios que veinte años atrás.

Repasemos.

II.

La edad más generalizada para entrar un chico de aprendiz en una tienda de cintas ó de ropas es la de los trece á los catorce años. Ni más joven, porque al principal no le conviene, por lo escaso de sus fuerzas para emplearlo en ciertos trabajos; ni de más tiempo, porque su dignidad de hombre se resistiría (no estando acostumbrado, como es de suponer), á ciertas *innominadas me-*

cánicas. Que un chico á tal edad está muy distante de poseer una instrucción regular, no necesita demostración; todo lo más, que se le haya trazado el camino para con la práctica y el estudio pueda lograrla.

Veamos hasta qué punto le es dable al mísero aprendiz el ejercitarse en ello.

Apenas el modesto postulante del comercio atraviesa el umbral de la casa que ha de pesar, pulir y aquilatar sus dotes comerciales, ya le *honra* su antecesor con las distintivas insignias de su gerarquía, colgándole los zorros y la escoba, con lo que ha de atender á la limpieza del local y de sus... dependencias.

Desde este preciso momento comienzan las amarguras de su espinoso viacrucis; en este crítico instante cae la voluntad del hombre para convertirse en automática maquinaria movida á capricho por el principal y su familia, por los dependientes y aprendices anteriores á él y por todos los *amigos* de la casa. El ha de servir de piedra de toque á todos los parroquianos, para los recados y trapicheos de los dependientes, para ayo de los chiquillos, para cuidar y llevar el perro (si le hay) á paseo y de corre ve y dile sempiterno de los encarguitos y caprichos de la señora.

Ni un libro, ni un papel, ni un céntimo,

ni voluntad, ni deseos, ni... ¿por qué no decirlo? ni dignidad personal ha de tener un muchacho cuando va á comenzar el aprendizaje. ¡Guay de él! si el principal le atrapara con un diario ó un libro entre manos. Su misión, al entrar allí, es trabajar, trabajar sin tregua ni descanso, sin preocuparse de la hora que empieza ni preguntar á la hora que acaba. Y si á este trabajo sin tasa se añade lo insuficiente de su descanso; la escasez de su alimentación (salvo algunas laudables excepciones); la falta de expansión indispensable al ánimo, tanto más necesaria cuando se trata de un niño de trece á catorce años; la ausencia completa del ramo de higiene en la manera de estar alojados; la negación absoluta de combustible instructivo con que alimentar el desarrollo de aquella inteligencia que aletargada, presa de un marasmo intelectual, cae embrutecida y sin bríos para impugnar el mal ejemplo, que dada la manera de estar organizados, han de tener ante su vista, ¿qué podremos esperar de ese sér, tras esos tres años de vejaciones, de esclavitud oprobiosa de su cuerpo y de su inteligencia? ¿Qué robustez en su complexión iremos á buscar en ese quidam de la sociedad que pasa dieciocho horas sin tregua ni descanso, que le vemos

durante el día barrer, limpiar, doblar, desdoblar, colgar, recojer, entrar, salir, cargar y descargar, y que pasa la primera parte de la noche semi en vela, rendido, atontado, soñoliento, levantándose una, dos, tres, diez veces, las que sean necesarias, siempre que se retira algún dependiente.

Espinosa y de cruentos principios es la carrera de las armas; pero no sé en lo que le va en zaga, tal como está constituída, la carrera del comercio.

Y si le llega al fin la suspirada hora del completo descanso, no será por cierto entre mullido colchón y espaciosa cama. Allí están aguardándole los setenta centímetros del mostrador duro y angosto, sobre el que extiende el enteco colchón para medir más de una vez, durante la primera etapa de su aprendizaje, la distancia que le separa del suelo. Allí, horno incandescente en verano y nevera insoportable en invierno, muchas veces húmedo y mal sano, almacenado de género, y por lo tanto de polvo; saturado de ciertas emanaciones que durante la noche se dejan sentir con mayor insinuación é intensidad; viciado el aire durante el día por los compradores y por el alumbrado durante una parte de la noche; hallan albergue diez, quince, hasta veinte ó más séres hu-

manos, hacinados cual flete obligado de aquella nave, faltos de aire respirable, de condiciones de limpieza, de indispensable moralidad y de toda noción de higiene. Sacad un cálculo, piadosas asociaciones de la redención de esclavos, compasivas sociedades del bienestar del bruto, de las víctimas que cuestan tan penosos principios, y os horrorizaréis de la cifra que arroja. De ahí, esa mayoría de dependientes entecos, de complexión valetudinaria, de lacias fuerzas y mustio color, en donde hallan privilegiado albergue esa infinidad de enfermedades infecciosas, ya endémicas en nuestro país.

El aprendiz de escultor, de sastre, de ebanista, de zapatero, en una palabra, de todas las artes y oficios tiene marcadas sus horas de trabajo, dejándole libre las suficientes para su instrucción y descanso.

El aprendiz de cintas, ó de ropas, es un sér de condición inferior sin duda á todos los demás séres, porque para él no existe hora alguna de instrucción, no tiene derecho á otro descanso que el que le place á su principal.

He ahí expuestas, al correr de la pluma, las causas por qué nuestro aprendiz de comercio, con su alimentación insuficiente, con su excesivo trabajo, con su escaso des-

canso, con su alojamiento insano, no puede tener una complexión robusta, sana y fuerte, como sucede en Alemania, Francia é Inglaterra; he ahí las causas, por qué nuestro aprendiz, con su voluntad aherrojada, su inteligencia adormecida, no puede aspirar á ser un comerciante apto, inteligente, instruído; y he ahí, por último, demostrado, con triste evidencia, que al aprendiz de comercio se le niega lo que no puede negarse á ningún sér á fines del siglo XIX; el derecho de instruirse.

III.

Ya lo tenéis transformado de humilde aprendiz en cumplido dependiente; ya llegó por fin á la cúspide de su penoso camino; y ¿sabéis lo que ha conquistado con esos tres años de vergonzosa esclavitud y mísero trabajo? Un mezquino sueldo, que apenas llega á cubrir sus necesidades; un dominio absoluto sobre los desdichados que le siguen en el camino; y el derecho de salir á última hora por la noche, y á turno las tardes de los días festivos.

¡Reivindicación irrisoria de sus libertades, derechos y prerogativas despiadadamente conculcadas durante esos tres años de

apurar día por día, hora por hora, la amarga cicuta de la humillación y las múltiples exigencias de un despotismo sin límites!

Y si el aprendiz no puede instruirse porque se le niega el tiempo y los medios, el dependiente no puede instruirse, porque no dispone de horas hábiles para ello.

Bien sé yo que más de cuatro arguyen en pró de la sujeción del dependiente, «que, bastante viciado está para darle más rienda suelta, más horas de libertad que consagrar á sus devaneos». Yo me atengo á que esos mismos excesos, en que por desgracia caen muchos, esos vicios funestos, á los que verdaderamente gran número pagan tributo, tienen su principal desarrollo en el yugo excesivo que les oprime y en la falta de instrucción que embrutece su inteligencia y enerva su espíritu.

La sociedad en primer término y el Gobierno después, es el obligado á tomar cartas en el asunto para que esa clase que vive tantas horas falta de aire, de sol y de luz, mal alimentada y con reducido descanso, se nivele á la del obrero, adquiera prerogativas y derechos que hasta hoy le han sido negados. Levantad si no su dignidad, preocupáos algo de su higiene olvidada y de su naturaleza escaecida; concededle lo que la

sabia y manufacturera Inglaterra concede anualmente á todos sus dependientes; un mes de asueto por turno y sin descuento alguno que les permite cuidarse en familia y recuperar perdidas fuerzas para entrar con nuevos bríos en el cumplimiento de su deber. Ceded un poco de egoísmo en pró de la humanidad y del derecho; equilibrad su ejercicio con su descanso; facilitadle los medios de instruirse; poned justo coto á sus *acaparadores,* y tras breves años veréis surgir de esa clase indocta, plagada de defectos, amaestrada en el servilismo que le sirve de medro, una nueva clase inteligente, hábil, robusta, laboriosa, que huyendo de bajas ruindades y mezquinas envidias personales, estudiará proyectos y emprenderá negocios que hoy acaparan sólo los extranjeros; veréis surgir, despojada de sus anticuados silogismos y máximas rancias, una nueva clase que levantará, con potente mano, nuestro comercio descuidado y anémico, al nivel del próspero y floreciente de otras naciones.

La sociedad del último tercio del siglo diecinueve saturada de sus progresos y derechos, oreando ya en su frente los líberos albores del siglo veinte; la sociedad que aserró ayer con mano firme el dogal del es-

clavo de color; la que ha reivindicado los derechos del hombre; la que ha marcado hoy, limitándola, la jornada de trabajo del obrero; la que ha reglamentado el de las mujeres y el de los niños; no puede consentir por más tiempo la humillante esclavitud de esa clase tan vejada y zaherida.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

BOCETOS LITERARIOS



SEGUNDA PARTE

BORRASCAS DEL CORAZÓN

NOVELA INÉDITA

I.

NOTAS TRISTES


A noche había cerrado por completo. Gruesos copos de nieve deslizábanse silenciosamente tapizando el suelo de blanca y mullida alfombra. Los árboles, envueltos en blanco sudario, semejaban fatídicos fantasmas desafiando las iras del plomizo cielo.

En lúgubre harmonía con la crudeza del tiempo, en una habitación de uno de los puntos más céntricos de Barcelona se desarrolla una escena por demás terrible y conmovedora.

Un niño de corta edad está agonizando. El sarampión, esa enfermedad altamente contagiosa que en forma epidémica azota nuestra ciudad en distintas épocas del año, ha hecho presa en aquella tierna criatura.

Su carita hinchada, de color violáceo,

más bien parece ancho campo donde la viruela haya sentado sus reales que no invadida de las características manchas del sarampión. Un ronco y penoso resuello, que imprime un movimiento de flujo y reflujo á su delicado pecho, hace temer que la enfermedad haya tal vez invadido ya los bronquios.

Una mujer joven, bella en extremo, el cabello descuidado y suelto, la bata medio anudada, los ojos encendidos y llorosos, ora sombríos y vagos, ora terribles y amenazadores, está arrodillada á la cabecera del lecho. Sobre sus manos plegadas se apoya su angustiosa frente, y hondos y dolorosos gemidos agitan sin cesar su afligido pecho.

Reclinado en un sillón cercano, presa de viva inquietud, se halla un caballero al borde ya de la edad madura, que en vano trata calmar con cariñosas frases el acerbo dolor de la desolada madre, que es su esposa.

De pronto el niño se extremece, lanza lejos de sí la ropa que le cubre, agitado y convulso se incorpora sobre el lecho y «¡quiero á mi mamá!»—grita dirigiendo extraviadas miradas á su alrededor.

—¡Hijo!... ¡hijo de mi alma!—exclama ella cubriéndolo con su cuerpo—aquí estoy, aquí, siempre junto á tí.

—¡No!... no... vete *chacha*, quiero mi mamá... ¡mi mamá!...

—¡Enrique!... ¡mi niño!... ¿ya no me conoces?...

—¡Mamá!... ¡mamá!... hi... hi... quiero mi mamá...

—¡Miguel!—grita ella con suprema angustia mirando á su esposo con fiero dolor —¡mi hijo delira!... ¡El hijo de mis entrañas se muere!

—Cálmate, Celia, por Dios, que voy volando por el médico.

—No, no quiero ver más por aquí á ese hombre, no conoce la naturaleza de mi hijo y me lo está asesinando. Indaga, busca, corre presto, trae otro médico, trae el que tenga más fama, tráelos todos si es preciso, pero que salven á mi hijo. ¡Desdichada de mí, si nuestro Enrique se muere!...

—Una idea,—exclama él dándose una palmada en la frente—el niño del amigo Vallés lo salvó de una muerte segura el doctor Delís; es un médico joven, pero de valía, y... vendrá, no podrá menos de venir después de haberme escuchado.

Y, así diciendo, sale disparado de la habitación y pronto el ruido de la puerta anuncia que baja saltando las escaleras en busca de aquella eminencia, única esperanza de la salvación de su hijo.

Entretanto Enrique empeora, se agita sin cesar en el lecho y la desventurada madre, loca, frenética, clama á Dios, lo invoca y en su ciego desvarío... lo maldice.

Pasa media hora, una, y el angustiado padre entra al fin en la habitación con el célebre doctor á su lado.

Un joven de regular estatura, frente espaciosa y perpendicular en su conjunto, exprofesa para anidar el talento, mirada profunda é indagadora que anuncia la firmeza de carácter, mejillas pálidas y poco carnosas que revelan el estudio y la vigilia; tal es aquel nuevo discípulo de Hipócrates que en aquella situación extrema va á echar la suerte sobre la vida del pobre Enrique.

—¡Doctor!—grita la infeliz madre en el colmo de la ansiedad, arrojándose á sus plantas;—¡mi hijo está agonizando! ¡el hijo de mis entrañas se muere! Mi vida, cien vidas si las tuviera, todo es poco, pedid cuanto queráis pero salvad á mi hijo. ¡Oh, si supiérais cuán negro es todo, viendo agonizar un hijo!

—Calmáos, señora,—contesta él en apacible tono,—la ciencia agotará hasta el último recurso, y luego... luego Dios hará lo demás.

—¿Dios?... ¡Dios ya no me escucha!

—Vamos, sed cuerda. Venid, entre los dos lo inspeccionaremos; yo siempre espero mucho de las buenas enfermeras.

Veamos,—dijo mirando el termómetro clínico, después de haberlo colocado un rato bajo el sobaco del niño,—cuarenta y un grados, la fiebre es excesiva, el caso bastante apurado, la inspiración dificultosa, temo, y la hemos de prevenir, una invasión en los bronquios, sin embargo, la traspiración marcha bien, no se ha perdido todo, aunque ténue, queda aún una esperanza.

Ahora, mostazas aquí en las piernas, en la parte superior de los pies, que se coloquen sin demora, y, al momento, por estas píldoras de aconitina, una cada dos horas, confío que con esto cederá la fiebre y desaparecerá el delirio. Yo volveré aún esta noche; repito que no se ha perdido todo; resignación, serenidad y constancia.

—¡Dios!... ¡Dios, si quisiérais!... ¡Bendito seais, doctor, que hacéis renacer la esperanza en mi pecho!—gritó delirante la pobre madre, y, escondiendo su cabeza entre ambas manos, rompió á llorar.



II.

PERFILES



LA naturaleza, la ciencia ó Dios, cada cosa de por sí, ó las tres reunidas, hicieron el milagro. El niño se salvó. Cierto que el médico hizo ~~milagros~~ prodigios. Redobló sus visitas, prodigó sus cuidados y sacrificó largos ratos á la cabecera del enfermito, siguiendo paso á paso las oscilaciones de la enfermedad.

Al verlo con tan porfiado ahínco empleado en el ejercicio de su facultad, emblema de la esperanza, creyérasele empeñado en oculta lucha, en la que á todo trance anhelaba salir vencedor. El fausto desenlace coronó con creces sus esfuerzos.

El padre, lo bendecía sin cesar; la madre, creíalo dotado de un poder mágico desde que le devolvió, como por milagro, la preciosa vida de su hijo; y nuestro doctor,

aunque ya fuera de la convalecencia el niño, tan habituado á pasar todos los días algunas horas al lado de aquella adorable familia, que no hallaba modo de despedirse.

La calma y la alegría perdidas, volvieron, pues, á renacer de nuevo en aquella mansión donde poco antes sólo repercutían los ayes del dolor.

Y deslizábanse así tranquilos los días, sin que ninguno de los tres notara la pequeña nubecilla que condensándose en sorda calma en el espacio, iba acumulando negra tormenta sobre sus cabezas.

Corre mansamente el cadencioso río lamiendo el césped del ameno prado, hasta que embravecido por deshecha tempestad, arrasa en mugiente torbellino la misma huerta que fertiliza.

Crece ufano el altivo álamo en la frondosa pradera, suavemente mecido por la brisa, hasta que impetuoso huracán lo abate, lo troncha ó lo derriba.

¿Y ese insondable mar que en calma besa de la silenciosa playa la menuda arena, no es aquel mismo mar que enconado ruge en noche oscura, sacudiendo con indómito furor su crespada cabellera?

Así, pues, nacen, crecen y se desarrollan las pasiones de los hombres, hasta que fu-

rioso vendabal las bate, las encona y las desborda.

Celia llegó á sus dieciocho sin que pasión alguna turbara su tranquilo sueño. Hija única de un matrimonio de escasa fortuna, no tuvo más roce con el mundo que el de las relaciones de sus padres, que por cierto eran bien restringidas. Y aunque la naturaleza mostróse asáz pródiga con ella dotándola de espléndida belleza, no llegó ésta á ser conocida, sencillamente porque sus padres jamás la presentaron en ninguno de esos sitios donde se exhibe, se aquilata, ó se marchita la hermosura de la mujer.

Don Miguel Prats, acomodado comerciante, pero retirado ya del negocio hacía algún tiempo, era uno de los pocos que por lejano parentesco, frecuentaba con alguna asiduidad el trato de la familia. Embriagado en su dulce aroma al fijarse en la hermosura extraordinaria de la niña, pidióla por mujer á sus padres, casándose al poco tiempo con ella. Cierto que le doblaba la edad; pero, ¿se repara en esos *pelillos* cuando se casa *bien* una hija?

Celia no despertó de sus ensueños de virgen, porque dormía aún en los apacibles de niña, y se halló al lado de un hombre que la mimaba y la complacía en extremo; así

que, sin pasar por las torturas del amor, ni el frenesí de la pasión, llegó á sentir por su esposo el sosegado cariño que nace con la paz del matrimonio.

Más tarde, al ser madre, en aquel tierno sér fué donde se cegó su dormida fantasía. ¡Era tan mono! Tenía una boquita tan chiquitina y unos ojazos tan grandes... y luego el muy *tuno* comenzó tan pronto á conocerla, que le sonreía y balbuceaba su nombre apenas se acercaba á su cuna. ¡Cómo no la había de conocer si ella misma quiso amamantarlo á sus pechos!

Y cumplió uno, dos, tres años el niño, transcurridos en dulce embeleso para ella; pero un día que el cielo estaba muy triste y menuda lluvia humedecía la tierra, empezó á toser el chiquitín, lagrimeaban sus ojos, sintió primero calofríos para abrasarse en fiebre más tarde; rosadas manchitas comenzaron á colorear en diferentes partes de su cuerpecito, y... ¡Dios mío, qué malito se puso el niño!

El médico de la casa no daba con eficáz remedio y el mal iba tomando pie, hasta que una noche, noche horrible que perdida toda esperanza agonizaba su hijo, presentóse un sér sobrenatural ante su abatido espíritu. Sus ojos brillaban como la luz en me-

dio de las tinieblas; en su frente llevaba escrito el mágico poder de su ciencia, y aquel sér *divino* de humano ropaje salvó á su hijo. Era el afortunado doctor.

Sí, el doctor don Angel Delís, bastante joven aún, pues no llegaba á los treinta, de pujante fama, más en auje cada día por sus prodigiosas curas. Huérfano de madre al nacer y de padre desde que orlara su cabeza con el birrete del doctorado; sin más próximo pariente que una hermana mayor á la que quería con delirio, pero que por extrañas coincidencias la tenía casada en Cádiz.

Estas desventuras de familia habían impreso en su semblante cierto sello de tristeza, más profunda y más sombría, desde aquella noche que la inconsolable Celia se arrojara delirante á sus plantas, pidiéndole la vida de su hijo.



III.

TRAZOS DE NOVELA

AY séres que parecen arrastrados por extraños impulsos á labrarse por sus propias manos su desdicha. Tal le sucedía á don Miguel. Asmodeo, el implacable enemigo de los maridos, le había colocado con tal tino la venda, que la ceguera era completa. De ahí que nada significara para él la persistente melancolía de su esposa; nada, sus contínuas distracciones, sus apagados suspiros, su profunda tristeza, sus lágrimas furtivas.

Tan pronto era presa de extraña animación como volvía á sumirse en desconsolador abatimiento.

—Tú no estás buena,—le decía alguna vez el buen señor con solícito cariño;—tú te empeñas en no hacerme caso, en no cuidarte, y luego se nos vendrá el *edificio* encima.

Y no acertaba á descubrir más allá.

Y si por acaso aquel día había descuidado su visita el doctor, corría en su busca, explicábale los anómalos síntomas que notaba en su mujer, y quieras que no, se lo llevaba á su casa. Recriminaba á Celia delante del joven, haciéndose él el enfadado por el descuido de su salud, y dejábalos solos al poco rato, diciéndole en tono confidencial al doctor, pero de modo que ella lo oyera á fin de hacerle presión:

—En sus manos se la dejo, querido doctor; á ver si es V. más afortunado que yo y puede sacar en claro la enfermedad que le aqueja. Le advierto para su gobierno, que madre ya y todo, como V. la vé, es aún muy niña.

¡Pobre don Miguel! Solo dos aspiraciones había tenido en el mundo. Retirarse del negocio con un capitalito y hacer feliz á su mujer. La primera logróla tras largos años de infatigable perseverancia. ¿Sería tan afortunado en la segunda? El corazón de la mujer es un arcano en el que nadie puede penetrar.

Al quedarse solos los dos jóvenes, sonreía con forzada sonrisa el doctor, esquivando la mirada, y la pobre Celia, confundida y suspensa, no atinaba á hilvanar una frase.

Ninguno de los dos rompía en largo rato el silencio. Ella, sofocada por aquellas confidencias del marido incaúto que podían dejar traslucir el fatal secreto que llevaba prendido en el alma, esforzábase en vano en dar á su semblante cierta austeridad que la pusiera á cubierto de toda sospecha.

El, por más extraño que parezca, realmente cortado con aquellos exabruptos maritales, torturaba inútilmente su cerebro para dar con la frase que sacara á entre ambos de aquella violenta situación.

—¿Tendrá don Miguel razón?—acababa por decir al fin el doctor con acento tembloroso que en valde se esforzaba en disimular—¿Será cierto que la tendremos enferma sin saberlo?

—Yo... crea V. que no. Lo que tengo aún, sin duda, es algún resíduo del disgusto pasado. ¡Sufrí tanto, Dios mío!

—Sin embargo... señora, aquello ya pasó. Usted debe animarse, sobreponerse á esos recuerdos. ¡Es tan preciosa la vida de... una madre!

Y aquí, nueva interrupción, nuevo embarazo entre los dos. Ella, con los ojos tenazmente fijos en cualquier punto de la habitación; él, clavándolos furtivamente con indefinible expresión en el pálido semblante de ella.

Despedíase más tarde el doctor bajo cualquier pretexto; uníanse instantáneamente sus manos temblorosas y sin fuerzas; las mejillas de la joven teñíanse de subido carmín y el semblante de él tornábase sombrío, pálido y ojeroso, cual si el contacto de aquella diminuta mano esparciera por sus venas un flúido magnético.

¿Estaba realmente enferma la esposa de don Miguel? ¿Padecía alguna extraña obcesión el espíritu estudioso y hasta entonces sereno y despreocupado del doctor?

Algunas cartas escritas por el mismo doctor durante esta época á su hermana, retratan fielmente el estado de su ánimo; cartas que según consta en el prólogo de este libro, sirviéronme á mí de guía para dar con el hilo de esta historia.

Dicen así:



IV.

LA CORRESPONDENCIA DEL DOCTOR

15 mayo.

. . . .

Pues bien, hermana mía, no te has equivocado en tus apreciaciones. Un algo extraordinario hace algún tiempo pasa por mí. Tú atribuyes mi silencio á desconfianza contigo, tachándola ésta de falta de afecto, y no sabes, hermana querida, que mal pudiera aclarar tus dudas si yo mismo no sé á ciencia cierta lo que tengo.

Trato á solas de sondear el estado de mi alma, y asomándose ella azorada por mis ojos, dirije recelosas miradas enrededor, cual si las paredes fueran á sorprender el terrible secreto. Sin duda, éste se esconde en los últimos repliegues de mi pecho, y yo, agitado y temeroso, creo que todo el mundo lo va leyendo en mi mirada.

Debo tener accesos de calentura como

los tengo de frío; creo que estoy enfermo, pero me levanto, salgo, entro y cumplo con mis obligaciones como siempre.

El mal, pues, si existe no está en el cuerpo. Y esto no obstante, estoy violento en todas partes; una inquietud inexplicable me atormenta sin cesar. Hay momentos que todo lo veo obscuro y lúgubre á mi alrededor; la más pequeña impresión excita mi sensibilidad de una manera ridícula ó me incomoda en extremo. Otros momentos se me antoja todo bello y risueño, más bello y más risueño que jamás lo ví.

En casa me ahoga su estrecho recinto, hallo limitado el horizonte que alcanza mi vista, siento una extraña opresión que entorpece la libre acción de mis pulmones; necesito aire, ambiente, brisa muy fresca que calme mi angustiosa ansiedad y me lanzo á la calle. No soy allí más feliz por cierto. El gentío me aturde, el bullicio me abruma, los amigos me cansan, los enfermos, ¡pobres enfermos!... conozco que esta conducta es un crimen en mí.

Esta reflexión abre mis ojos, veo cuán reprochable es mi proceder, juro en mi interior la enmienda y me lanzo con más ahinco que nunca á la cabecera del que reclama mi auxilio.

Ante el lecho del dolor vuelvo á ser el mismo de antes; el paciente me interesa como siempre, lo inspecciono con interés verdadero, trato de atajar el mal, lo animo, pero al traspasar el umbral de la habitación... la misma zozobra, idéntica inquietud vuelve á apoderarse de mí.

Esta situación anómala de mi espíritu, cuya causa rehuyo de conocer, esta malandanza de mi ánimo, que me anonada á pesar mío, son las verdaderas causantes de mi largo silencio. Hoy, haciendo un esfuerzo sobrehumano, te hago esta confesión sincera y exacta de lo que por mí pasa. Aunque la halles nebulosa y casi cabalística, no exijas más por ahora, porque no otra cosa en realidad pudiera decirte.

Te prometo, una vez ya roto el silencio, de no ocultarte nada de cuanto por mí pase; pues si antes no lo hice, fué verdaderamente por no empezar de la manera difusa é inconexa que lo hago hoy.

2 junio.

Tu carta, mi amada María, que tú la destinaste sin duda á lenitivo de mis heridas, no ha hecho más que reverdecerlas y enconarlas. Pero, ¿qué digo? necio de mí.

Me atrevo á acusarte de lo que yo sólo soy el culpable. Mal pudieran estar cicatrizadas esas heridas cuanto diariamente las alimento con el letal veneno que las emponzoña.

Lo que sí realmente ha hecho tu cariñosa epístola, mi pobre hermana, es mostrarme con toda desnudez lo eterno, lo inconmesurable de mi desgracia. Al caer el velo del fatídico misterio, mortal angustia háse apoderado de mí. La implacable realidad con su frío naturalismo me ha sumido en profundo desconsuelo.

«Tu sobreexcitación, tu ansiedad, tu congoja,—dícesme con maternal bondad en tu grata—no reconoce otra causa para mí sino que andas enamorado; y no es tan poco agraciada tu figura, ni tan obscuro tu porvenir que no deba considerarse dichosa tu elegida. No seas tan bobo ni tan niño con tanta ciencia y tanta filosofía como tienes; mira que las mujeres no *devoramos* á nadie. Confiésale tus ansias al objeto de ellas; pídela por compañera si la consideras digna, que yo me congratulo de antemano del buen éxito de tu demanda».

María, ¡mi cara María! cierto debe ser como supones que estoy enamorado, por más que al confesarlo se alborote el corazón; pero lo desesperante, lo aflictivo, no es el es-

tado anormal de mi espíritu, sino el ominoso estigma que lleva en sí el amor que me devora. ¡Amar un imposible! he ahí el fatídico lema de esta pasión que corroe mis entrañas.

¿Comprendes la inmensidad de mi desdicha? Ella no podrá ya ser para mí una Margarita, una Julieta, ni aun una Beatriz, ni una Eloisa. ¡Es ya de otro! Ese codiciado tesoro pertenece á otro dueño... ¡Cuán desconsoladora es para mí esta horrible realidad!

Me dirás, tal vez, que no soy digno de lástima porque á sabiendas he labrado mi infortunio. No me condenes sin escucharme. Te juro, por la memoria bendita de nuestra madre, que no busqué el peligro. Hay séres que nacen ligados á extraño fatalismo, y uno de esos séres soy yo.

Ayer, tú sabes muy bien que abominé cien veces del teatro y de la novela porque sus tendencias para los golpes de efecto eran siempre las mismas: el amor adulterino. Hoy, yo no sé si los dramaturgos, si los novelistas, si los poetas, habrán imprimido el espíritu de sus escritos en la sociedad actual, pero de lo que sí estoy persuadido, es de que la atmósfera está saturada de ese virus funesto; nada más lógico, pues, que infeccione al que la respira.

Yo no tuve nunca, bien lo sabes tú, ni devaneos ni amoríos; mi ideal fué siempre llegar á la meta que me tracé al comenzar mis estudios. La poca ocasión, la ocupación contínua, los cuidados asíduos que requería el triste estado de nuestro padre, tu mismo amparo que siempre fué deber sagrado para mí, fueron tal vez parte á que no me sintiera impulsado á seguir los mismos derroteros que suelen seguir otros jóvenes. ¿Será quizás debido á esto mismo el que se haya conturbado tan hondamente mi alma á la primera conmoción del espíritu? No puedo creerlo.

Otras beldades de apasionado mirar y níveo cutis pasaron ante mí sin que latiera mi pecho, y un momento, un sólo momento, en ocasión bien aciaga por cierto, que sus ojos suplicantes y llorosos, pero dotados de una fascinación ineluctable, se clavaron en los míos, bastó para que un algo, desconocido hasta entonces para mí, se filtrara en mis venas robándome para siempre la calma.

Su imagen no ha vuelto á borrarse jamás de mi pecho.

Víctima inconsciente, primero, de aquel naciente amor, revoloteaba sin recelo, cual revolotea la incauta mariposa alrededor de la llama que ha de servirle de pira funeraria.

Cuando llegué á percatarme del estado de mi alma, invoqué á la conciencia, llamé al honor, busqué apoyo en la hidalguía de mis sentimientos, tan exaltada siempre en mí, pero aunque ellos acudieran en mi auxilio (que no acudieron), un poder, del que no podía evadirme sin excitar sospechas, representado en la persona del marido, obligóme á aspirar gota á gota el suave aroma de aquella mujer que me embriagaba.

Ya ves, María, como no he buscado yo el peligro aunque haya zozobrado en él. No era posible ver á mis plantas, deshecho en llanto, al arquetipo de la suprema belleza sin que yo cayera rendido á sus hechizos.

Me he esforzado sin embargo en apartarme de allí; he hecho titánicos esfuerzos por no verla, aunque agonizaba mi alma, pero se me ha retenido á su lado, se me ha obligado á empaparme en todas aquellas maravillosas perfecciones, en aquellos irreprochables contornos, que ni el cincel de Fidias los esculpió jamás tan bellos.

La nítida blancura de su frente, en la que campea el candor más provocativo; el suave perfil de su nariz, claro emblema de su dulce trato; sus frescas y algo sonrosadas mejillas, fruta incitante de mil ocultos deseos; los dos hoyuelos que nacen y mueren

en ellas jugueteando sin cesar con mi compostura; el leve carmín de sus labios, ligeramente abultados, que brindan placer de contínuo; su cabello fino y ondulado, obscuro como mis esperanzas, en el que se ocultan los hechizos de Circe; el admirable contorno y deliciosa blancura de su cuello, que pide admiración; su seno, redondo y moderado, blanco de amorosas ansias y escollo de mis propósitos; el timbre argentino de su voz, que altera todas las fibras de mi cuerpo; sus blancos y menudos dientes; su linda y ebúrnea mano, aterciopelada y tibia; su aire, su apostura, la mirada irresistible de aquellos ojos, condenación perpétua de mi sosiego; su talle, esbelto y delicado, el mismo vestido que modela sus deliciosas formas. todo es objeto para mí de adoración y de incitantes deseos.

En ella concurren como en la gentil Pandora todos los dones y gracias. ¿Habrá también para mí en su hermosura el presente fatal que con la de aquella hizo Júpiter á Epimetea? Hesíodo dejaba sin embargo en el borde de la funesta caja la esperanza; ella es la que alienta en mí esta pasión insensata.

Hay momentos que me forjo la ilusión de que no le soy del todo extraño. Su alma

tan bella, tan impregnada en dulce poesía, no puede abrasarse en la llama de un himeneo en el que su compañero le dobla más de la edad. El decrépito invierno no debe estar unido en amoroso consorcio con la exuberante primavera. Erato, la más amante de las musas, no pudo presidir una unión en la que forzosamente había de faltar Cupido.

30 julio.

Esta tarde ha partido ella para las aguas de L., que yo mismo le he indicado. Creo que soy otro. Se me antoja que me han quitado de encima un enorme peso que me aplastaba. Ya no era posible para mí continuar por más tiempo en aquella horrible situación.

Si me había propuesto ir á su casa á las cuatro de la tarde del martes, ya no tenía reposo desde la noche del domingo. Las horas transcurrían con una parsimonia desesperante. El reloj parecía estacionado.

Si salía á la calle ansiando matar el tiempo, temía que un incidente imprevisto me obligara á regresar tarde. Las paredes de la habitación ejercían en mi ánimo extraña opresión.

Llegar á la hora en punto, podía pare-

cer premeditación; llegar antes, impaciencia: llegar después, olvido.

Si me alcanzas á ver, mi querida María, al vibrar la primera campanada de la hora mortal cojer anhelante el sombrero, calármelo azorado y nervioso y echarme á ciegas por las escaleras, de seguro crees que tu hermano había perdido la razón.

Marchaba un rato con extraordinaria velocidad, como movido por impetuoso resorte, y sólo poco antes de llegar á su morada parábame cortos instantes á reflexionar si sería más prudente entrar por la derecha ó por la izquierda de su calle.

Tenía un miedo cerval á que me apercibiera ella por detrás de los visillos, temiendo pudiera leer en mi aire descompuesto el lastimoso estado de mi espíritu.

Si me presentaba ante ella lleno de ilusión y de esperanza, creía hallarla fría y reservada, y entonces mi desesperación á solas no tenía límites. La contemplaba otras veces trémulo y confuso, y en sus pupilas, serenas cual las suaves brisas de mayo, creía leer un algo misterioso henchido de promesas y de amor.

Todas estas emociones acabaron ya, por ahora, para mí. Lejos ella de mi vista, sólo la calma ansío, tan necesaria al lamentable estado de mi alma.

Si la conocieras, María, no podrías menos de amarla como yo la amo. ¡Cuán feliz fuera yo, á haberla conocido libre! No divaguemos.

Me dices en la tuya, amada hermana, que aun es tiempo de andar lo desandado, que el mal está aún en sus principios. No te hagas ilusiones, mi pobre amiga, el fuego fugaz prende presto, pero luego se apaga; el fuego tardío, como el que me abrasa á mí, cuando da señal, están consentidas ya hasta las raíces.

Dijo Bías, uno de los siete sabios de Grecia,—«que el querer un imposible es una enfermedad del espíritu de difícil curación:» calcula si mi mal podrá tener remedio.

10 agosto.

Morir por morir, prefiero morir viéndola, aspirando su dulce aroma, aniquilándome lentamente bajo el mágico influjo de sus embriagadoras miradas.

Ayer, aquella continua agitación de mi espíritu, agotaba mis fuerzas, me enervaba; hoy, esta desconsoladora soledad me mata.

El sol carece de brillo; sus rayos no alumbran las tinieblas que me cercan; la bóveda

celeste aparece densa y opaca; el aire, agobiante y caliginoso; la aridez del desierto, en medio del bullicio de la vida. He ahí la verdadera orfandad del alma.

Mi habitación semeja una tumba, donde ya no me es dable forjar los mil proyectos para acercarme á ella. Las calles de esta capital se me antojan desiertas y sin su característica animación; su casa, es decir, los balcones cerrados y silenciosos de su morada, se presentan á mi vista cual solitario monolito que conmemora, con muda elocuencia,—«lo que fué»—de mis ilusiones.

Esta soledad me abruma, anonada mi espíritu; esta atmósfera caldeada, axfisiante, no da calor; aquí falta luz, vida, alegría, esa luz, esa vida, esa alegría, que por singular rarefacción presta ella á todo con su presencia.

La ausencia me ha convencido por completo que mi suerte está ya para siempre ligada á la de esa mujer. Yo no puedo vivir ya sin ella. En estos días de triste calma he podido sondear más y más esta funesta pasión que hacia ella me arrastra. No es del conjunto, aunque tan bello, de esa masa líquida y sólida, de membranas y tegumentos, de las vísceras ó entrañas, de fibras y nervios, que componen el cuerpo humano,

de lo que estoy prendado en esa mujer; no es de su rostro hechicero y angelical; no es de sus delicadas formas, que no admiten semejanza; no es de su aire candoroso y sencillo, que atrae y subyuga; no es de su voz, de celestial harmonía; no es de su carácter afable, siempre tan igual y cariñoso; no, no es de ninguna de sus excelentes dotes y cualidades, con ser tan maravillosas, de lo que yo estoy enamorado; hay un algo magnético y fascinador oculto en su hermosura que me arrastra con loco desvarío hacia ella.

He aquí cómo he llegado á definir la extraña violencia de esta pasión. ¡Yo, que siempre creí de almas pusilánimes ó de mozos imberbes el rendirse á discreción á los ímpetus del amor!

No te preocupes, mi pobre María, por venir á mi lado. El estado de tu esposo, que vivamente deploro, reclama tus cuidados. Por otra parte, las reflexiones y consejos que tú sin duda me tienes preparados, ninguna mella pudieran hacerme ya. A mi mal no alcanza el ojo anatómico de la medicina, ni el escalpelo quirúrgico. Tu hermano de hoy, no es ya el hermano tranquilo y despreocupado de ayer. No vengas, porque la realidad de mi situación te desconsolaría.

22 agosto.

Algunos días más en aquella espantosa soledad y caigo postrado en un lecho. Por mi suerte, vino el marido en persona, el afortunado dueño de mi tesoro, á abrirme las puertas de mi destierro. ¡Inescrutables coincidencias de la vida humana!

He pasado dos días á su lado. Los aires del campo no la han mejorado por cierto. El se empeña en que indague su visible decaimiento, que establezca un plan, cueste lo que cueste, para su curación.

¡Insensato! no acierta que su mal es el mismo que corroe mis entrañas; que el mismo virus funesto ha emponzoñado la vida de los dos.

El momento de volverla á ver de nuevo fué de terrible prueba para mí. Ofuscóseme la vista al divisarla, como si espesa nube pasara ante mis ojos; acerquéme á ella presa de extraña agitación, y un sudor frío, como si fuera á caer en una congoja, circuló á lo cargo de mi cuerpo. Las sienes me latían con punzante violencia al compás del corazón; tendíle la mano temblorosa y fría, y como un necio apenas supe balbucear dos palabras de saludo. La suerte fué para mí,

que este hombre parece tener una espesa venda ante sus ojos que le priva de ver nuestro sobresalto y turbación.

Mi dueño, por el estado de su espíritu sin duda, no tiene sus habitaciones en el hotel, sino que habita una casita muy linda y algo solitaria, desde la cual se disfruta un magnífico paisaje.

La esperanza, por no decir la alegría, ha vuelto á renacer en mi pecho. Nuestras miradas se han encontrado más de una vez, y aunque ella la aparta al punto, no por eso han dejado de decirse nuestros ojos lo que callan los labios. La conversación ha sido trivial y apagada, hasta en los cortos momentos que hemos quedado solos, durante el primer día que he pasado á su lado. La lluvia, que se muestra tenaz y encarnizada desde que llegué, ha sido causa de que no hayamos hecho ninguna escursión.

Estoy resuelto á jugar el todo; esta incertidumbre es cien veces peor que un desengaño. Ya no me basta contemplarla á hurtadillas, suspirar á solas ó desesperarme como un loco. Necesito aspirar en sus labios el suave aliento de su boca que me embriaga; necesito sentir el grato calor de su pecho junto al mío; necesito que suene su acento harmonioso en mis oidos con regalados ecos

de amor. Nada puede detenerme más. Mi tranquilidad, mi relativa dicha, mi porvenir, que se mostraba risueño y hasta placentero conmigo, todo lo he perdido en aras de esta fatal pasión, todo lo he sacrificado por esta mujer.

El segundo día por la mañana, ya que por la tarde debía yo regresar á ésta, aprovechando un rato de bonanza salimos á la campiña en dirección á una fuente, distante dos ó tres kilómetros de la población.

Ella y yo nos adelantamos insensiblemente desde la salida. El quedóse algo rezagado, en compañía de un caballero, á corta diferencia de su misma edad, con el que ya desde casa mantenía animada conversación.

Ninguna palabra medió entre ambos mientras atravesamos la población. Ella parecía sofocada por algunas miradas impertinentes que nos dirigían alguno que otro vecino que encontrábamos al paso. Yo, á decir verdad, marchaba muy ufano á su lado, con un tantico de orgullo, lisonjeándome interiormente de la buena pareja que formábamos los dos.

Ya en el campo, en el que había dejado marcadas huellas la lluvia, el grato aroma del romero y del tomillo y de otras mil yer-

becillas olorosas que prestaban fragancia á la atmósfera, unido á la fresca brisa que corría, parecieron ensanchar con placentera fruición mis pulmones, tanto tiempo agobiados por extraña opresión. El camino era bastante desigual y escabroso, lo que me valía á cada instante deliciosas emociones. Ya era lo accidentado del terreno lo que me obligaba á darle la mano, ó la rápida corriente de una cuesta la que exigía que la sostuviera casi en brazos.

Dos ó tres veces traté de abrir paréntesis á aquel silencio, y otras tantas quedó truncada la conversación por los apagados monosílabos de ella, y sin duda por mi poca maña en dar con el hilo apetecido.

Don Miguel y su acompañante se habían quedado muy atrás, tanto, que al llegar nosotros á la fuente no se les distinguía en un buen trecho.

Desde el momento que salí de la capital para acercarme á ella, formé deliberado propósito de insinuarle, si no ya descubrirle del todo el estado de mi alma. Pero esta maldita cortedad que se apodera de mí cuando estoy á su lado, ha malogrado cuantas ocasiones propicias se me han presentado para ello. Cada vez me voy convenciendo más que el verdadero amor es mudo y

hasta á veces estúpido. Lejos de ella me considero capaz de pintarle con vivos colores mis ansias, mas una vez en su presencia, enmudezco como por encanto y no sé más que contemplarla en silencio ó balbucear frases insípidas que en nada adelantan mi empeño.

Al llegar á la fuente, término de nuestro paseo, desbaratáronse de nuevo todos cuantos proyectos pude concebir por el camino. Con profunda y mal riprimida contrariedad, noté que no estábamos solos. Una mamá, ya de edad sesuda, con dos ó tres niñas casaderas y un galán de bozo incipiente, escasa talla y rubio como una panocha, pegadito como un cascabel á una de ellas, ocupaban un poyo de la fuente.

Saludólas Celia con algún encogimiento; yo me esforcé en disimular la poca gracia que me hacía la compañía, y se entabló una conversación entre todos, bastante desanimada por cierto, sobre el lugar y la colonia que en él veraneaba.

Despidiéronse, por mi fortuna, á los pocos momentos, pretextando excesiva humedad; Celia y yo los seguimos un rato con la vista, y la empalagosa pareja, que á propósito habíanse ido quedando atrás, marchaban tan juntitos, que casi se confundían sus

cabezas. Después, por entre el hueco que dejaban algunos árboles, pude distinguir el brazo de él rodeando la cintura de ella y que sus labios se juntaban más de una vez.

Una violenta sacudida de despecho me hizo poner en pie, y mis ojos, animados por el fuego de la pasión, buscaron con insano deseo los de Celia. Ella, que aunque estaba un poco apartada de mí, presenció sin duda tan bien como yo la amorosa escena, estaba turbada y encendida, y con la mirada tenazmente fija en el cristalino caño de la fuente.

Un valor satánico habíase apoderado de mí; las caricias que se prodigaron aquella impertinente pareja irritaron mis comprimidos deseos, y loco de amor iba á apoderarme ya de las manos de mi amada, cuando incorporándose ella aceleradamente ¡vedlos, doctor! — exclamó extendiendo el índice de su diestra por detrás de mí—ya los tenemos aquí.

Una bala en mitad del corazón, no hubiera producido en mí más desastroso efecto. Volví á caer anonadado sobre el asiento, y una nube de rabia y desesperación nubló mi vista algunos momentos.

¡Celia! ¡Celia!—murmuré con desfallecida voz y apagado acento; y mis manos cris-

padas se retorcían con mudo dolor sobre mis rodillas. ¡Si en aquel instante hubiera tenido siquiera el poder de arrebatarla en mis brazos por el aire, como Bóreo á la virgen Oritia en las márgenes del Ilisos!...

Tuve que ahogar mi pena y componer el semblante, porque los dos rezagados acompañantes llegaban ya á nuestro lado.

El regreso careció para mí del encanto de la partida. El compañero de don Miguel me cogió la delantera y no se ha separado un momento de ella. Eso sí, no hay duda que le ha dado, como el marido á mí, un pelmazo soberano. En todo el camino no le entendí otra conversación que sus pasmosas y originales excursiones cinegéticas, que él mismo loaba con mucho entusiasmo.

Don Miguel me comunicó muy satisfecho, la compra, con todos sus incidentes y peripecias, de un hermoso cachorro perdiguero que ha sido muy pretendido por los aficionados á los ejercicios de Diana.

El resto de aquel día, porque partí al anochecer, lo pasé en un estado de ánimo, bien aflictivo por cierto.

Dos días pasados á su lado, y regreso á mi tétrica prisión con las mismas ansias, en la misma cruel incertidumbre que partí. ¡Cuán desconocido estoy! Este amor ha ago-

tado toda energía en mí. No he sabido apagar la sed que me devoraba en la regalada fuente del delicioso oasis, que se me presentó en medio de mi árido desierto. No te conduelas de mi suerte, que bien merecida la tengo. He sido un necio.

2 septiembre.

Te escribo hoy, mi amada hermana, sin saber si sueño ó estoy despierto. ¡Celia está aquí! Su delicada complexión no pudo resistir tan rudas pruebas y ha sucumbido. El alma de mi alma vino enferma. Una gástrica iniciada de tiempo atrás la tiene postrada en el lecho.

Don Miguel me ha confesado, con sandia franqueza, que el día que partí me llevé la salud de su esposa. ¡Cómo me baña en agua de rosas con tales confidencias el insensato!

Por ahora ningún síntoma alarmante se ha presentado en el curso de la enfermedad. Hay momentos, sin embargo, que á pesar de mi carácter obligado de médico, me inquieta extraña zozobra. Si la gástrica que la aflije tomara mal sesgo y la ciencia fuera impotente... Este pensamiento me aterra.

Lo que me desconsuela en ella y me so-

bresalta, es su extrema postración. Esta mujer adorada languidecía insensiblemente de largo tiempo atrás.

Acabo casi ya de abandonar toda la visita por ella. Paso á su lado la mayor parte del día y no pocas horas de la noche. Extraños presentimientos me asaltan cuando no estoy á su lado; pequeños peligros se agrandan en mi imaginación lejos de ella, y no pocas veces vuelvo azorado á los cinco minutos de dejarla, creyándola víctima de un imprevisto accidente. La marcha uniforme de la enfermedad, ya monótona de suyo, vuelve la tranquilidad á mi ánimo, pero entonces ya no me aparto de su lado. Yo he venido á resumir en esta ocasión, la suma de todos sus afectos. Hay en mí, para ella, la solicitud de la madre, que perdió al poco tiempo de tomar estado; el amor del esposo, que aunque no puedo negar que es bondadoso de suyo, no sabe apreciar el tesoro que posee, y lo deja muchas veces, por triviales asuntos, en manos extrañas; y la ciega adoración del amante, que vela sin cesar por su preciosa vida.

El otro día, como ya te dije que está tan debil, tuvo un momento de desvarío. La doncella acababa de salir y yo me hallaba solo á la cabecera de su lecho. Un lijero ex-

tremecimiento recorrió todo su cuerpo, sus hermosos ojos, que ahora parecen más grandes y rasgados á causa de la demacración de su rostro y el amoratado círculo que les rodea, giraron con ansiedad por todos los ámbitos de la habitación, sacó bruscamente uno de sus delicados brazos fuera del lecho, é incorporándose á medias ¡Angel! — me dijo con voz dulcísima—¿eres tú?

Una sensación de placer, amargada sin embargo por el pesar que me causaba su estado, recorrió todo mi cuerpo; escondí con amoroso cuidado su brazo entre las ropas del lecho, sus rizos, descuidados y sueltos, rozaron mis megillas, y mis labios, como atraídos por un imán, se acercaron á los suyos, dejando en ellos la huella de un beso trémulo y agonizante que me abrasó el alma.

Mi pobre niña no hubo conciencia del hecho. Apaciguóse insensiblemente y volvió á quedar sumida en aquel sueño letárgico propio de la enfermedad.

Esta mujer ha llegado á formar para mí una parte de mi sér. Vivir sin su amor, sin ser correspondido por ella es ya imposible. La idea que ayer me pareció un crimen, es hoy mi única tabla de salvación. ¡A qué abismo arrastran las pasiones á los hombres!

Perides, el dictador de Atenas, el discípulo del gran Anaxágoras, no decae á mis ojos recibiendo lecciones de Aspasia, ni aun haciendo de la célebre cortesana de Mileto su mujer. Herodes, accediendo, subyugado por sus gracias, á la cruenta demanda de Herodías, me parece aun harto disculpable. El mismo Ulises, acaso no cayó, á pesar de su astucia, en los brazos de Calipso, olvidando por largo tiempo su querida Itaca, y el llanto de Penépole, asediada por sus pretendientes? Yo no puedo arrastrar por más tiempo esta mísera existencia si no llego á ser correspondido por esta Raquel de mis ensueños.

Ha dicho Balzac en uno de los aforismos de su *Fisiología del matrimonio*, que: «La mujer *virtuosa* tiene en el corazón una fibra más ó menos que las demás mujeres. Es estúpida ó sublime». Si Celia, después de oirme, resulta sublime, mi condenación es inevitable; entonces... ten lástima de mí.

El estado de tu esposo comienza seriamente á inquietarme. Si la enfermedad de esta querida mujer no me lo impidiera, estaría ya á vuestro lado.

. . . .

. . . .

Hasta aquí, mas una que vendrá á su tiempo, las cartas que contenía el mencionado legajo. Lo que sigue, pude averiguarlo por el mismo autorizado conducto del cual saqué el hilo de esta verídica historia.



V.

EN PLENA BORRASCA

ELIA está ya en la convalecencia de aquella gástrica pertinaz que tantos sinsabores costaba al enamorado doctor. Don Miguel ha salido, en el momento que nos ocupa, á verificar alguna operación en el Banco. La joven se halla sola en su gabinete. Una elegante bata de franela rosa, con chorreras de finísimo encaje, envuelve su cuerpo. Su negro y brillante cabello, le cae hasta la cintura recogido en una trenza. La enfermedad ha dejado profundas huellas en su semblante. Está extremadamente pálida; las largas pestañas de sus rasgados ojos castaños, proyectan un círculo obscuro sobre sus pronunciadas ojeras.

Hace algún tiempo, según notó ya el doctor, que negra melancolía inunda su pecho, y una especie de desaliento semejante al cansancio que produce el hastío de la vi-

da, parece que vaya minando lentamente su existencia.

A la sazón, está recostada en un pequeño diván, apoyando su linda cabeza sobre la palma de la mano. Dos silenciosas lágrimas, que trémulas brotaron de sus párpados, han ido besando perezosamente sus mejillas hasta esconderse en los pliegues de su vestido. Un apagado suspiro que al evaporarse dibuja un nombre querido en sus labios, se escapa de su pecho en el preciso momento que el pesado portier se entreabre dando paso á la simpática figura del médico

Un vivo carmín, cual llama fugaz, colorea instantáneamente las pálidas mejillas de la joven, que, sorprendida y queriendo ocultar su emoción, apenas sabe balbucear con entrecortado acento:

—¿Sois vos, doctor?

—¿Acaso no me esperabais ya, Celia? ¿Pudiera yo dejaros?...

—Oh, no; no fué mi ánimo...

—¿Qué tenéis? ¿Lloráis sin duda?... ¡Celia! ¿seré importuno en querer indagar la causa de vuestro dolor?

—Os engañáis, no lloro... hay días...

—Ah, Celia, Celia, esa negra melancolía que leo en vuestra mirada y que es la misma que hace tiempo me envuelve á mí...

—¿Qué decís?—murmura á media voz la joven, contemplando con sobresalto al doctor.

—¡Oh, Celia, dejad que hable al fin!—exclama él en suplicante tono, buscando un destello de indulgencia en la angustiosa mirada de ella, cual náufrago que se ase á la única tabla de salvación.

—Callad, callad, Delís, yo os lo ruego.

—No, no puedo ya callar,—replica trémulo de pasión el enamorado doctor, apoderándose con suavidad de las manos de la joven.

Por Dios, Delís...

—No, no se detenga ya más el torrente de amor y desesperación que se desborba en mi pecho; no hay dique que pueda contenerlo ya; sabedlo, sí; sabed que estoy loco, que estoy demente, que la horrible tortura de los celos corroe mis entrañas; celos... de él, de esta odiada carcel que os roba á mis brazos, de este sol que os alumbra; celos, de este aire que os rodea y que más venturoso que yo, penetra hasta vuestros pulmones.

—Oh, callad, insensato,—clama ella con suprema angustia y completamente demudado el color;—voy á creer que realmente habéis perdido la razón.

—¿La razón decís?...—la perdí desde el

momento de veros; otras beldades se atravesaron sin duda en mi camino, pero jamás yo las percibí; y fatalmente para mí, para ambos si queréis, se filtró hasta mi alma la vuestra. ¿Pensáis que no he procurado olvidaros? Pues os engañáis; he huído de vos como huye el experimentado piloto del escollo en el que indefectiblemente ha de zozobrar su barquilla. Nada ha sido bastante á arrojar este funesto amor de mi pecho; de día, de noche, á la cabecera del muribundo, ante los ayes del dolor, solo en mi cuarto de estudio, siempre ante mí vuestra imagen, siempre clavados aquí esos ojos, que abrasando me miraron la primera vez que los ví. . . . .

—Basta, basta, doctor. . . . .

—No, no, dejad que hable, sobrado tiempo callé; dejadme aspirar ese aliento que me embriaga, dejad que oprima estas manos hechas para acariciarme y decidme, ah, decídmelo tan sólo una vez, decidme, por piedad, que me amáis. . . . . . .

—Apartad, Delís: no me obliguéis á recordaros lo que se debe á mi decoro, no me obliguéis...

—¡Oh, esto más!... Despreciadme, despreciadme Celia; óigalo yo de vos. ¡Ah, como vos no sabéis!... yo no conocí jamás á

mi madre, yo no he sentido nunca su amoroso beso sobre mi frente, yo no me adormecí á su dulce arrullo; yo no he podido leer en los ojos de mi padre, la satisfacción de ver coronados sus esfuerzos y sacrificios; las implacables parcas lo robaron antes á mi cariño; y ni aun esa hermana única y querida, permite el destino que viva cerca de mí. Yo he sido siempre la solitaria hiedra sin árbol en que apoyarse; y á pesar de estar sediento de afectos, sediento de caricias, sediento de amor, he procurado arrancar esta fatal pasión de mi pecho ó sepultarla en lo más profundo de mi alma para que no saliera jamás á la superficie; he procurado ser mudo é insensible en vuestra presencia, pero cuando ella, impetuosa, ciega, más brava cuanto más combatida, hubo un momento que rompió las vallas para inundarlo todo y arrastrarme delirante en su furioso torbellino; yo loco, frenético, presa de espantosos celos, llegué, horrorizáos, llegué á concebir la satánica idea de que desapareciera él; temí vuestro desprecio y el formidable grito de la conciencia desarmó mi brazo; entonces anhelé ser sólo yo la víctima, pero al sentir el frío cañón de la pistola sobre mi abrasada sien, fuí cobarde, sí, cobarde de morir con mi secreto, sin deci-

ros antes que moría por vos. Ya lo veis, he sido un insensato, un necio, un loco, nada ha sido suficiente á contener esta funesta pasión.

—Pero mirad, Delís,—dice la joven más extremecida que enojada ante tanto amor;—la ausencia, el no volvernos á ver...

—¿No volveros á ver?... ¡Jamás! Ayer, peor que el primer día; hoy, menos que ayer. Decidme que os importuno, que os soy molesto, y nos separaremos para siempre, pero será sólo dejando de latir mi pecho. Porque ya veo, señora, que es mucho sacrificio otorgar un poco de amor; ah, como os veis mimada, complacida siempre, no sabéis lo que es ser huérfano de todo.

—Deliráis, Delís. ¿Cómo pudiera yo?... ¿Acaso soy libre?

—¡Ah!... ¿y si lo fuérais? Pero no, no hay trabas para el corazón: si, un poco de piedad, algo de lástima y que agonice, y que muera. Está bien: sed feliz, señora; ¿cómo el ídolo podrá jamás fijarse en la víctima? Quedad en paz, Celia, y si mañana sabéis que fué Delís el inmolado... que no empañe el recuerdo de su triste fin vuestra dicha, porque sólo entonces habrán terminado sus penas.

—¡Angel!... ¡venid!... no seais insensato... ¡ah, cruel, si supiérais!...

—¿Qué digísteis, Celia?... si supiera... ¡Celia!... mi Celia, ¿acaso vos?...

—Sí; yo, más insensata, más loca y más culpable que vos, he dado también cabida á esta criminal pasión que emponzoña mi existencia; yo, mala madre y peor esposa, olvidando mis juramentos y mis deberes, paso en contínuo insomnio las interminables noches y en negra melancolía los eternos días; yo, que al querer maldecir el fatal instante que os ví, he de bendecirlo, porque ¡oh Delís! al robarme la dicha para siempre, salvásteis la preciosa vida de mi hijo.

—¡Oh, mi Celia!...

—No, no; oid más, más aún, y si queréis, recriminadme después.

Yo creí en mi tranquila existencia que sólo se podía amar con delirio á un hijo, y es que no comprendía que aquel amor, aunque ciego y frenético también, eleva, enaltece, nos conduce á lo sublime; y este amor que hoy me abrasa, que corroe mis entrañas, abate, emponzoña, arrastra hasta el abismo; y á pesar de eso amo, y á pesar de eso deliro, y á pesar de la titánica lucha entre el corazón y la cabeza, es horrible todo sin vos, es sombrío por doquier sin vuestra presencia, y... ya lo veis, vos que sólo pedíais un poco de amor, que me echábais en

cara una misera compasión, me tenéis aquí más demente, más abatida, infinitamente más desdichada que vos. Pero no habrá salido esta confesión que me abrasa el pecho sin que ella sea el abismo abierto entre ambos. Jamás volveremos á vernos.

—¡Celia! ¡Celia, mil veces bendita seas! ¿Qué me importa ya morir, si he gozado escuchándote lo que jamás mortal alguno puede gozar en una vida entera? Y si este amor, por nuestro mal funesto no es la savia que vivifica sino el tósigo que emponzoña, ¿qué importa la muerte si habremos apurado hasta el cáliz del amor su embriagado aroma? ¿Qué importa morir si fundidos en uno morimos juntos?

¡Que vengan, que vengan ahora á arrebatarte de mis brazos!... Mira, toca mis manos, heladas están, pero es plomo derretido lo que circula por mis venas. ¿Sientes como late el corazón? ¡Si supieras de cuánto fuera capaz en estos momentos! ¿No adviertes como abrasa mi frente? Un volcán arde en mi cerebro. ¿Es Satán, es el infierno, acaso es Dios el que me inspira esta pasión? No lo sé, no quiero saberlo, no quiero saber más de conciencia, de deber, de honor. ¡Mía!... sólo mía.... ¡Celia!... repíteme otra vez que me amas, suene de nuevo esa dulce harmo-

nía en mis oidos, no cese de oirla jamás. ¡Ah!... así... un beso... otro... veinte... ¡ciento!... Beba yo de tus labios la miel de que están los míos sedientos; no vuelva á libarse su dulce ambrosía mas que para mí; apure yo hasta las raíces ese placer con que brindan de contínuo. ¡Celia!... ¡mi Celia!... ¿no me miras? ¿Cierras tus bellos ojos que son mi encanto?

. . . .

¡Está fría!... mortal palidez cubre su frente... yertas están sus manos... su corazón no late... ¡Celia!... ¡Celia!... ¿acaso yo?... ¡miserable de mí!... ¡Ah! perdón, perdón, mi único amor; en mi ceguera te estaba asesinando. ¡Celia!... luz de mis ojos... alma de mi alma, escucha mi dolorido acento, no me sumas en el más terrible de los desconsuelos; vuelve á la vida y sé dichosa, si puedes serlo ya sin mí; yo me sacrificaré gustoso en aras de tu sosiego, yo seré la única víctima. Está tranquila, jamás mi labio impuro volverá á turbar tu reposo, yo te lo juro por la memoria bendita de mi madre.

. . . .

Vuelven á colorearse sus mejillas, sus párpados se entreabren, preciso es separarnos ya... ten valor, corazón... adiós, Celia; adiós, mi vida, para siempre.

Y salió precipitadamente el doctor, sin volver la vista atrás, temiendo que flaqueara su resolución si la contemplaba de nuevo.

Llegó á su casa, encerróse en su despacho y sin aliento, con lívida faz, cayó desplomado en un sillón. Su frente nublada y tormentosa hundióse entre sus crispados dedos. Sólo de cuando en cuando algún apagado sollozo, cual eco lejano de fiera tempestad, venía á turbar el fatídico silencio de aquella solitaria estancia.

Más tarde, con los párpados encendidos y las mejillas marchitas, acercóse á un velador, y cogiendo un pliego de papel comenzó á escribir:



VI.

OTRA CARTA

30 octubre.

Tocar el cielo con las manos, paladear ya la suprema dicha para hundirme luego en la insondable sima del caos, he ahí la apoteosis de mi desventurado amor.

El acento embriagador de mi amada, que con apasionada frase sonaba en mis oidos cual regalada música, adormeciéndome en un edén de inagotables deleites, se habrá trocado para mí en el terrible *Mane-Thecel-Phares*, del festín de Baltasar.

El brusco despertar de tan dulce sueño ha sido espantoso para mí. La *fibra sublime* de esta mujer ha decidido de mi suerte. Su amor, su vida, su alma, todo es mío, sólo por mí alienta, á mí solo me pertenece; pero ese mismo amor, esa vida tan preciosa, exijen de mí el sacrificio. Yo debo partir; yo he de ser el inmolado.

Respirar el aire que ella respira, vivir en el mismo ambiente, verla cerca de mí, oir su acento placentero, estrechar su mano, rozar su ropa y... no ser mía... mi abnegación no llega á tanto.

Saber que soy amado, como tal vez ningún hombre lo fué, y continuar en los caballerosos límites de lo platónico como hasta aquí, sacrificio superior es á mis fuerzas. De continuar yo á su lado, los dos habíamos de caer en el lodo, los dos habíamos de rodar al abismo. Mejor es que parta yo. Ella, como el armiño, no sobreviría al ver obscurecida la nítida blancura de su honra; hoy mismo, hace poco, en el delirio de la pasión... en mi loco frenesí... he sido un miserable... creo que la he herido de muerte.

Por el primer vapor que zarpe de este puerto salgo sin dirección fija. Desde tierra firme te volveré á escribir. No me culpes porque no vaya á verte; mi corazón es un infierno.

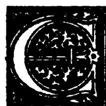
Marcho sin despedirme de nadie. Quiera el cielo que la distancia, que la inmensidad de los mares interpuesta entre ambos, que la ausencia de cuanto amé desde mi infancia... soy un necio... estoy llorando como un niño...

Si el tiempo no llegara á echar tierra sobre la violencia de este amor, si no lograba cicatrizar algo esta herida tan profunda, entonces... perdona á tu desdichado hermano, no maldigas su memoria, porque, parodiando la célebre y última frase de Byron *habrá llegado*, para él, *el momento de dormir*.



VII.

EL ULTIMO CANTO

L generoso joven quiso él solo ser el inmolado, pero fueron dos las víctimas.

Don Miguel, al enterarse del síncope alarmante de su esposa, tachó de excéntrico al doctor por haberla abandonado en aquel penoso trance, y como transcurrió el día sin que el joven compareciese de nuevo por su casa, á las primeras horas del siguiente personóse él en la suya.

El criado, cumpliendo la consigna de su amo, le notificó que el doctor había tenido que ausentarse precipitadamente por un desgraciado asunto de familia.

El excomerciante, quedóse como el que ve visiones ante la brusca despedida del joven, y no le cupo otro que buscar sin dilación quien reemplazara en su casa al doctor, porque el estado de Celia se agravaba por momentos.

Pero la sorpresa mayor, la que no cupo en los límites de su comprensión, fué para don Miguel, la que le produjo la lectura de un suelto de gacetilla de un diario local, en el que se anunciaba, deplorándola, la partida del estudioso y afamado doctor para lejanos climas.

La pobre Celia luchó en su recaída entre la vida y la muerte. La ausencia de aquel hombre, único que tanto había amado y amaba, dejó tal desaliento, tal vacío en su alma, que nada ya en el mundo lo podía llenar.

Alcanzó á dejar el lecho tras ruda batalla, pero alzóse de él herida de muerte. Faltábale, sin embargo, el golpe de gracia.

El infortunado médico, apesar de seguir la corriente contraria de aquel valeroso Leandro alejándose de su enamorada Hero, naufragó en las costas de un nuevo Helesponto.

El telégrafo, con su inmutable laconismo, dió la noticia del siniestro. Más tarde publicóse la lista de los náufragos. La inmensidad del mar fué harto espaciosa tumba donde el desgraciado doctor halló la calma que buscaba.

Don Miguel, que en honor de la verdad, leyó el nombre del médico en la lista de las

víctimas con lágrimas en los ojos, olvidóse, con el pasmo que le causó la noticia, del gravísimo estado de su esposa; así, que comenzando por impugnar la desatentada resolución del joven de abandonar su patria y su escogida clientela, (cosa que tenía por costumbre hacer siempre que le venía á mientes el nombre del doctor) acabó por leerle desde el primero hasta el último, los nombres todos que contenía la fatídica nota.

Celia dió un grito, el postrero que debe dar la materia al desprenderse del espíritu, y libre éste de los mortales despojos, voló á otras regiones, donde sin duda la aguardaba ya su amado.



INDICE

PRIMERA PARTE

INDICE

SEGUNDA PARTE

BORRASCAS DEL CORAZÓN

DE VENTA

EN BARCELONA

Calle de Fernando VII, núm. 27, tienda, y en casa de la autora, [redacted], Dou, núm. 19, 3.º, 1.ª

EN MADRID

En la administración de El Ejército Español, Libertad, 23, bajos.


THE UNIVERSITY OF ... IGAN




THE UNIVERSITY